3 1761 09544663 9

8.18

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

LS
G2155f

Milton A. Buchanan
Univ. of Chicago
1905

FÁBULAS

Y

CUENTOS MORALES,

EN VARIEDAD DE METROS,

POR

EL EXCMO. SR. D. FRANCISCO GARCÉS DE MARCILLA,

Baron de Andilla.

OBRA DE TEXTO,

EN ESPAÑA, CUBA É ISLAS FILIPINAS.

SEXTA EDICION.

MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE E. CUESTA,

Calle de la Cava-alta, núm. 5.

1878.

461713
24. 4. 47

1.50 pes.

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

ropiedad del autor,
ion á lo dispuesto
edad literaria, per-
tribunales á quien
te la reimprima sin
o en España y sus
rancia y las suyas.
is particulares, y
láminas circulará
to del autor.

PRÓLOGO.

Sed diligenter intuere has venias,
Quantum sub illis utilitatem reperies!
Phædri: *Fabul.*, Lib. IV, Pro.

No há mucho que con motivo de una obra publicada recientemente, y por supuesto antecedida de su prefacio, reprobaba un amigo mio que el tal prólogo hubiese corrido á cargo de quien no era ni es, aunque seria capaz de serlo, autor del libro; porque en su dictámen, todo lo que se diga en este por un extraño, forzosamente ha de ser sugerido por la lisonja y encaminado como fin único á su alabanza. Mas yo no hallo reparo en que quien por aficion ó por necesidad tiene costumbre de ejercitar la pluma, no pueda lisa y llanamente emitir su opinion (y mas si esta es favorable) respecto á la obra de un escritor, que lleva en su misma empresa vinculado el merecimiento.

Porque merecimiento es, y no poco, en tiempos en que todos aspiramos á lo más encumbrado y dificultoso, poner su nombre al pié de una coleccion de fábulas, y contentarse con el modesto lauro de Fedro y de Lafontaine, cuando en materia de poesía tantos pretenden eclipsar á Homero, y tantos, al terminar un

drama ó una epopeya, exclaman entusiasmados, con Virgilio: *Pauló majora canamus*. Tan olvidadas andan hoy dia la molestia y la timidez, que parodiando el célebre verso del autor de la *Inocencia perdida*, pudiéramos decir que en esta época

El humillarse sólo es heroismo.

No sé qué tiene en sí de demasiado llano el apólogo, que, con ser género en que caben tan altas ideas filosóficas y tantos primores de ejecucion, pocos son los talentos de primer órden que lo cultivan. Boileau no se cuidó de comprender la *fábula* en su poética, ni de dedicar un solo elogio al maravilloso ingenio de Lafontaine, su contemporáneo, que fué despues, y prosigue siendo, el embeleso de sus lectores; ni Luis XIV, verdadero Mecénas de su siglo, se dignó de abrir la mano una vez siquiera para socorrer al insigne poeta, que en más de una ocasion tuvo que vivir á expensas de sus amigos.

Si no fuese verdad innegable que el apólogo es fruto natural de todo pais y forma espontánea de toda literatura, tendrian razon los que opinan ser invencion del Oriente, donde Lockman, Pilpay y Saadi adquirieron fama y veneracion, comparables únicamente á las de los filósofos de la antigüedad. Pero sus composiciones, más bien que de verdaderas fábulas, deben calificarse de alegorías, como las sencillas narraciones que casi todos los pueblos conservan desde el tiempo de sus orígenes literarios. En este sentido, no es posible desconocer la procedencia legítima de la fábula; mas la forma, que en último resultado es la que constituye el género, puede considerarse como europea.

Lafontaine ha tenido multitud de imitadores entre sus compatriotas, sin que ninguno haya logrado ni

aventajarle, ni siquiera poner en duda su supremacía. Nuestros autores del siglo XVII, tan aficionados á los clásicos de la antigüedad, mostraron su ingenio en el epígrama, en la anacreóntica y en otras composiciones ligeras y delicadas, mas no comprendieron seguramente la belleza y mérito del apólogo. Hasta Samaniego y D. Tomás Iriarte, como no retrocedamos á los tiempos de D. Juan Manuel y el Arcipreste de Hita, yace menospreciada la lira de Fedro para nosotros; y aun el carácter nuevo que le dió el segundo indica que la verdadera fábula, la esencialmente moral, ó no era muy de su gusto, ó no lo hubiera sido del de sus contemporáneos. Rayó nuestra última restauracion literaria, y los poetas tomaron opuesto rumbo, hasta que entre otros menos aplaudidos, Campoamor, como una version de sus misteriosas *Doloras*, y Hartzenbusch, como una prueba más de su exquisito gusto y peregrino ingenio, ejercitaron su númen en las colecciones de fábulas de que sin duda tendrá noticia el curioso lector, y que por cierto no desmerecen de la reputacion de ambos, pudiendo muchas de ellas competir con los modelos que en este género se conocen.

Tres años hace que el señor Baron de Andilla, á quien, no sólo ilustra el nombre del más feliz y desventurado amante, sino el acierto con que sabe sacar de su lira tonos siempre armónicos y variados, dió á luz un elegante volúmen de fábulas, cuentos y epígramas, que bajo el atractivo de un estilo sencillo, pero animado y culto, y de una versificacion fácil, sonora y esmerada, trataba de asuntos graves é interesantes, y daba sanos y acertados consejos en moral, en política, en literatura y hasta en artes. A nadie puede ya ocultarse el artificio con que el poeta disfraza sus invenciones, siendo tan conocida la alegoría,

que hasta los niños comprenden á quién alude la crueldad del tigre, la mansedumbre del cordero, la superioridad del leon y la rapacidad y astucia de la zorra, clasificacion hoy ya deslindada completamente y no sujeta al arbitrio del escritor, como no lo estaba en vida de Gay, que, á pesar de su gran mérito, falseó muchas veces los caractéres de sus personajes.

La aceptacion con que se recibió la obra del Baron de Andilla le alentó sin duda á proseguirla, imprimiendo una nueva coleccion de fábulas, que es la que á continuacion de este prólogo se ofrece al público; y comparando con ella la que queda citada, que puede considerarse como su primera parte, se echará de ver desde luego que el autor ha perfeccionado su arte, simplificando el argumento de sus composiciones; su colorido, usando con mas frecuencia del diálogo, único medio de dar realce á los caractéres; y su lenguaje y versificacion, manejando con más concision el primero y haciendo ménos lírica la segunda.

Plan, caractéres y versificacion, pues la prosa está excluida del verdadero apólogo, ménos en casos muy excepcionales, son las condiciones que debe tener presente quien se dedique á este difícil género de composicion. En el plan, la fábula se asemeja al drama, pues consta de exposicion, de nudo y de desenlace; los caractéres han de ser propios y consecuentes; el lenguaje natural, gracioso y acomodado á la índole del asunto. Aristóteles no admitia como personajes en la fábula más que á los animales; pero siendo ya en este punto omnímoda la facultad del poeta, que puede personificar hasta las entidades morales, no hay pensamiento, ni por sublime, ni por vulgar, ni imágen, por poética que parezca, ni escena ni descripcion que no quepan en la jurisdiccion sin límites de la fábula. Su mayor mérito consiste en poetizar

hasta los objetos mas insignificantes, atribuyendo vida, cualidades y pasiones aún á la cosas inanimadas, encubriendo el artificio con el velo de la más fácil naturalidad, y usando en todo de una discrecion que solo es dada á los talentos privilegiados. Baste decir, por via de resúmen de cuanto los críticos exponen sobre este particular, que la fábula ha de ser inteligible para la infancia, á quien por lo comun se dirigen sus advertencias, y al propio tiempo agradable y útil á las personas ilustradas, que han de mostrarse complacidas de su lectura.

No pretendo dictar reglas á nadie, ni establecer cátedra de preceptista; hago las anteriores observaciones porque, en mi juicio, pueden aplicarse todas al presente libro. Hojeándolo, hallarán los lectores composiciones tan notables por su frescura de colorido ó por la profundidad de su pensamiento, como las fábulas de *El Niño y la Mariposa* y *El Turon y el Tordo*; ó por la exactitud de las indicaciones y máximas políticas que se deducen de su moralidad, como las de *El Jardinero y sus plantas*, *La Segur y el Nogal*, *La Merienda*, *Los dos cuadros*, *La Metamórfosis del rocin en hombre*, *Los Derechos imaginarios*, y *Los Asadores*; ó finalmente, por su buena doctrina ó los principios literarios, sociales y filosóficos á que se refieren, como *La Vejiga y el Alfiler*, *El Elefante y sus Médicos*, *El Campo envanecido*, *La Redoma de esencia y las flores*, *La Beneficencia*, *El Pastor y el Mastin*, *Delia y las flores*, y otras. A las fábulas acompaña una seccion de cuentos que el señor Baron de Andilla ha denominado así; sin duda por escrúpulo de haber alterado alguna vez la forma del apólogo, pero como tales pueden considerarse.

Por más que en el fondo se asemejen á otras muy conocidas de autores célebres algunas de estas com-

posiciones, están presentadas con tal originalidad, que muchas de ellas son un dechado de imitacion. No es tan fácil como algunos suponen la invencion absoluta de un asunto; las más de las veces se reduce á una mera casualidad, otras resulta que un autor coincide con un modelo que no ha llegado á conocer, lo cual viene á establecer y explicar la teoría de las ideas innatas ó intuitivas. A los que se precian de originales ó pretenden serlo, bueno será recomendarles la fábula de Iriarte, cuya moraleja dice:

Al cabo todos somos inventores,
Y los últimos huevos los mejores;

ó la de *La Vela y el Candelero*, de nuestro autor, para que

Muchos, que cuando brillan se envanecen,
Miren que hasta los soles se oscurecen.

El señor Baron de Andilla merece bien de las letras. Deje á cada cual elegir la senda que se le antoje; él tiene ya la suya, y viva persuadido de que tambien por ella se camina á la inmortalidad.

Y por si esta recomendacion pareciere á alguno apasionada, bueno será reforzarla con la que el citado Sr. Haztzenbusch, irrecusable voto en la materia, ha hecho del propio libro en una bella décima, que dice así:

Ha tenido una gabilla
De poetas que le cante,
Aquel tu deudo, «el amante»
Juan Diego Martin Marcilla.
Su nombre por eso brilla
De los tiempos vencedor;
Tú, Marcilla, el escritor,
Puedes, sin ajeno canto,
Vivir por tus versos tanto
Como el otro por su amor.

CAYETANO ROSELL.

FÁBULAS.

FÁBULA PRIMERA.

EL AGUZANIEVE Y EL CHORLITO.

No sé cómo ni cuándo
Llegó á una vega un pájaro volando,
De negro ceniciento la librea,
Que larga cola sin cesar menea.
Era un aguzanieve,
Y en el verde tapiz, que pisa leve,
Puesto sobre una mata, alzando el grito,
Dice á un verdoso y volador chorlito:
—¿Viene usted de Almaden, señor viajero?
¿Padece perlesía, caballero?
Me turba, me marea
Mirar cómo se mueve y cabecea.
¿No ve que á todos dice bien con eso:
Señores, en mi testa hay poco seso?—
—¡Hola! exclama el chorlito prontamente,
¿No has tenido el espejo de una fuente
Para mirarte, ó el cristal de un rio?

Porque así hubieras visto, amigo mio,
Que no se mueve mi cabeza sola,
Sino tu inquieta y extendida cola.—
¡Triste naturaleza;
Ninguno ve su mísera flaqueza,
Y el que más y el que ménos, y no es cuento,
Si no tiene una falta, tiene ciento!

FÁBULA II.

EL PAPAGAYO Y EL CAMELLO.

Burlábase un papagayo
De un camello,
Por la joroba que lleva
Junto al cuello.
—Como no es la culpa mia,
No me pico;
Si yo la llevo en la espalda,
Tú en el pico;
Contestó el camello al punto,
Los perfectos
Aun no deben tildar nunca
Los defectos;
Que ni hay mérito en las gracias
Naturales,
Ni responden de otras tachas
Los mortales,
Que de faltas y de vicios
Que han buscado,

Porque está en su mano haberlos
Evitado.
Niños, que os burlais de viejos,
Mancos, cojos,
Abrid, oyendo al camello,
Vuestros ojos.

FÁBULA III.

LA LANGOSTA BENÉFICA.

Cierta jóven langosta llevó al nido
De un pajarillo enfermo y afligido,
Una dorada espiga,
Rico bizcocho de la negra hormiga.
—¡Tanta beneficencia
Merece que bendiga tu existencia!
Dijo el ave, picando el rubio trigo.
—Tienes razon, amigo,
Contestó la langosta; me entristece
El ver que otro suspira ó que padece;
Empleo mi riqueza
Socorriendo al que gime en la pobreza;
Y ántes el trigo que en los campos tomo,
A la hormiga lo doy, que me lo como.—
Ufana de sus obras, tiende el vuelo
A unos trigos que alfombran de oro el suelo,
Y hace en las mieses en un punto daño
Mayor que bienes hizo en todo un año.

¡Cuántos se engrien por sus obras buenas,
Cuando cuentan las malas por docenas,
Y juzgan que se borran sus delitos
Con dar pan á unos cuantos pobrecitos!

FÁBULA IV.

LA CHISPA DE FUEGO.

Una chispa, un niño
Echó en un pajar;
Es la noche oscura,
Sopla el huracan.
Bien pronto la chispa
Fué llama voraz,
La paja ceniza,
Nada el pajar ya.
Entónces el padre
Del pobre zagal,
—¿Qué hiciste? le dice,
¿Qué hiciste, rapaz?
—Echar una chispa
De fuego no más,
Que debió apagarse
Del viento al soplar.
Y ¡quién me dijera
Que tan grande mal
Chispa tan pequeña
Podia causar!
Al verla, hecha llama,

Crecer tan fugaz,
Los árboles todos
Su luz alumbrar,
¡Cuán arrepentido
Me vi, padre, cuán!
¡Oh! si se pudiera
Volver hácia atrás,
¡Cómo recogiera
La chispa fatal...!
—Pues bien, dijo el padre,
A tiempo aún estás:
Antes que los vicios
Su incendio voraz
Prendan en tu pecho,
Y arda allí un volcan,
Apaga las chispas
Que para tu mal
Viciosos amigos
Suelen arrojar.

FÁBULA V.

LA CAPRICHOSA Y LA VELETA.

La hija de un campanero, siempre inquieta,
En cariño y labores inconstante,
Decia cierto dia á una veleta:
—¿Es fuerza que no paras un instante,
Ya á derecha, ya á izquierda, y nunca quieta?
—Te copio á tí, de la inconstancia amante,
Responde la veleta, y á hombres varios
Nacidos para estar en campanarios.

FÁBULA VI.

EL CAZADOR, EL MURCIÉLAGO Y LA CULEBRA.

Al irse hundiendo el sol en el ocaso,
Apuntó un cazador ¡duro fracaso!
A un murciélago triste, que de lomo
Cayó al herir su pecho ardiente plomo.
—¡Ah! ¿Para qué me matas? ¿Yo te ofendo?
¿No te libro de insectos cuando hiendo
Los aires? ¿Hay acaso paladares
Que hagan de los murciélagos manjares?
¿O el destructor instinto
Te inunda en gozo al verte en sangre tinto? —
El cazador, con bárbara sonrisa,
Al murciélago pisa,
Que chilla y gestos mil hace convulso.
—Gozo en ejercitar la vista y pulso;
No dirás, á fe mia,

Que tomo, amigo, mal la puntería.
—Tu diversion maldecirán mis hijos,
Víctimas de tan fieros regocijos.
Allí me aguardan en su albergue estrecho:
Yo, que al volar los llevo aquí en mi pecho,
Hoy los dejé, y me alegro.... que no vean
Cómo los cultos hombres se recrean;
Cuando, á faltarles caridad, debia
Tener su corazon filantropía.
En esto serpenteando una culebra,
Listada como oruga ó piel de cebra,
Se acerca al cazador, y de repente
Clava en su planta el venenoso diente.
—¡Me has muerto! dijo el hombre, sierpe indigna.
—En lo buena te imito y lo benigna,
Contestó la culebra: —Me divierte
Ver la cara que pones á la muerte.
Al que haciendo mal goza, el mal le alcanza
Que toma de sus obras la venganza.—
¿Qué añadiré yo aquí, si la serpiente
Habló como pudiera el más prudente?

FÁBULA VII.

LA VELA Y EL CANDELERO.

—¡Qué hermosa luz derramo, al candelero
Una vela decia, en torno mio!
He salido de manos del cerero
Para ostentar mi gala y poderío.
Pero llegó á su término postrero,

Y el cuarto que alumbró quedó sombrío.
Muchos que cuando brillan se envanecen,
Miren que hasta los soles se oscurecen.

FÁBULA VIII.

EL LABRADOR Y LA GRAMA.

Tenia un campo un labrador: la grama
Débil de trecho en trecho ya crecia,
Y el olivo mostraba negra rama
Donde la verde oliva se escondia.
—No la dejes crecer tanto, decia
Al labrador, que roba mi sustento:
Hoy se presenta débil y áun apénas
Empieza á verdear; mas poco á poco
Se mostrará, traidora,
La reina de este campo y la señora.
Entónces, tú, nos pedirás el fruto,
Y por grande fortuna
Tendrás dos celemines de aceituna.
El labrador holgando respondia:
—Ahora empieza á nacer; de poca cosa
Os quejais, á fe mia.
¡Cuánta agua ha de pasar aún por el rio
Para que tenga esa pujanza y brio!
En los vecinos campos
¡Cuánta más hay que tiene el campo mio!
Si aumenta, entónces en mi reja fuerte
Encontrará la muerte.—
Mientras él se dormia,

Sus raíces la grama entretejia.
Quiso luego cortarla;
Caia bajo la hoz, bajo el arado,
Y la abrasaba el sol; pero la lluvia
Esponjaba la tierra, ó el rocío,
Y tornaba á crecer con poderío.
Desesperado el labrador, mirando
Las hojas del olivo amarillentas
Y sus ramas sin fruto,
Les dijo: —¡Me negais el zumo de oro
Porque yo no escuché vuestro consejo!
Tarde conozco, y lloro,
Que el mal debe cortarse cuando nace,
Que lo poco con poco se deshace,
Y queriendo evitarlo, si echa raíces,
Quedamos con un palmo de narices.—

FÁBULA IX.

LA SEGUR Y EL ALMENDRO.

—Almendro, me das flores muy tempranas,
Pero me llenas de esperanzas vanas;
Y yo no me alimento
De unas promesas que se lleva el viento.
Con que vengo á ponerte la mortaja;
No quiero árbol que come y no trabaja,
Exclamó un jardinero; mis afanes
Emplearlos no debo en holgazanes.
En lugar de un almendro tan ocioso,
Pondré en mi huerto un árbol laborioso,

Y de la tierra cómase el sustento
Quien gane con trabajo el alimento.
A un jardinero así ¡qué bueno fuera
Que el jardin de los pueblos se le diera!

FÁBULA X.

LOS CAÑAVERALES.

—Esos cañaverales, padre mio,
Que crecen á la orilla de aquel rio,
Di, ¿quién los ha plantado? Yo quisiera
Saber de qué manera
En ese valle y húmeda campaña
Nace bella y gentil la verde caña.
—Pues bien, hijo, se encierra
Un tubérculo bajo de la tierra,
O de la misma caña un pedacito,
Y crece como crece el arbolito;
Luego se van doblando, y como el viento,
La primer caña se convierte en ciento;
Y mil banderas verdes y amarillas
Flotan del fresco rio en las orillas.—
Del vicio la simiente
Crece del mismo modo prontamente.
Hoy uno sólo en nuestro pecho anida;
Mas apénas el hombre se descuida,
Ya el vicio tiene nuevos compañeros.
¡Hay de aquel que da entrada á los primeros!

FÁBULA XI.

EL LABRADOR Y EL GITANO.

Cambió á un gitano un labrador su mulo
Por un jóven rocin, mas cojo y tuerto;
Pero ocultó sagaz con disimulo
Que aquel tenia el huérfago encubierto.
Vínolo pronto á ver, segun calculo,
Y al quejarse, repuso el viejo experto:
Quien se deja engañar, siendo perito,
No puede á otro culpar por el delito.

FÁBULA XII.

LA VEJIGA Y EL ALFILER.

Anda muy hinchada,
Como gallo inglés,
La doña vejiga,
No coge en la piel:
Cuando por la calle
Vió á un pobre alfiler.
—¿Dónde vas tan flaco,
Que apénas te ven?
Hebra delicada,
Canto de papel,
Aparta, que paso
Toda robustez;
La calle es estrecha,
Las plazas tambien.
¿No envidias mi pompa?

Quita á un lado, pues;
Que voy á estrujarte
Contra la pared.—
Picado, la pica
El duro alfiler;
Y apénas el aire
Una puerta ve,
Deja á la vejiga
Vuelta solo piel.
—¿Señora tan hueca,
A dónde se fué
Tan alta grandeza,
Tal fuerza y poder?
Aquel en quien viste
Tanta pequeñez,
Ha humillado, amiga,
A tan gran mujer.
Engríete, necia;
Inflate otra vez;
Un fuelle eres solo;
Viento tu altivez.—
Muchos que tampoco
Caben en la piel,
Y aire solo tienen
Bajo de la sien;
Miren que el más pobre
Llegará una vez
Que les dé lecciones
Como el alfiler.

FÁBULA XIII.

LOS DOS GITANOS.

—¡Más corre mi caballo!... es como el viento:
Apuesto un peso duro, apuesto ciento,
Y pónganme, si pierdo, la mortaja,
A que dándole al tuyo gran ventaja,
Cuando empieze á correr tu rocinante,
Mil pasos irá el mio ya delante.
Si arrastra solo pieles y osamenta,
Tambien es poco el peso que sustenta.
El triunfo me prometo;
Verás volar, amigo, un esqueleto.
Así montado en un rocin ó galgo
Como el que usaba el ingenioso Hidalgo,
Más lleno de alifafes todavía,
Un ginete moreno á otro decia,
Con látigo en la mano
Y espuela turca en el talon gitano,
Fiado en que á los golpes de su espuela
No corre un mal rocin, sino que vuela.
El otro, que montaba un buen caballo,
Rie al ver que el muchacho alzaba el gallo;
Admite el reto y la victoria espera,
Burlando al rocinante en la carrera;
Que á su voz obedece,
Y cuando corre más, su ardor más crece.
Dan la señal; el pobre caballejo
Pone en marcha sus huesos y pellejo,
Y ni basta la espuela, que se dobla,
Ni los golpes que el látigo redobla,

(Y al fin pierde el gitano)
Ni las crines, que arranca con su mano;
Y oye cómo á lo léjos ya relincha
El vencedor quitándole la cincha.
Entónces, apeando con despecho,
Bien poco de su ciencia satisfecho,
Acércase al oido
Del rocin y le dice muy cumplido:
Pollino que anda sólo al són del palo
Podeis decir sin miedo: ¡Malo! ¡Malo!

FÁBULA XIV.

EL ELEFANTE Y SUS MÉDICOS.

Se ha de honrar el talento
Aunque esté en la cabeza del jumento.
Enfermó un elefante,
Y nadie le curaba, ¡no hay aguante!
Viene un médico loro
Y recita volúmenes de coro;
Le hace tomar brebajes de botica,
Le sangra, le desuella y mortifica,
Y el mal crece de punto;
Si no abandona al loro, ya es difunto.
Llega un doctor ballena,
Y le chapuza de agua y de agua llena;
Pero si gota más el pobre cata,
No hay remedio, hecho sopa, me lo mata.
Viene un mono con glóbulos, y á pique
De volverse el monarca un alfeñique,

Si no despide al mono con sus bolas,
No vuelve á ver mas rabos ni mas colas.
Furibundo el monarca,
Mirando ya los dientes de la Parca,
A los doctores de más ciencia junta,
Y á cada cual por su opinion pregunta.
El buey, el macho, el topo,
Usando mucha prosa y mucho tropo,
Proponen planes de profunda higiene;
Mas, como por inútil ya lo tiene,
Si pronto no se quitan de delante,
Los hace una tortilla el elefante.
Entónces acercóse macilento,
Doctor y catedrático, un jumento,
Diciendo: —Tanta cosa hay ensayada,
Que yo estoy, gran señor, por no hacer nada.
O se acierta ó se yerra con el medio,
Pues *¡vale más el mal que un mal remedio!*—
Enmudeció el borrico,
Y nadie se atrevió á mover el pico.
Siguióse su consejo,
Y el elefante rey salvó el pellejo.

FÁBULA XV.

LOS TARTAMUDOS.

El hijo de un herrero
Tenia por vecino á un panadero,
Con quien juega en las calles á menudo,
Vivaracho, jovial y tartamudo.

Dando al fuelle á su solas en la fragua,
Golpeando en el yunque ó con el agua
Bañando el hierro ardiente,
Imita al tartamudo lindamente;
Y suenan por su chiste en la herrería
Risotadas contínuas de alegría.
Tanto y tanto repite la parodia,
Tanto imita del otro la prosodia,
Tanto copia á su amigo y balbucea,
Que el herrero, por fin, tartamudea.
Muchos siguen tambien igual camino.
Empiezan criticando á su vecino
Costumbres y modales,
Y por último, al fin se ven iguales.

FÁBULA XVI.

EL CAMPO ENVANECIDO.

El Mayo sonreia, rico en flores,
Alfombrando los campos de colores,
Que es de los Mayos propio y los Abriles
Tapizar con sus galas los pensiles.
Una labor de trigo ya amarillo,
Envanecido al ver al sol el brillo
De sus espigas de oro,
Las hacia cantar en grato coro:
—Venid á sorprenderos, segadores,
No han de cortar las hoces ya mejores;
Si no fuera por mí, ¡pobres graneros!
¡Qué pan tendrán tan blanco los hórneros!

—A mí debes tu bella lozanía,
Dijo la tierra; vuestra gloria es mia.
—Yo te regué, exclamó modesto el rio,
Yo os presté vuestra gala; el lauro es mio.
—Yo te bañé en mi luz, el sol excláma,
Doré tu arista con mi excelsa llama.
—Yo derramé mis perlas, bienhéchora,
Vertí el rocío, continuó la aurora.
—Yo, con el soplo que el vergel restaura,
Te halagué con mis alas, dijo el aura.
—Yo derramé la lluvia, silbó el viento,
Y á tus frágiles cañas di sustento.—
Mas si olvidan á tantos bienhechores,
Guardad aun vuestras hoces, segadores.
El cielo se nubló... las nubes truenan,
Las cabañas se llenan,
No hay nadie ya en los campos, porque llueve
Y graniza tambien... ¡Ay, cuán en breve
Aquel campo de trigo
Recibe su castigo
De la mano benéfica que un dia
Con gotas fecundantes le nutria!
¿Qué hallará el segador, qué la zagala
De su pomposa gala?
Aquí en este granizo,
Niños, la Providencia simbolizo,
Que castiga al ingrato de igual modo
Cuando olvida que es Dios quien lo da todo.

FÁBULA XVII.

LOS REGALOS.

Llevó una lugareña
Por gran regalo á la hija de su dueña
Dos huevos de gallina del tamaño
Que los pone la tórtola, y me engaño,
Huevos de pajaritos
Para comerlos con tomate, fritos.
La niña agradecida, que llegaba
Del ponedero, dos huevos de pava
Al punto regaló á la pastorcilla,
Que comióselos hechos en tortilla.
Una torta con nueces
Cuesta un costal de trigo muchas veces;
Un pollo flaco, una gallina buena,
Y un huevo, una docena;
Red tiende la adehala,
Que el pobre espera mas de quien regala.
La lisonja es lo mismo: quien la emplea,
Algun objeto, al incensar desea.

FÁBULA XVIII.

EL LOBO ESCRITOR Y SUS CENSORES.

Escribió unos difusos elementos
De historia natural un sabio loro.
Su pasmosa memoria
Materiales le dió para la historia,
Y de ideas ajenas

Pág. 28.

Los regalos.

Se vieron muchas páginas rellenas.
Dada cima á un trabajo tan científico,
Dióselo á censurar á un gato apático,
Que vivia pacífico
En casa de un profundo catedrático.
El gato que sabia algo de mundo
Y el pié de que su prójimo cojea,
Poco trabajo en revisar emplea
El largo manuscrito,
Y dice al loro:—Está muy bien escrito.—
Marchóse no del todo satisfecho
El jóven literato,
Temiendo le adulára un poco el gato;
Y á fin de cerciorarse,
Creyó prudente oir un nuevo juicio,
Y buscó á una cotorra de su oficio,
Para que haciendo del escrito exámen,
Le diese ingénuamente su dictámen.
Devolvióselo en breve la cotorra,
Y con buenas palabras y modales,
Para que no se corra,
Con citas de escritores principales,
Le hizo ver mil errores garrafales;
Y el loro, que franqueza solicita,
De escuchar al censor al fin se irrita.
—¡Oh! dijo la cotorra, es gran simpleza
Usar con orgullosos la franqueza!
Achaque es de escritores
No quedar satisfechos de las flores;
Pero quedarlo menos
Si rígidos censoros
Le muestran con franqueza sus errores.

FÁBULA XIX.

EL GUSANO DE SEDA.

—Al despertar del sueño, ¡cosa extraña!
La piel deja el gusano entre la caña
Con tal facilidad como te pones,
Padre mio, la chupa ó los calzones;
Y aquellos que se quedan con el sayo,
Se mueren sin remedio en todo Mayo,
Sin que arriben al fin de la jornada,
Que es hilar una cárcel delicada
De seda primorosa,
Pasando de ermitaño á mariposa.—
Así decia un niño,
Acariciando al padre con cariño.
—Le oprime, le responde, la piel vieja,
Y medrar no le deja;
Y enfermo el animal, del traje esclavo,
Es víctima infeliz al fin y al cabo,
Y muere sin dejar en la caldera
Lindas madejas de oro á la hilandera.
Quien de hábitos dañosos y de mañas
No sacude la piel, como en las cañas
O entre las hojas tejedor gusano,
Pronto, mas tarde, lo querrá ya en vano;
Que cuando el vicio ejerce el poderío,
¿Quién rompe sus cadenas, hijo mio?

FÁBULA XX.

LOS ÁRBOLES DE DOS CARAS.

En un jardin lindo
Que compró mi abuelo
Habia en batalla
Tres árboles viejos;
El de la una punta
Albaricoquero,
Y almendro frondoso
El del otro extremo.
Este dijo un dia
Al árbol de en medio:
—Eres de los mios.
—¿Cómo? no lo creo,
Contestó el vecino
Del costado opuesto;
Yo veo sus hojas,
Sus frutos como estos,
Tan albaricoques
Como el cielo cielo.
Es hermano mio,
Y nos parecemos
Como se parece
Un huevo á otro huevo.
—Te engañas, bellaco,
Cual topo eres ciego.
¿No ves las almendras,
Fruto, aunque pequeño,
Igual al que tuvo
El primer almendro?

Así disputáran
Los años enteros,
Que están manos, ojos,
Palpándolo, viéndolo,
Cuando á carcajadas
Dice el jardinero:
—Teneis razon ambos;
Merced al ingerto,
Es vuestro vecino
Por un lado almendro,
Por el otro lado
Albaricoquero.
Es cual muchos hombres:
Principios diversos
Sustentan, y todos
Confian en ellos;
Y no se equivocan,
Que ni más ni ménos,
Son medio naranjos
Y medio ciruelos.

FÁBULA XXI.

LA RATA, LA PALOMA Y LA GATA.

Pilló una rata vieja á una paloma,
Picando descuidada al sol su pluma.
Una gata el hocico á tiempo asoma,
Y la mira matar con calma suma.
—Evita, dijo el ave, que me coma;

No olvides, si á tu vista se consuma,
Que el que un crimen no estorba al delicuente
Es cómplice en el daño que consiente.

FÁBULA XXII.

LA MOSCA Y EL ALMÍBAR.

En un plato de almíbar
Cayó una mosca,
Y la mísera muere
Por ser golosa.
Quejóse el amo;
Mas él tuvo la culpa,
Que puso el plato.
El que ofrece ocasiones,
Quien tiende lazos,
No extrañe hallar en ellos
A los incautos.
Si vió el peligro,
No culpe al delicuente,
Sino á sí mismo.

FÁBULA XXIII.

EL TORDO Y EL COLORIN.

Paróse un pajarillo
En la punta florida de un tomillo,
Y un tordo muy robusto
Columpióse en las ramas de otro arbusto.

Al verle tan pequeño,
Dijo el tordo risueño:
—Baje por caridad, que me da grima
Ver á la pobre planta cual lastima:
Ande por tierra el avestruz, ó escoja
Un alcornoque, un pino, una coscoja;
Y no haga con sus alas mucho viento,
No derribe hasta el roble corpulento.—
Contéstale el jilguero en tono humilde:
—El ser pequeño, amigo, no es un tilde,
Ni se debe tampoco á su persona
El águila su garra y su corona.
Aquí llegaba, cuando
A un cazador divisan apuntando:
—¡Ah!... dice el tordo, ¡amigo, el riesgo aprieta!...
Mortífero cañon de una escopeta
Entre las matas con el sol ya brilla;
De los dos, uno está puesto en capilla.
¡Qué miedo, qué congojas!
¡No volverse murallas estas hojas!
Detrás del tronco el colorin se esconde,
Y tranquilo responde:
—No temo, señor tordo;
Tú deberás morir, que eres más gordo.
Y pues que tanto vales, es muy justo
Que encuentre en atraparte mayor gusto;
Yo tengo poca grasa y poco lomo,
Y fuera gastar pólvora y plomo.
Ahora verás que á veces mejor sale
El que en el mundo mucho menos vale:
Y que el bien que á los hombres alucina
Puede causar su mal y su ruina.

FÁBULA XXIV.

EL TESORO MORISCO.

En la vega de Valencia,
Junto al mar,
Encontró un hombre un tesoro
Sin pensar;
Que debieron ricos moros
Esconder,
Temiendo, al llegar don Jaime,
Perecer.
No ignoró el tesoro ni uno
Del lugar,
Que aumentó de boca en boca
Al pasar.
Cerca del paraje un huerto
Se vendió,
Y por gran suma un avaro
Lo compró;
Y creyendo de los moros
Encontrar
Oros y moros, dispuso
Arrancar
Sus naranjos, y una casa
Del jardin
Echar á tierra, excavando
Hasta el fin.
Los árboles se cortaron.
¡Qué dolor!
Del pico cayó un alcázar
Al rigor,

Y ¿qué halló? Tierra y más tierra.
¿Y oro? ¡No!
Y de su ambicion la pena
Padeció.
Oro que dió á uno en juegos
El azar,
Pierde á mil que lo van ciegos
A buscar.

FÁBULA XXV.

LA SORTIJA.

PARTE PRIMERA.

La venta.

Cabalgando en su rocin,
Como el mismo don Quijote,
Llegó á una venta desierta
Un pasajero, de noche.
Por lo rizado del pelo,
Por el lenguaje y el porte,
Mostraba su genio altivo,
Su vanidad, aquel jóven.
Llevaba puesta en la mano
Una sortija de cobre,
Con una piedra brillante
Y unas perlitas muy pobres.
A la lumbre, en la cocina,
Y á la luz de los tizones,

La sortija.

La mira, la limpia y pule,
En ambas manos la pone,
Y hace que brille á los rayos
De candiles y velones.
Habia allí en la cocina
Sobre los bancos seis hombres,
Tostados, con larga barba
Y ropas de cien colores.
A su lado relucian
Los dientes de grandes hoces.
El jóven conoció al punto
Eran pobres segadores,
Que, rendidos de fatiga,
En la venta se recogen.
Uno de ellos, de mal rostro,
Le dijo: —¡Cuántos sudores
Ha de costarme, segando,
Ganar un poco de cobre,
Mientras vosotros el oro
Gastais en frívolos goces!
Ese hermoso anillo sólo
Quizá enriqueciera á un pobre,
Porque valdrán esas perlas
Sin duda muchos doblones.
—¡Oh, sí, sí!... son diamantes;
¡Ricas piedras! dijo el jóven.
¡Es joya que vale mucho!
Todos fijaron entonces
Los ojos en la sortija,
Más brillantes, más saltones;
Y su dueño jactancioso
Fué al lecho á pasar la noche.

Llegó la aurora; el ventero
Pide por la cuenta doble
A quien llevaba en la mano
En piedras tantos doblones.
Montó en su rocin picado,
La espuela al punto picóle,
Y salió como un venablo
A seguir cruzando el monte.

PARTE SEGUNDA.

Los ladrones.

Llega á un espeso pinar,
Y lleno de sobresalto,
Al gritarle una voz ¡alto!
Hace á su rocin parar;
Y aparece un bandolero,
Enmascarada la faz,
Que toma la brida audaz,
Apuntando al caballero.
Sacó una moneda de oro,
Y creyóle satisfecho;
—¡No! cosa de más provecho
Busco yo, dijo; un tesoro
Que despertó mi codicia;
Quiero esa sortija bella,
Porque desprecio por ella
El rigor de la justicia.
No pensara en recogerla
Quizá al hallarla perdida,
Porque no supe en mi vida
Lo que valia una perla;

Pero al verte encarecer
Tanto su rico valor,
Probé á ser salteador,
Soñando en enriquecer.
No me culpes, pues, á mí;
Culpa á tu arrogancia loca;
Tú dictaste por tu boca
La sentencia contra tí.
Sintió el haber hecho alarde
De su riqueza el mancebo,
Pues sirvió al ladron de cebo
Su jactancia: ya era tarde.
Sin su anillo, y lo peor,
Sin la bolsa del dinero,
Conoció en el bandolero
De la venta á un segador.

PARTE TERCERA.

La platería.

¡Qué contento camina
El ladron!... ¡Encontré una rica mina!
Va diciendo entre sí; por este anillo
¡Cuánto oro me darán!... Este bolsillo
Está lleno tambien, ¡cuánto dinero!
Pero á costa de ser un bandolero,
En cada verde mata, en cada pino
Ver gente que me sigue me imagino,
Y que me grita: Pobre
Segador fuiste honrado con tu cobre,
Hoy con oro, bandido;
¡Mísero segador, cuánto has perdido!

Era la vez primera;
¡Harto más segar mieses le valiera!
Tembló, se avergonzó, quiso al viajero
Alcanzar y volverle su dinero;
Pero cuando se fija
A mirarla, le ciega la sortija.
—Encierra mi fortuna; hijos, esposa,
Saldreis de la miseria tan penosa.
Dice entre sí, y al ver cómo reluce,
Tan halagüeña idea le seduce.
Cuidando con esmero del anillo,
Pierde al pasar un rio su bolsillo.
Mas ¿qué le importa el oro,
Si lleva en poco bulto más tesoro?
Arriba á la ciudad rayando el dia,
Y entra en una lujosa platería.
¡Cómo le salta el pecho! ¡Qué ilusiones!
Ya piensa estar contando los doblones.
Quita un papel y dos y tres, y al cabo
Sale sin detrimento y menoscabo.
La examina el joyero;
Temiendo se la robe, el bandolero
Le mira de hito en hito.
—No vale, amigo, vuestra joya un pito,
Exclamó el buen platero;
No es oro ni es diamante; no lo quiero.
Otros muchos miraron el anillo,
Y á nadie deslumbró su falso brillo.
Todos dicen al pobre:
—Esa piedra es cristal, y su oro es cobre.
—¡Ninguno su valor, y por un nada
Se expuso mi cabeza á ser cortada!

Solté al crímen la rienda;
¡Oh! ¡tenia en los ojos una venda!
De mi aleve codicia,
Mi engaño me castiga con justicia.
¡Ojalá que el primero
De mis robos, gran Dios, sea el postrero!

FÁBULA XXVI.

EL LEÑADOR Y EL TURON.

En una hermosa tarde del otoño,
Al ocultarse el sol en Occidente,
Dejaba un leñador un árbol viejo
Para seguir cortándolo al siguiente;
Y al dar con la segur el postrer golpe,
Oyó á un turon chillar, pedir clemencia.
—No me mates, le dijo; tus entrañas
Conmueva de mis hijos la inocencia.
Detuvo el leñador piadoso el brazo,
Pensó en los suyos, desgarró una rama,
Y vió á los cachorrillos en la cama.
Blanquizco el vientre, el lomo
De un rojizo tostado,
Y abultados sus ojos: —Aun no saben,
Dijo el turon al leñador anciano,
Que ahora pende su vida de tu mano,
Y que á guisa de rey piadoso y culto,
Tus labios van á pronunciar su indulto.
El leñador al pronto enmudecia;
Mas luego prorumpió: —¿Á pedir clemencia

Te atreves todavía,
Tú, que del surco del profundo arado
La avellana y bellota
Que sudando sembré, sacaste osado,
Y haciendo de ellas provision no escasa
Tienes el almacen junto á la casa?
Mirando tu bien sólo y tu provecho,
¡Cuánto mal ¡ay! me has hecho!
¿Por qué las que del árbol se caian
Los tuyos no cogian?
Con justicia pereces;
Piedad, pues dañas tanto, no mereces.
Y descargando el hacha, que los pilla,
Convirtió los turones en tortilla.
La seduccion arranca la simiente
Que la virtud sembró en los corazones.
¡Mirad si un seductor es delicuente!

FÁBULA XXVII.

EL GATO GUARDANDO LA CANARIERA.

Porque libre se viera
Del astuto raton su canariera,
Puso por guarda un jóven insensato,
¡Quién lo querrá creer! un lince gato,
Que como buena maula,
Al raton no olvidaba ni á la jaula,
Y á pájaro diario,
Antes de un mes no le dejó un canario.
—Entónces, dijo el jóven, soy un bolo;
Peor es un mal guarda que estar solo.

FÁBULA XXVIII.

EL LABRADOR Y LA ESCALERA.

Un labrador tenia una escalera
De muy vieja madera,
Que conoció los piés, manos y codos,
Sin duda de los moros y los godos.
Vínculo de la casa,
De los abuelos á los nietos pasa;
Con ella se ejecuta
La operacion de recoger la fruta.
¡Cuánto higo, cuánta guinda, cuánta pera
Cortó el hombre empinado en la escalera!
Al fin un dia que arrancó limones
Rompió los dos primeros escalones.
—Nada importa; sin ellos, dijo, subo;
Y de mandarla componer se abstuvo.

Al trepar una tarde á un naranjero
Por un nido, rompiósele el tercero.
Entónces ya con pena se fatiga,
Tocando su rodilla á la barriga;
Pero se rompe el cuarto,
El quinto, y ya, ¿quién sube? ni un lagarto.
Algun pollo ó gallina,
Que vuela á la oracion y se reclina.
—Ya, exclamó el hortelano,
Intentaré subir por ella en vano.
Un escalon que falte es cosa leve;
Mas ¿de qué sirve si le faltan nueve?
Y por no dar remedio al romper uno,
Se quedó poco á poco sin ninguno.
¡Oh jóven estudiante! *las lecciones*
Mira que son así como escalones;
Si una ó dos faltan, andas todavía;
Si faltan muchas, pierdes ya la vía,
Y aunque con largo estudio te fatigues,
Subir por la escalera no consigues.

FÁBULA XXIX.

LA REDOMA DE ESENCIA Y LAS FLORES.

Una dama tenia cien macetas
De rosas, de claveles, de violetas
Y plantas mil de mágico perfume;
Que de cuidar un gran jardin presume;
De modo que en su estancia
Encontraba el olfato su fragancia.

Y no por cuáles eran las más bellas,
Sino más olorosas, se arma entre ellas
Tal discusion un dia,
Que mujeril tertulia parecia.
Las cándidas, ¡qué voces y qué picos!
¡Sus tallos están hechos abanicos!
¡Quién creyera que rosa purpurina
Tuviera tanta lengua y tanta espina!
Cerca de la beldad crece el orgullo,
Que hace perder los cascos á un capullo.
Viendo con tanto exceso
Convertido el jardin en un congreso,
Quiso una campanilla
Llamar al órden; pero en vano chilla.
Al fin, con gran trabajo,
La calma restablece su badajo,
Y la palabra toma,
Puesta en un velador, linda redoma
De esencia de mil flores,
Que para sus señores
Allá en Constantinopla se elabora
La flor y nata de la industria mora.
—Orgullosas, las dice, tanta bella
La esencia no teneis de esta botella;
¿A qué tal vanidad, si una redoma
Guarda sola de todas el aroma?
Y ¿tanto os orgullece una fragancia
Que presa cabe en tan pequeña estancia?
El que de una virtud se engríe en vano,
Alarde haciendo de una prenda ufano,
Mire que *sólo es grande acá en la tierra*
Quien las virtudes todas en sí encierra.

FÁBULA XXX.

UNA MALA SEMILLA.

Con sus alas el viento,
Que airado silba,
Arroja al campo un grano
De ruin semilla;
Mas de sus flores
Infinitas simientes
Van á las trojes.
Con el trigo mezcladas
Vuelven al campo,
Y el poder de la espiga
Quitan medrando;
Y un grano solo
Llena de malas yerbas
El campo todo.
Así libros que enseñan
Torpes doctrinas,
Perniciosos consejos,
Gracias malignas,
Al grano iguales,
Con sus máximas plagan
Las sociedades.

FÁBULA XXXI.

LA BENEFICENCIA.

Un jóven artesano,
Rendido de forjar en una fragua,
Salió un rato á pescar, y tendió al agua

El leve anzuelo con ligera mano.
  Los límpidos cristales
Moviéronse, por fin, del manso rio,
Y exclamó el pescador: —¡Ya el pez es mio!
¡Cuánto pesa la caña! ¡Cuánto vales!
  Es una rica trucha;
¡Bien puedo celebrar la noche-buena!
—Suéltame, haz colacion en vez de cena,
Repuso el pez, y tu conciencia escucha.
  El dia aprisa vuela:
El pescador al pueblo se encamina,
Y mirando la trucha, se imagina
Que la está ya guisando en su cazuela.
  —Desde muy de mañana,
Decia al ir pasando por el puente,
No ha probado otra cosa más mi diente
Que un pedazo de pan y una manzana.
  —Sólo en mi tripa hay viento:
Con razon un manjar para ella pido.
—¿Y yo, que desde ayer desfallecido,
En vano imploro á la piedad sustento?
  Dijo un viejo tullido.
—¡Ah! exclamó el pescador, mísero anciano,
No pedís esta vez al cielo en vano:
Tomad este pescado que he cogido.
  Andaba ya algun trecho,
Cuando herida desciende una paloma
Sobre la yerba, el pescador la toma,
Y busca al cazador su hidalgo pecho.
  La mísera fué herida
Muy léjos de aquel sitio; allí la suerte
La lleva á que al llegar su amarga muerte,

No quede, habiendo un bienhechor, perdida.
Dios es nuestra defensa:
Su providencia atiende al desvalido,
Y el bien que obra el mortal, aunque escondido,
Jamás queda sin justa recompensa.

FÁBULA XXXII.

EL PASTOR Y EL MASTIN.

—Ya lo veis: es muy fiel, le tiembla el lobo,
Y no hay que lamentar el menor robo
De oveja ni cordero,
Decia del mastin un ganadero;
Siempre está en atalaya
Desde la noche hasta que el alba raya,
Desde que asoma el sol por el Oriente
Hasta que va á ocultarse en Occidente.
Movió su cola el perro, avergonzado
De haber su panegírico escuchado,
Y esclamó así en voz baja:
—¡Ignoraba yo ser tan buena alhaja!
¿Qué diria si viese que á mi dueño
Robo leche, bebiendo en el barreño
Donde ordeña sus cabras la pastora;
Que goloso, á deshora,
Al verlos sin espinas y sin huesos,
La como luego convertida en quesos;
Y diezmo la cecina á los pastores
Y los huevos más frescos y mejores,
Y trago en sus costales blanca harina

Y soy el alguacil de su cocina,
Con aire mojigato
Rondando los pucheros como un gato?
No contara mis honras elocuente
A saber los milagros de mi diente.
¡De cuántos hombres era el perro copia!
Por buenos pasan de la suerte propia;
Porque lo poco bueno lo ven todos,
Y lo malo lo ocultan de mil modos.

FÁBULA XXXIII.

LA CULEBRA DE CASCABEL Y EL CABALLO.

En desierto arenal de las Antillas
Sierpe de cascabel, cual si llevára
En su cola collar de campanillas,
Parece que anunciaba á los vivientes:
Guardaos del veneno de mis dientes.
Un ligero corcel de árabe raza,
Oyendo aquel sonar de cascabeles,
Cuando el peligro observa,
Se tiende á descansar sobre la yerba.
Un ciervo, más prudente,
Refrenda el pasaporte prontamente,
Y contempla de léjos
Cómo mata al caballo la serpiente.
El que, sordo á la voz de los consejos,
Dócil no escucha á quien el riesgo advierte,
Del mísero corcel tema la suerte.

FÁBULA XXXIV.

EL MOSQUITO Y LA GOLONDRINA.

Picó cierto mosquito
A un anciano en la calva; el pobrecito,
A favor de sus buenas antiparras,
Queriéndole pillar entre sus garras,
Le vió subir volando por el viento,
Tocando la trompeta de contento.
Al ver que el pobre viejo no le alcanza,
Se encarga de tomar cruda venganza
Una ligera y bella golondrina;
Sube, baja, se inclina,
Sus vueltas y revueltas rauda sigue,
Y sorber al insecto al fin consigue.
Entónces vió el mosquito
Que tiene un vengador siempre el delito.
Así aquel criminal á quien no alcanza
Del hombre la venganza,
No olvide que hay un Juez del universo,
Cuya justicia alcanzará al perverso.

FÁBULA XXXV.

EL LÁPIZ-PLOMO.

Un niño bello, mas de ingenio romo,
Dió á su abuelo navaja y lápiz-plomo,
Y viendo que se rompe, le pregunta:
—¿Será posible que le saque punta?
—Difícil es; cortóse en mala mina;
Dice mientras el lápiz examina,

Mas corta con paciencia.
—Sacádmela, pues, vos, con inocencia
Repuso el niño.—¿A tí? No lo prometo;
Empresa tan difícil no acometo;
Que tiene más que el lápiz tu mollera,
Poco dentro y muchísima madera.
Afila, niño, y no te desalientes
Aunque saques tan sólo mondadientes.
Cansado de cortar el blando pino,
Halló, afilando, el mineral más fino.
—Mirad, dijo saltando, abuelo, cómo
Punta saqué por fin al lápiz-plomo.
—¡Ah! le repuso el viejo, ya, hijo mio,
De sacártela á tí no desconfio.
Ni áun por débil memoria,
Ingenio pobre ó cortedad notoria,
De aprender pierda el hombre la esperanza.
Constancia, niños, que el saber se alcanza.

FÁBULA XXXVI.

EL CASCA-NUECES Y EL NIÑO.

Pedia cierto niño á un casca-nueces
Le rompiera piñones y avellanas;
Mas él le contestaba muchas veces,
Tumbándose á dormir: —No tengo ganas;
Que rompa los piñones no mereces,
Porque me guardas las cortezas vanas.
Tú que hallas en la carne el embeleso,
Que roas es muy justo el duro hueso.

FÁBULA XXXVII.

LA CABRA DESOBEDIENTE.

Cierta cabra montés llegó á un ganado
De la horrible viruela inficionado;
Su madre la decia:
—Huye, no te contagies, hija mia.—
Sorda á su voz la cabra,
Desobediente, su desgracia labra;
Pues de pacer junto á la enferma oveja,
Se llena de los piés hasta la oreja,
Y flaca y triste, con el mal inmundo,
No la conoce quien la echó á este mundo.
—¡Ah madre! dijo al verla, ¡cuánto daño
Siguióseme de unirme á este rebaño!
¡Cuánto más me valiera
Pacer sola en el monte ó la pradera!
Así, quien en lecturas

Se complace de máximas impuras,
No se ria de mí si le presagio
Que víctima ha de ser de su contagio.

FÁBULA XXXVIII.

LA CAÑA DE AZÚCAR.

Cerca de un rio, en la feraz campaña
Que tiene Andalucía,
En la costa de Málaga crecia
De azúcar rico una preciada caña,
Y á otra caña comun así decia:
—Quítese allá, la hueca,
Que sólo sirve para alguna rueca.
—Y para usos, respóndele, infinitos.
—Es verdad: para hacer flautas y pitos,
Miéntras que yo destilo una sustancia,
Dígolo sin jactancia,
De gran valor y precio;
Constituye un tesoro
Que tiene el mundo en el mayor aprecio,
Y por mi almíbar deja
La rica miel de la industriosa abeja.
—Pues para ser tan dulce, sepa, hermana,
Que algo amarga se explica, que es muy vana;
Que si usted con su azúcar da provecho,
Yo sirvo en la cabaña,
Por fuerte y por ligera, para el techo;
Y justo solo su desprecio fuera

Si para nada á la verdad sirviera.
Necio es el hombre que á los otros aja;
Que útil es todo aquel que algo trabaja.

FÁBULA XXXIX.

LA ALONDRA Y EL TORDO.

Meciéndose en las ramas de un acebo
Que se alzaba gentil en la pradera,
Una alondra exclamó:—Confesar debo
Que es linda y apreciable tu madera.
—Es cierto, contestóle un tordo, amiga;
Su aspecto tiene singular belleza,
Mas dentro, en lo interior de su corteza,
Oculta aleve y pegajosa liga.
El hipócrita ofrece en la apariencia
De bondad y virtudes un tesoro.
Mas dentro, en lo interior de su conciencia,
Cobre es no más lo que juzgamos oro.

FÁBULA XL.

EL ÁGUILA Y EL MILANO.

—No me mates, decia entre las garras
De un águila un milano;
—Pues jura por las aves que hoy desgarras
No ensangrentar en otras ya tu mano.
—Juro dejar en paz á las palomas,

Pues veo que esto al fin son duras bromas.
Si salgo del aprieto,
Imitar tu clemencia me prometo.
—Vé y no olvides mi ejemplo. Majestuosa
El águila voló y en polvorosa
Puso los piés el mísero, llegando
A un palomar temblando.
Vió sus tiernos pichones, se recrea
Contemplando el color de su librea;
Desea echar el guante,
Mas levanta su frente, y arrogante,
En direccion al cielo,
Ve al águila cerniéndose en su vuelo.
Recuerda su promesa
Y apostrofa á las uñas: —No más presa.
Llega el dia siguiente... Voraz hambre
Siente, y se almuerza una perdiz fiambre;
Una tórtola luego el buche llena,
Y dos robustos palominos cena.
Metido ya en el lecho,
Decia tristemente: —¡Buen provecho!
¿Estaba arrepentido
Cuando tan prontamente ha delinquido?
Como el hombre que en brazos de la muerte
La triste cuenta de sus culpas llora,
Y otra vez, sano y fuerte,
Reincide en los pecados que deplora.

FÁBULA XLI.

EL MONO HIDRÓPICO.

Llegóse un mono hidrópico á una fuente,
Y acercó el labio codicioso al caño.
—¡Ay! dijo, no se apaga mi ánsia ardiente!
—Ni aunque bebieras, infeliz, un año.
Eres como el mortal; el fuego siente
De las pasiones, y del vicio el daño;
Corre tras el placer, cual lobo hambriento,
Templa su ardiente sed y está sediento.

FÁBULA XLII.

EL CORNEJO, EL PEREGRINO Y EL ESCARABAJO.

Hambriento un peregrino,
Vió un cerezo silvestre.
Llegó... probó su fruto suspirando,
Arrojólo en el suelo y siguió andando.
Ingerto en acerolo,
Tardó en mudar de fruto un año sólo.
Cambiado así por hábil jardinero,
Paróse al pié del árbol un viajero;
Era aquel peregrino... Vióse á solas,
Tuvo hambre, se acercó, cogió acerolas,
Y se quedó asombrado
Al verle en útil planta trasformado.
¡Cómo! dijo, ¿tan rico fruto brindas

Pág. 57.

La Muela cariada.

En vez de darnos tus silvestres guindas?
Sobre su bola un pobre escarabajo
Contestó: *Todo es obra del trabajo.*

FÁBULA XLIII.

LA MUELA CARIADA.

Tras un ¡ay! de dolor, mostró un dentista
Con aire de conquista
Un pérfido colmillo
En los dientes sangrientos del gatillo.
Y creyendo el paciente
Que le deja la boca sin un diente,
Y que detrás de la maldita llave
Le arranca las quijadas, dice grave:
—¡Sacamuelas tirano,
Verdugo de las bocas es tu mano!
¿Qué vale tanto mal como habeis hecho?
—No os quejeis de un dolor que os da provecho;
Ese hueso en la boca
Propaga el mal á cuanto hueso toca.
La cáries de una muela contamina
A la muela vecina,
Y la muela el colmillo toca apénas
Cuando queda la boca sin almenas.
Mirad si á vuestros dientes convenia
Vivir de ese colmillo en compañía.
—Conozco tu razon, buen sacamuelas,
Y ojalá se predique en las escuelas,
Y echen, más que el colmillo, tus razones

En los pechos profundos raigones.
La sociedad sacuda de su seno
Al malo, que á su lado pierde el bueno;
La cáries de las máximas, cual mina,
Por la senda del vicio le encamina.

FÁBULA XLIV.

LA MUJER Y LA PULGA.

Despreció cierta mujer
A una pulga, y á despique,
Para que se mortifique,
La empieza airada á morder.
¡Por vida de Lucifer!
Buscándola allá y allí,
Gritó:—¡Me picaste! —Sí...
Es verdad que te he picado;
Pero pronto has olvidado
Que ántes me picaste á mí.
En ofender se divierten
Mil con satíricas sales,
Y al recibirlas iguales,
Que ejemplo dieron no advierten...
Palabras amargas vierten
En tono serio ó chancero,
Y ponen rostro severo
Picándose neciamente,
Cuando su labio imprudente
Fuera el ofensor primero.

FÁBULA XLV.

LA NIÑA Y EL MIRLO.

Sólo cantar sabia
Una preciosa niña; las labores
Le causaban hastío;
Cuidar en las macetas lindas flores,
Correr por los jardines, ir al rio
Y cantar en la orilla,
Es todo su placer, imaginando
Que á todos con sus cantos maravilla.
Un dia entró en un bosque, estaba sola,
Y sentóse en la yerba, y al murmurio
De una risueña fuente,
Su voz soltaba al viento dulcemente;
Su padre, no muy léjos, entreabriendo
Las ramas de un arbusto,
En su pecho sentia
Placer por su dulcísima armonía,
Por su altivez disgusto.
Era la hora del alba;
La estacion, la apacible primavera,
Y un negro mirlo sobre verde planta
Escucha la tonada placentera.
Su flexible garganta
Imita fácilmente cómo canta,
Pues todo el mundo sabe
Cuán bien las armonías copia el ave;
Y esta que mucho tiempo fué cautiva
En Milán de una ilustre prima-dona,
Las notas de Mozart y Hayden entona

Con tanta precision, con tal encanto,
Que la niña al oirle paró el canto,
Escuchando sus dulces melodías,
Sus gratas y variadas armonías.
¡Qué patéticos aires! ¡Oh qué escalas
Cromáticas! ¡Qué trinos! La alegria
Ya inspira con sus galas,
Ya hace sentir su voz melancolía.
Calla el mirlo un momento; el padre mueve
Las ramas, y batiendo prestas alas
El tímido cantor, se ausenta leve
En vario movimiento,
Persiguiendo insectillos por el viento.
—Mira bien, hija mia,
Dijo el padre, ese canto que te arroba;
Esa ciencia que juzgas de valía
Un simple pajarillo te la roba.

FÁBULA XLVI.

EL DOMADOR Y LA FIERA.

Un domador de fieras,
Que amansaba los tigres y panteras,
A cuya vista perspicaz y ardiente
Baja el leon su coronada frente,
Inmóvil como roca
Bostezar los miraba, y en su boca
La mano sin temblar introducia
O sobre el lobo y jabalí dormia.
El pueblo le gritaba: —¡Temerario!

No olvides que una fiera es tu adversario.
El domador decia: —¡Majaderos!
Las fieras se convierten en corderos!
Y con frente serena
Entró en la jaula de una horrible hiena.
En medio del silencio más profundo,
Mostraba boca abierta todo el mundo:
La alimaña rugió, llegó á la reja,
Abalánzase al dueño que se aleja,
La mira, y la amenaza;
Pero hace á la verdad papel de estraza.
Un negro abre la puerta que divide
La jaula, donde amparo el pobre pide,
Y golpea á la hiena con arrojo,
Que ruge y salta con horrible enojo.
Libre ya el domador, ensangrentado,
Dice al concurso de pavor helado,
Que grita ó que suspira,
Que llora, que murmura ó se retira:
—La fiera al fin es fiera; el malo es malo,
Y por más que le amanse y dome el palo,
Aunque del bueno la apariencia forja,
Saca el pié tarde ó pronto de la alforja.

FÁBULA XLVII.

EL BUEY, LA VÍBORA Y EL TRÉBOL.

Por un pedregoso monte
Pasó un buey que el labrador
Desuncia, ya cansado,

Y vió en su torno un trebol.
Pisólo y díjole altivo:
—Huye, y esconde tu flor.
—No me desprecies, contesta,
Aunque tan mísera soy,
Que no creó un sér inútil
Del universo el Autor.
El buey, sin oir siquiera
Su prudente reflexion,
Sobre la falda del monte
A descansar se tendió,
Lastimando con su peso
A una víbora feroz,
Que se enroscó furibunda
Y al pobre animal mordió.
Daba dolientes mugidos,
Cuando se acerca un pastor,
Y dice al buey:—Agradece
Que cerca vive un trebol;
Con mi vino y con sus hojas
Pronto calmará el dolor;
De esta planta el útil zumo
Te evita la muerte atroz.
Al arrancarla pronuncia
Estas palabras su flor:
El mismo á quien despreciabas
Vino á ser tu salvacion.

Pág. 63.

El Jardinero y sus plantas.

FÁBULA XLVIII.

EL JARDINERO Y SUS PLANTAS.

Paró un titiritero en una aldea
Y divirtió á la gente con enredos,
Mostrando la destreza de sus dedos.
Allí jugó á los viejos cubiletes;
¡Qué listo escamoteo! ¡Qué portento!
De una bola de corcho saca ciento.
Los pobres aldeanos
Decian:—¡Tiene diablos en las manos!
Es un mágico, un brujo,
Un astrólogo, un mago, un hechicero;
Su vara de virtud toca las flores,
Y debajo se encuentra buen dinero.
Un hombre muy sencillo,
De oficio jardinero,
Que por cierto se hallaba en mil apuros,
Viendo que de unas plantas
El jugador sacó seis pesos duros,
Dijo entre sí:—Yo tengo un gran tesoro;
Voy al jardin y desentierro el oro.
Y á la luz plateada de la luna
Clara del mes de Enero,
Buscando la fortuna,
Destruyó plantas mil el jardinero,
Sin hallar, claro está, ningun dinero.
—¡Oh! dijo, dando un ay, ¡triste locura!
Por la ciega ambicion perdí mis flores.
¡Cuántos por más grandeza ó más honores
Dejan la humilde posicion segura,
Y son de su infortunio los autores!

FÁBULA XLIX.

EL PINO Y EL ESCULTOR.

Habia en la montaña
Un pino de figura muy extraña;
Ni áun pasando de grajos negra tropa,
Parábase uno encima de su copa.
Cruzaba el monte un escultor famoso,
Y al verlo tan jiboso
Ocúrrele la idea
De hacer insigne su joroba fea;
Porque siempre se ha dicho
Que es muy propio de artistas el capricho.
Corta el árbol, trabaja y con su escoplo,
La estátua de un monarca hizo en un soplo.
Bien pronto al pino, á quien se ajó primero,
Le quita todo el mundo ya el sombrero.
El hombre nos desprecia ó nos venera
Segun nos ve en humilde ó alta esfera,
Llegando, por caprichos del destino,
A hacer papel algunos como el pino.

FÁBULA L.

LA SEGUR Y EL NOGAL.

Eres muy bella, noguera;
Pero aunque florida ofreces,
No vales para dar nueces,
Mas sirves para madera.
No culpes, pues, que te hiera

La segur, viejo nogal;
Que por cierto hiciera mal
En respetarte mi acero,
Pudiendo, tú, al carpintero
Dar provecho sin igual.
Cada hombre sirve para algo,
Todo está en la direccion;
No quiera el pachon ser galgo,
Ni el perro galgo pachon.

FÁBULA LI.

PEDIR PERAS AL OLMO.

Un quidan oyó allá en sus primaveras:
—¡No puede nunca dar el olmo peras!
Y para ver si era mentira ó cierto,
De peral pone al olmo un buen ingerto.
Ata la púa, cúbrela con tierra,
Y su esperanza en el escudo encierra;
Pero acércase plácido el estío
Y no brota el ingerto; llega el frio,
Y el desengaño del labriego á colmo,
Viendo que peras nunca le da el olmo.
Del que mal se educó, en el trato humano
Noble y buen proceder se espera en vano;
Que son necias quimeras
A ciertos hombres olmos pedir peras.

FÁBULA LII.

EL POBRE ASFIXIADO.

En una noche helada
Sintiendo frio,
Encendió un pobre incauto
Carbon y cisco.
Rindióle el sueño,
Y asfixiado bien pronto
Dejóle el fuego.
¡Cuántas cosas parecen
Dulces y gratas,
Y como el tufo al hombre,
Pérfidas matan!
Porque *los males*
Con que el placer nos brinda
Los vemos tarde.

FÁBULA LIII.

EL ENFERMO Y EL OPIO.

Un pobre jardinero padecia
Tan intenso dolor, que se moria.
Dolida de su mal la adormidera,
Consoló al infeliz de esta manera:
—Te voy pronto á curar... vive tranquilo;
El zumo que destilo
Te quitará el dolor. Tómalo y bebe,
Mas ¡pobre jardinero! calma en breve
Su enfermedad; pero del modo propio
Le adormece el sentido y mata el opio.
Cerrando su capullo solitaria,
Con pesar exclamó una pasionaria:
No son bienes reales, es un hecho,
Los que causan más daño que provecho.

FÁBULA LIV.

EL BIEN Y EL MAL.

Bajo el pabellon de un árbol,
Burlando el ardor del sol,
Tan rubio como sus rayos,
Blanco, de hermoso color,
Dormia un niño en la orilla
De un arroyuelo veloz,
Y soñaba que entre flores
Una llave de oro halló
Atada á una blanca cinta,

Cincelada con primor;
Y otra de hierro enmohecida
Al extremo de un cordon;
Que alegre al brillo del oro,
La de hierro despreció,
Pero quiso ver qué puertas
Abriria con las dos.
Anduvo y anduvo un rato
Por un valle encantador,
Entre el gorjeo del ave,
Bajo el verde pabellon,
Gozando de los aromas
Que da el tomillo en la flor.
Escuchó dulce armonía,
Y una puerta de oro vió,
Donde arabesca escultura
Cautivaba la atencion:
—Aquí, dijo el niño, no abre
La llave de hierro, no.
Probó la de oro, y al punto
Lanzó un grito de terror.
Entónces tomó temblando
Otra senda, y encontró
Al fin de un camino estrecho
Una anchurosa mansion;
Y apartando los zarzales
Y espinas mil de dolor,
Llegó su pié fatigado,
Y agitada su razon;
Vió una puerta... con la llave
De negro hierro la abrió,
Y sus ojos se animaron,

Latió alegre el corazon,
Y de la rosa encarnada
Pintó su rostro el color.
No sé lo que el niño bello
En aquel recinto vió.
Despertó dando un suspiro,
Y al ponerse el rubio sol
Voló á la aldea, y el sueño
Contó á un anciano pastor.
—La llave de oro abre, dijo,
De los vicios la mansion;
La llave humilde de hierro
La hermosa morada abrió
Donde habitan las virtudes,
Donde resplandece Dios.
Áspera senda á ella guia,
Fácil camino al dolor.
¿Cuál tomaréis, hijos mios,
Cuál seguiréis de los dos?

FÁBULA LV.

LA SANDÍA Y LA PEPITA.

En las tierras feraces de Gandía
Naturaleza ostenta
De un volúmen enorme la sandía.
Guardóse la simiente
De una de ellas, notable en el tamaño,
Con el objeto de sembrarla al año;
Pero ninguno la plantó, sin duda

Porque era la pepita algo menuda.
—¡Cómo! dijo, á un gran suelo llamé padre,
Una enorme sandía fué mi madre;
Melon de agua tan grande cual mi abuelo,
No alumbró el sol jamás en este suelo!
El labrador responde:—No te escojo,
Busca algun otro tonto que te plante;
Si eres tú del tamaño de un gorgojo,
¿Qué importa que desciendas de un gigante?

FÁBULA LVI.

LA ROSA DOBLE Y LAS FLORES.

En un valle, fresca, hermosa,
A otra ménos bella flor,
Del dia al primer albor
Decia una doble rosa:
—¡Cuánto mi suerte es dichosa!
Sobre el trono del rosal,
Me contemplo en el cristal
De esta mansa y clara fuente,
Con la corona en la frente,
En belleza sin rival.
Mi fragancia, mis colores,
Que las zagalas suspiran,
¡Con cuánta envidia los miran
De los jardines las flores!
Todos aman mis olores...
—Es cierto; pero tambien,
Dijo otra flor, si te ven,

Antes sientes las tijeras,
Y muerta, en las cabelleras
Adornas alguna sien;
Que la hermosura es iman;
Es cáliz que miel encierra,
A quien á hacer cruda guerra
Las crueles abejas van;
Y pues las bellas están
Expuestas á sinsabores,
Si son sus riesgos mayores,
Guarda, rosa, tu beldad,
Que con más tranquilidad
Vivimos las pobres flores.

FÁBULA LVII.

LAS DOS ZORRAS, LOS PALOMOS Y EL HALCON.

Cuando escritores varios
Veo que culpan á otros de plagiarios,
Miéntras que tejen sólo
Ajenos partos del divino Apolo,
Y zurcen más que aguja, pese á Febo,
De ropas viejas un vestido nuevo,
A puro de hacer copias,
Mirando las ajenas como propias,
Se me viene al magin en el momento
Un caso parecido: va de cuento.
Érase un tribunal; y de justicia,
Modelo de pericia,
Las crónicas, hablando de este asunto,

Ni nombraron los jueces ni áun el punto;
Aunque es cosa del todo indiferente,
Con tal que fuera justo y diligente.
Dos zorras disputaban á porfía
La propiedad de una paloma pía
Con su linda gorguera,
Que cualquiera de entrambas la comiera.
Va á sentenciar el juez, cuando improviso
Entra un halcon:—Pillé yo de comiso,
Y alegre desplumaba la paloma,
Cuando llega esa astuta y me la toma.
—¡Prueba! dice la zorra, algun testigo;
Cien mil dirán que es cierto lo que digo.
Sin temer á sus uñas alguaciles,
Guardado por algunos ministriles,
Llegó un palomo, y dijo muy severo:
—Verdad es; ántes fué del caballero,
Que arrullándome á mí su pico amante,
Con sus manos lavadas la echó el guante;
Y al verla entre sus garras opresoras
Le quitaron la presa esas señoras.
Iba á dársela el juez, cuando en las salas
Entran, batiendo sus ligeras alas,
Tres ó cuatro palomas: nueva escena.
—Si declaran, tenemos prueba plena,
Dijo el juez; la sentencia ya retardo;
De vuestros picos la verdad aguardo.
—Pues sabed que el señor, manso palomo,
No miente, es un huron de tomo y lomo:
Pirata por instinto y un portento
Para surcar en corso raudo el viento;
Él nos roba por tarde y por mañanas,

Él lleva al palomar nuestras hermanas.
Y ¡cuántas de mis pobres compañeras
Están por él gimiendo prisioneras!
Á esta mísera amiga
Él la robó; si es falso, que lo diga.
—Voy viendo, exclamó el juez, que bien mirado,
El que más y el que ménos ha robado,
Y que es cosa muy rara,
La falta en que incurris, echarla en cara.
Soltad á esa inocente,
Que todos reclamais injustamente.
Aquí termina el juicio,
Y bajando la vista á lo novicio,
Al mostrar tanto rostro mojigato,
Parece que en su vida han roto un plato.

FÁBULA LVIII.

EL NIÑO ENGAÑADO POR EL ESPEJO.

En una salita cubierta de espejos,
Sobre un velador
Habia una cesta con ricas manzanas
De lindo color;
Y ya se ve, es claro, la cesta y la fruta
En cada cristal
Dejan ver á un niño, que alegre retoza,
Una cesta igual.
—¡Qué frescas manzanas! exclama el muchacho,
Convida el olor;

Sus bellos colores me dicen que tienen
Muy rico sabor.
Mirólas atento, dudando cuál coge,
Y toma por fin
Las que le presenta, mintiendo, el espejo,
No las del jardin.
Toca el azogado cristal y le dice:
—¡Cuánta ceguedad!
La mentira busca tu apetito loco,
Dejas la verdad.
¡A cuántos sucede que corren perdidos
Tras un falso bien,
Y el bien verdadero, que brinda la dicha,
Lo olvidan tambien!

FÁBULA LIX.

EL ESTRÁS Y EL DIAMANTE.

Puesto un estrás al sol:—¿Me ves? decia
A un diamante, ¿me ves? Somos iguales:
Ya en joyel de elegante pedrería
Tanto como valías, hoy no vales,
Tengo tu brillantez. Y respondia
El diamante:—Bien lucen los cristales;
Mas que nos mire atento, áun el más necio,
Verás cuál de los dos tiene más precio.

FÁBULA LX.

EL HORTELANO Y EL PADRE DE FAMILIA.

—¿Por qué, preguntó un hombre á un hortelano,
Podas con tal rigor ese manzano,
Tan verde, con tal pompa y tal follaje?
—A ver si así consigo que trabaje,
Contestó el hortelano, y dé provecho;
Con hojas no me quedo satisfecho.
De otros trabajadores
Manzanos, que dan frutas superiores,
Ingertaré sus ramas, y con esto
Verás cómo me rinde al año un cesto.
Entónces dijo el hombre:—Así confio
Recogerás manzanas al estío.
Y pensativo se volvió á su casa,
Donde en jugar su niño el tiempo pasa
Con otros mozalvetes

Inaplicados, díscolos, zoquetes.
Peonzas, cartas, cuerdas y volantes
Son los libros de tales estudiantes;
A su ejemplo, el buen chico
Les sigue de reata, cual borrico.
Su padre hasta el jardin quedito baja
Y los halla estudiando en su baraja.
El muchacho banquero
Quiere ocultar los naipes y el dinero,
Pero el padre les dice:—¡Tontería;
Jugad, amigos, no perdais el dia;
Acabo de encontrar á un jardinero,
Cuyo ejemplo seguir al punto quiero.
Corta las malas ramas de un manzano
Que no le daba fruta en el verano;
Y pone ingertos de otras superiores.
—¡Bien! contestan los tiernos jugadores;
¡Es idea feliz! un buen ingerto
Hará buenos los árboles del huerto.
—Su ejemplo seguiré, aunque mal os cuadre,
Contestóles el padre;
Huid de aquí vosotros, que igualmente
Perdeis á este inocente;
Yo le daré mejores compañeros,
Que de virtud le marquen los senderos,
Y el fruto cada dia
Cogerá de su buena compañía.

FÁBULA LXI.

EL CABALLO RIVALIZANDO CON EL PERRO.

Quien sea lince para andar á gatas
No debe sino andar en cuatro patas.
Los hombres que esta sábia regla olvidan,
Dan un porrazo apénas se descuidan.
Nos cuentan de un caballo bello y gordo,
Buena crin, larga cola y pelo tordo,
Que á merced del buen látigo y la espuela,
Sabía la plebeya y la alta escuela,
Y más de uno le dice al ver su paso:
—Anda, que no te gana ni el Pegaso.
Un dia en un corrillo
Vió en dos piés caminando un falderillo,
Que con piernas ligeras
Bailaba lindamente las boleras.
Aquí pierde el caballo los estribos;
Quiere imitar sus movimientos vivos,
Y al levantar sus manos torpemente
Hace el payaso y ríese la gente;
Y en vez de los aplausos merecidos,
Atúrdele una lluvia de silbidos.
¡Que sirva de escarmiento,
Y aplique cada cual bien su talento!

FÁBULA LXII.

LA DIOSA CÉRES Y LOS DOS LABRADORES.

Habia en un lugar dos labradores:
El uno derramaba los sudores

De su tostada frente
Sobre la tierra, el otro negligente
Del árbol á la sombra se tendia,
Y la zampoña ó el rabel tañia.
Pasó el invierno triste, y placentera
Vistióse de sus flores la pradera;
Llegaron largos dias del verano,
Y el laborioso almacenó su grano,
Miéntras el holgazan sufre en castigo
Ni una parva aventar de rico trigo.
Quejóse á Céres, lleno de tristeza,
Viéndose sumergido en la pobreza;
Mas, coronada de la espiga hermosa,
Le contestó la Diosa:
Tú, trabajar procura,
Que áun así la cosecha no es segura;
Jamás frutos alcanza
El que sueña tesoros en la holganza.

FÁBULA LXIII.

LA VIOLETA Y LA TRINITARIA.

Modesta y solitaria,
Debajo de la yerba,
Exhala su perfume
La humilde violeta;
En torno sus colores
La trinitaria ostenta
Y á su vecina dice:
—¡Te humilla mi presencia!

Una pastora hermosa
Exclama entónces:—¡Necia!
Como ver no te dejes,
Se ignora tu existencia;
Que inodora retratas
A la ignorante bella,
Al paso que la viola,
Escondida en las selvas,
El hogar en que vive
A todos nos revela,
Y con precioso aroma
Oculta nos recrea.
Despues, cuando se muere,
De males nos preserva;
Suaviza nuestro pecho
En delicioso néctar.
¡Mira lo que tú vales!
¡Compárate con ella!

FÁBULA LXIV.

EL ZORRO EN TERTULIA.

Piense aquel que mordaz desacredita
Que pierde fama quien la ajena quita.
De animales diversos en un corro,
Echándolas de honrado, dijo un zorro:
—Yo he visto muchas noches á una ardilla
Comer gallinas que durmiendo pilla,
Matar más de un capon y más de un gallo,
Y hacer otras lindezas que me callo.

—¡Hola! esclamaron todos los presentes;
No estarian muy léjos de tus dientes,
Y dirémoste claro, aunque nos gruñas,
Que tan buena es tu lengua cual tus uñas.
—Me han conocido, dijo el zorro viejo:
A otra parte, á quitar á otro el pellejo.

FÁBULA LXV.

LA MALA TIERRA.

A un hombre que estudió en la sábia escuela
Del mismo Lucio Julio Columela,
Decia un labrador:—En tantos meses
De esperanza, y coger tan pocas mieses,
¿No merezco más trigo, no más paja?
¿Quién vela más que yo? ¿Quién más trabaja?
¡Riego con mi sudor la tierra un año
Para coger tan triste desengaño!
Pero el sábio contéstale:—Es que yerra
Quien pone su trabajo en mala tierra;
Busca un suelo mejor; trabaja, suda,
Y verás cuál tu suerte, amigo, muda;
O si los trigos tu heredad desecha,
Tal vez dará mejor otra cosecha.
Así un discreto profesor alcanza
Frutos, y no malogra su enseñanza,
Si de los niños la aptitud consulta.
El escaso talento dificulta
En las artes y ciencias el progreso,
Mas ¿qué ha de suceder si falta seso?

FÁBULA LXVI.

EL NIÑO DE MAL CORAZON.

Maltrataba á un gatito,
Fiero un muchacho,
Y á los golpes, doliente,
Le dijo el gato:
Quien así duro
En hacer daño goza,
Copia al verdugo.

FÁBULA LXVII.

EL CANDIL Y LA CRIADA.

Colgado en la cocina á un negro clavo
Un mugriento candil, hecho un esclavo,
Oyó un dia á la airada cocinera

Saludarle cortés de esta manera:
—¿Cómo alumbras tan poco?
¿Te falta aceite ó mecha, ó sobra moco?
Lámpara de meson y de cocina,
Farol de cuadra, antorcha peregrina,
Que chupas más aceite que lechuza;
Cotidiana lanceta de la alcuza,
Cárcel negra y estrecha,
Mugriento baño de la blanca mecha,
Bandeja sucia y tosca,
Del mosquito ataud, tumba de mosca,
Sombrero de alguacil, quinqué primero,
Más alto que la vela en candelero,
Sempiterno lloron, que cuando puedes
De lágrimas me llenas las paredes,
Más que claro guejon, pues no hay quien viva
Si te falta la sangre de la oliva,
Porque impaciente presto
Me pones triste cara y muy mal gesto;
Quita, mueble temblon, ¡oh, quién pudiera
No ver nunca tu pico de aceitera!
¡Y no mirar, temiendo tus deslices,
Tan llenas de pavesas tus narices!
El candil contestó: —Testigo eterno
En el verano y en el frio invierno,
Debajo de esta sucia chimenea,
Aun sientes que mi poca luz te vea
Quitar el caldo á la olla,
Almorzarte el alon de alguna polla,
Lamer las golosinas,
Freir buñuelos, pastas superfinas.
¡Tú sientes que haya visto

Cómo pruebas primero el rico pisto,
Antes que salgan platos á la mesa,
Diezmar las peras y asaltar la fresa!
Yo he visto añadir agua al chocolate,
Regalando primero tu gaznate;
Yo te he visto quitarme el alimento
Para dar á una amiga mi sustento,
Y decir que chupéme media alcuza,
Ó gastóse guisando una merluza;
Y hambriento y calumniado,
Quejarse de mi luz tu labio airado;
Yo te he visto soplarme para á oscuras
Roncar, en vez de hilar ó hacer costuras.
—¡Calla inmundo candil! —¿Te mortifico?...
¿Temes las consecuencias de mi pico?
Ya ves que á los que tienen buena boca
Es necio quien les tilda y les provoca,
Pues se expone, zurrando la badana,
Á volver trasquilado al ir por lana.
Apártase de allí la pobre moza,
Y un capon mata y con furor destroza,
Vengándose en el muerto,
Que no hubo sido el ofensor por cierto.
Mas es cosa frecuente
Pague por el culpado el inocente.

FÁBULA LXVIII.

LA CALANDRIA, EL CANARIO Y EL FLAUTISTA.

Cantando una calandria se decia:
—¿Quién imita esta dulce melodía?
El mismo dios Orfeo
Se encantára escuchando mi gorjeo.
No valen dos pepinos,
Junto á los mios, los acordes trinos
De las canoras aves;
¡Qué armonías tan dulces y tan suaves!
Oyó al ave un canario,
Excelente cantor, que un boticario
Vió escaparse aquel dia de su jaula;
Canario que podia poner aula,
Que en canto figurado y canto llano
La solfa pajaril tiene en la mano.
—¿Es posible, le dijo, no conciba
Que está gastando en vano la saliva?
Óigame pues á mí la primer nota,
Y verá que no sabe ni una jota.
La calandria calló, y cantó el canario,
La verdad, con un gusto extraordinario.
¡Qué flauta, qué violin, qué dulces arpas!
¡Oh cuántos gatos con agudas zarpas,
Lamiéndose los labios á su vista,
Hubieran abrazado al grande artista!
¡Qué órgano, qué garganta,
Qué ruiseñor como él, qué mirlo canta!
—¿Ve? dijo á la calandria, calle el pico;
La vanidad es propia del borrico,

Del sabio la modestia.—Bien predicas,
Mas pecas en lo mismo que criticas,
Y aunque eres gran cantor, como canario,
Es monótono el són, muy poco vario.
Le contestó un flautista de improviso:
—Lo mismo que cantó en el Paraiso
El canario primero á Adan y á Eva
Nos cantas, y ya ves si es cosa nueva!
Escúchame un momento.
Gran silencio... Su flauta llena el viento
De un torrente de mágica armonía,
Miéntras de boca un palmo el ave abria.
¡Qué trinos, qué gorjeos y qué escalas!
Llevándole el compás, mueven las alas
Atónitas las aves,
Y exclaman: —Con primor el canto sabes;
Mas no te engrian tus acordes sones,
Que habrá mil que te den tambien lecciones.
Nunca saber sobrado te parezca,
Ni tu ciencia prestada te envanezca;
Que hallarás, hijo mio, á todas horas
Quien te haga ver lo mucho que aun ignoras.

FÁBULA LXIX.

LOS PROGRAMAS.

Al dar las oraciones
Asomóse Leonora á sus balcones,
Que daban al jardin, cual de costumbre;
Pues al ponerse el sol, gran muchedumbre

De pájaros, buscando verde cama,
El sueño á una arboleda espesa llama.
¡Qué plácido bullicio;
Qué pios, qué gorjeos, qué canticio!
Cual moscas á la miel, ya baja y sube
De pajarillos una inmensa nube,
Y aquí revolotean,
Hacen temblar las ramas, aletean,
Y se pican volando,
Y de una en otra rama van saltando.
Debajo de los árboles tendida
Se revuelca una gata entretenida,
Y se estira y bosteza,
Y se rasca en el tronco la cabeza,
Enseñando los dientes
Y alargando sus manos inocentes,
Así cual si dijera:
—¡Oh! ¡Quién entre las uñas os tuviera!
Lamiéndose los lábios los miraba,
Y con sólo lamer se alimentaba;
Y no, como la zorra, les decia:
—No los quiero, están verdes; ¡tontería!
Sino que así, para probar fortuna,
Les habló dulce con doblez gatuna:
—¡Qué lindos pabellones
Formais con vuestras alas, gorriones;
Amigos, no es patraña,
Es una linda tienda de campaña!
Al escuchar el canto, al veros gozo,
Me encantan vuestra union, vuestro alborozo,
Sintiendo únicamente que hasta el suelo
No os atrevais por mí á tender el vuelo,

Que no debe esquivar vuestra grandeza
A mi humildad bajar, ni mi llaneza
Es tanta, que os afrente
Que remontarme á vuestra altura intente.
Más propio es suba yo, que soy humilde,
Que el que bajeis vosotros, no se os tilde.
Así, si me ofreceis darme acogida,
Probaré á encaramarme agradecida,
Y de que dure siempre esta alianza
Lo juro, á fé de gata, por mi panza.
Atónitos los pobres pajarillos,
La dejaron subir, y á dos carrillos,
Apénas se encontró donde queria,
Cenó como pudiera en la hostería.

Se ostenta el malo generoso y pio
Para llegar hasta el poder humano,
Y en logrando escalar el poderío,
Aparece sin máscara el tirano.

FÁBULA LXX.

LAS FLORES LOZANAS Y MARCHITAS.

Laura adorna con flores
Su cabellera,
Y engalana con nardos
Las rubias trenzas,
Y suave toca,
Para que no se mústien,
Las lindas hojas.
Cuando vuelve del baile,

Ya á media noche,
Las arranca y las tira
Por los rincones;
Y exclaman ellas:
De la noche á la tarde
¡Qué diferencia!
Buscabas nuestras galas,
Nuestros aromas,
Éramos á tus ojos
Frescas y hermosas;
Hoy nos desprecias,
Porque se han disipado
Color y esencias.
¡Ay! ¡tiene la lisonja
Tan dulce encanto!
Mas que os abra los ojos
Mi desengaño;
Porque los hombres
Os tratarán lo mismo
Que tú á las flores.
Lisonjeros os buscan
En los Abriles,
Cual nos buscais vosotras
Por los jardines.
Mústias os dejan:
Conocedlo en los dias
De la belleza.

FÁBULA LXXI.

EL NIÑO Y LA MARIPOSA.

Sobre el cáliz de una flor,
No sé si azucena ó rosa,
Se durmió una mariposa,
Embriagada de su olor.
Á cogerla sin rumor,
Se acerca un niño despacio,
Mueve el ala de topacio,
Y ¡cuál fuera su sorpresa
Al verse entre dedos presa
Quien libre surcó el espacio!
De dolor la triste llena,
Pidió libertad en vano,
Que era la inocente mano
Su cárcel y su cadena.
¡Ah! dijo, sufra la pena

Quien vive sin precaucion.
La pérfida seduccion
Era el niño que la pilla;
La mariposa sencilla,
La cándida indiscrecion.

FÁBULA LXXII.

UN ESPEJO INOCENTE.

Un niño chiquito,
Jugando en el suelo,
Miraba su imágen
Dentro de un espejo.
Junto así tenia
De peras un cesto,
Y yendo á cogerlas,
Notó, descontento,
Que un niño las peras
Tomó al mismo tiempo.
—Me roban la fruta,
Exclama corriendo;
Y al ir á pegarle
Se rompe el espejo.
—¡Qué hiciste, insensato,
Si eras sin saberlo,
Tú, quien te quitaba
Las peras del cesto!
Los hombres lo mismo
De todos tememos:
Para nuestras faltas

Somos siempre ciegos;
Culpamos á todos
De nuestros defectos,
Y nosotros somos
Los que nos perdemos.

FÁBULA LXXIII.

LA CARCOMA Y EL CRIMINAL.

En la tapa de limpia papelera
Un gusano roedor el diente asoma:
—¿Qué haces, insecto vil? con voz severa
Preguntó un criminal á la carcoma.
—Lentamente minar esta madera,
Que vive, como tú, ¡parece broma!
Roido el corazon por un gusano...
¡Tu fin, este será tarde ó temprano!

FÁBULA LXXIV.

EL ÁSPID Y LA PALOMA.

Picó un áspid hambriento á una paloma,
Y al sentir el veneno de su diente,
Murió del monte en la sombría loma;
Pero se hirió á sí misma la serpiente,
Mordióse sin querer; circula y toma
Fuerza el veneno, y muere prontamente.
Quien el crédito al prójimo arrebata
Hiere á los otros, mas tambien se mata.

FÁBULA LXXV.

EL SORDO Y EL GLOTON.

En lindos azafates de junquillos
Llevaba un sordo-mudo cien barquillos,
Tan rubios, tan crugientes,
Que eran provocacion de muchos dientes;
Mil ojos con envidia los miraron,
Mil lenguas sus deseos murmuraron.
—¡Qué gratos! dijo al paso un mozalvete,
Para tomar con ellos buen sorbete.
La bandeja llevais, amigo, llena;
¿Quereis darme no más media docena?
El sordo, continuando paso á paso,
Seguia sin hacer del jóven caso.
—¿Calla? exclama, es la prueba de que otorga!
Y fué echando barquillos á la andorga.
Irritóse el prudente sordo-mudo,

La merienda.

Y no dijo *ladron* porque no pudo.
Acudió un alguacil, y echando el guante,
Repitió al disculparse el estudiante:
Quien preguntado, á responder no llega,
Ni afirma cosa alguna ni la niega.

FÁBULA LXXVI.

LA MERIENDA.

Creyó un padre prudente
Suprimir la merienda suavemente
Una ardorosa tarde de verano,
No habiendo de seis hijos ni uno sano;
Siendo la dulce fruta
La causa de sus males sin disputa.
¿Cómo manda se queden sin merienda,
Si tienen en los ojos una venda,
Y no bastarán sábias reflexiones
Si ven uvas, manzanas y melones?
Habrá pucheros, lágrimas, quimeras,
Si un mandato les priva de las peras:
Es preciso se cumpla su decreto,
Mas del modo más suave y más discreto.
El padre, que naciera
Sin duda para alcalde de montera,
Entra en el comedor, siéntase y sobre
La mesa vacía su bolson de cobre,
Y monedas de plata tambien brillan
Que á rebatiña los muchachos pillan.
—¡Silencio! dijo el padre, hoy os permito

Que, segun vuestro gusto y apetito,
Lo que os plazca compreis, aquí hay dinero;
Os dejo solos, discutid primero...
Una fruta no más para merienda;
Mandad al jardinero que os la venda.
La cosa es bien sencilla;
Cuando elijais tocad la campanilla.
Y cerró la mampara
Y escondióse á escucharlos... ¡qué algazara!
¡Qué bulla! ¡Qué alborozo!
El pensamiento les inunda en gozo.
Pasada pronto la primer sorpresa,
Reúnense á pensar, cercan la mesa.
Gran silencio... Por fin dice un hermano:
—¿Quereis, amigos, moscatel romano,
Que es muy rico mezclándolo con queso?
—¡Qué!... ¡no, no!... no me gusta nada de eso;
El ácido y la leche... tengo ganas
De sabrosas manzanas.
—¿Con manzanas nos brindas?
Yo quisiera acerolas. —Pues yo guindas.
—¿En Julio? ¡Qué quimeras!
Ahora es el tiempo de sabrosas peras;
Vayan por ellas presto,
Para mí solo necesito un cesto.
—¡Silencio! oid mi opinion, mejor seria
Que nos trajeran una gran sandía;
¡Qué negra es su pepita!... ¡Qué encarnada
Su carne delicada!
—Es agua nada más... ¡melocotones!
—Están verdes áun... —Pues hay melones.
—Vaya unos desatinos;

Saben á calabazas y á pepinos.
—No señor, no señor; compren ciruelas
Que se mascan sin dientes y sin muelas.
—¿No venden ya membrillos?
—En Setiembre se vuelven amarillos.
¡Orden, órden! mejor son las granadas.
Pues si casi áun son flores; ¡patochadas!
Peras, guindas, manzanas y sandía
Y ciruela y melon... ¡Qué algarabía!
Gritan, chillan, descansan, dan razones,
Comienzan otra vez las discusiones,
Y ántes la luna muéstrales sus canas
Que decidan si peras ó manzanas;
Pues como nadie cede
Y anhelan todos dar la ley, sucede
Que ni se compran uvas ni melones,
Y todo se convierte en opiniones.
Recogiendo el buen padre su moneda,
El congreso infantil sin fruta queda.
¿De quién aprenderian?
¡Políticos tal vez, os copiarian!

FÁBULA LXXVII.

EL ZORRO IMITADOR DE ESOPO.

Un zorro, que por cierto no era topo,
Las fábulas leyó del frigio Esopo,
Sabiéndolas tan bien de cabo á rabo,
Como la vida del contrahecho esclavo.

Mil veces al rondar á las gallinas
En horas matutinas,
Y atento siempre á su menor descuido,
Su moral recordaba entretenido.
Con frecuencia venía á su memoria
El lance, que refiérenos su historia,
Cuando falsos testigos
Supusieron robó de frescos higos
Una cesta, y la industria que ejecuta
Para saber el que comió la fruta,
Logrando en consecuencia
Mostrar limpio el cristal de la inocencia.
Y viendo que en su pátria los plagiarios
Eran extraordinarios,
Químico muy profundo,
Inventó lo que nadie en este mundo:
Un purgante balsámico, un brebaje
Que servia de emético al salvaje,
Y ofrecia dejar á los autores
De galas limpios y de ajenas flores.
Probóse ante el monarca su eficacia;
Era, el pobre, poeta por desgracia,
Y convocó á los vates, que un acopio
Trajeron de papeles, como propio.
La cotorra leyó dos mil sonetos;
Una blanca lindísimos tercetos;
El verdoso chorlito
Un cuento pastoril, con gracia escrito;
Églogas una tórtola; un canario
Un poema de gusto extraordinario;
Un milano una sátira que hervia,
Y un cuervo una tristísima elegía.

¡Bravo, bravo! exclamaron los oyentes,
¡Qué plumas!.. demos lauros á sus frentes.
—Ahora, dijo, sirviendo de copero
Á los poetas, el zorro, daros quiero
Un licor que de fuego al vate llena,
Y sereis cada cual un Juan de Mena:
Bebed... es dulce néctar del Parnaso;
Y á este daba una copa, al otro un vaso.
El Rey decia, viendo la tramoya:
—Pronto el caballo van á ser de Troya.
De allí á poco ya arrojan los cantores
Por la boca mil cintas de colores;
—¡Son versos!... dice el Rey... y ¿qué gavilla?
Lope de Vega, Garcilaso, Ercilla,
Melendez, Moratin... sus claros sones,
Su puro hablar, sus bellas concepciones.
Y ¡quereis con su acento peregrino
Comulgarnos con ruedas de molino!
Eco de los poetas, en resúmen,
Un postizo plumaje es vuestro númen.
Gracias á esta bebida,
Toda lira plagiaria es conocida;
Y los que sientan de escribir la fiebre,
Ya no podrán pasar gato por liebre.

FÁBULA LXXVIII.

LA MUSARAÑA.

Cuentan los boyeros
Allá en mi lugar,

Que la musaraña,
Nocivo animal,
Al buey envenena,
Picándole audaz;
Mas que luego cura
Ella misma el mal,
Pues en el aceite
La hacen chapuzar,
La majan podrida,
Cual quien muele sal,
Con cuyo remedio
Logra el buey sanar.
Cual las musarañas,
La lengua mordaz
Debe por sí misma
Reparar el mal
De las opiniones
Que llegó á quitar.
Porque otro remedio
No hay más eficaz.

FÁBULA LXXIX.

LAS FLORES, LAS ABEJAS Y LOS ABEJARUCOS.

Las flores se quejaban de la abeja,
Que libaba sus mieles, tristemente.
Un lindo abejaruco oyó su queja,
Y á una banda convoca prontamente.
La maesa y los zánganos llegaron
Temblando á la colmena,
Y al esparcido enjambre convocaron,

Que chupaba la rosa y la azucena.
—¡Cada cual, dicen, entre en su celdilla;
Que se acerca volando una gavilla
De fieros enemigos, aunque bellos!
¿Del sol no veis brillando á los destellos
De su plumaje las preciosas galas,
De oro, verde y azul sus raudas alas?
No os cieguen sus aspectos seductores;
No halleis espinas al tocar las flores.
Ocultémonos pronto, que ya llegan,
Y á saco y á degüello nos entregan.
¡Verdugos de la abeja, destructores!
—Ya vienen nuestros nobles salvadores,
Decian suavemente,
Jugando con el céfiro, las flores.
Oyeron nuestras quejas
Y nos libran de pícaras abejas;
Amigos y aliados,
El derecho de gentes
Defenderán con picos esforzados.
Tímidas compañeras,
Ya llegan la naciones extranjeras;
Matando abejas cogerán laureles,
Que ellas nos roban las preciadas mieles,
Aunque las llame el hombre laboriosas,
Porque luégo se come las sabrosas
Brescas y los panales,
Olvidando su gusto nuestros males.

Así en el mundo lo que al uno halaga
Otro lo tiene por gravosa plaga,
Y lo que á veces nos parecen males,
Son bienes que da Dios á los mortales.

FÁBULA LXXX.

LA NIÑA PREMIADA.

Premiando á una niña,
Sus sienes hermosas
De laurel ciñeron
Con una corona.
Despues de su triunfo
La bella orgullosa
Olvidó el estudio,
Mirando sus hojas,
Que se marchitaron
En pocas auroras.
Viendo la guirnalda
Cómo se deshoja,
Habló así á la niña:
—No pierdas las horas,
Si esta se marchita,
Vuela á alcanzar otras,
Porque si te duermes
Sobre tu victoria,
Verás en tu frente
Mústia la corona.
Entónces la bella
Su esfuerzo redobla,
Que el que se envanece
No alcanza más glorias.

FÁBULA LXXXI.

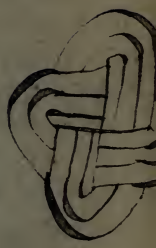
LAS PALOMAS.

Levantaron el vuelo
De una laguna
Unas blancas palomas,
Que las asustan
Dos gavilanes,
Que, cual rayo, en pos de ellas
Surcan los aires.
Cuando os persigan, niñas,
Los seductores,
De las aves del lago
Tomad lecciones;
Que en este mundo
Peores que gavilanes
Son los impuros.

FÁBULA LXXXII.

LA MALA EDUCACION.

Un niño que en sus abriles
Mostraba mal corazon,
Miéntras su padre debajo
De un árbol burlaba al sol,
Blandiendo una larga caña,
Á un almendro se acercó;
Y á sus golpes poco á poco
Fuése cayendo la flor.
No quiso turbar el padre
Tan maligna diversion;
Mas el pobre jardinero
Gritó lleno de dolor:
—¡Detén, rapaz, esa mano,
Y huye del jardin veloz,
No me quites la esperanza!...
Entónces al padre vió,
Que acariciando al muchacho,
Dió al viejo una reprension.
El jardinero, ante el dueño,
Suspirando enmudeció;
Mas el almendro á los vientos
Repitió con firme voz:
—Si quieres coger el fruto,
Cuida de la tierna flor;
Mal padre, no olvides nunca
Que los niños flores son.



FÁBULA LXXXIII.

EL TURON Y EL TORDO.

Cuando dejaban sus marchitas hojas
Los árboles caer, y sonreian
Los amigos de Baco en los lagares,
Viendo pisar racimos á millares,
Corria por un bosque solitario
Un turon jóven al albor del dia.
Frisaba en los dos años: blanco el vientre,
De un algodon cardado parecia,
Y su rojiza espalda relucia
Á los rayos del sol, cual brilla el oro.
Andaba hambriento en busca de los lazos
Que entre verdes arbustos, con gran maña
Esconde algun zagal por la montaña,
Cuando escuchó el quejido
De un tordo, que cogido
En una trampa, prisionero gime.
—Vaya, dice, tú imploras mi clemencia;
Mas poco debe, amigo, ser tu seso,
Cuando metes la pata y quedas preso.
¿No te ha enseñado al cabo la experiencia
Á huir de los que asedian tu existencia?
Quiero ver si me engaño.
—¡No muerdas mi cabeza, me haces daño!
—¡Tan buen seso y tener tan poco juicio,
Dijo el turon; me sacas de mi quicio.
Y muerto el animal, comió el cadáver
Con muy buen apetito:
¡Tal se lamia el pobre animalito!
Despues de haberse dicho: —¡Buen provecho!

Regresaba á su estancia satisfecho,
Salubre habitacion, cómoda y seca,
Debajo de unos viejos matorrales,
Que cansados de andar de ceca en meca,
Hicieron sus abuelos, cuando nota
El dulce aroma de una nuez quemada.
—Ya tengo postres, dijo, ¡qué bellota,
Qué piñon ni avellana!
¡Manjar sabroso, golosina sana!
Acercóse, mordió, tocó un palito
Y cayó el animal en el garlito.
Un tordo que contempla cuál se aplasta,
—¡Oh! dijo: ¡no acabaran con tu casta!
Obraste mal, amigo,
Y pronto te dió el cielo tu castigo.

FÁBULA LXXXIV.

EL REGAÑON Y SUS PERROS.

Un hombre regañon, de génio adusto,
Á quien nadie complace ni da gusto,
Tenía muchos perros
Presos en unos lóbregos encierros,
Sin darles lecho ni áun de humilde paja.
Todos los dias baja
Con escaso alimento, pobre y malo,
Que van á devorar al son de palo;
Patatas medio crudas y lechugas,
Que de perdiz les saben á pechugas:
Y es tanta el hambre, que por un bocado
Riñen, se muerden... mueven altercado;

Mascando sólo los que llegan presto,
Quedándose en ayunas el modesto.
—¿Cómo flacos estais, malditos canes?
—Porque nos falta el aire, el sol, los panes.
—¿Cómo siempre tumbados?
—Porque opresos nos tienes y encerrados.
—¿Cómo llenais el aire de ladridos?
—Porque estamos hambrientos y tullidos.
—¡Silencio! no os quejeis... Jamás mi mano
Lameis, saltando de placer. —¡Tirano!
¿Cómo quereis que corra
La gallina á buscar á la vil zorra,
El conejo al huron, la humilde oveja
Al lobo, que le quita su pelleja?
Esos perros que siguen con halago
Y guardan al señor... gozan en pago
Libertad, buena cama, limpia mesa.
Mira si tu conducta, amigo, es esa,
Y no culpes si encuentras, insensato,
La recompensa de tu inícuo trato.—
¡Cuán prudente habló el can! De la memoria
No borreis, niños, esta cierta historia;
Pues muchas de las cosas que yo os cuento,
No una vez las he visto, sino ciento.
Quien tiene esclavo al que le sirve, y manda
Con áspera altivez; quien no se ablanda
Al ver su triste condicion, y hierros
Les pone y trata como aquel sus perros,
¿Cómo quiere exigir celo, alegría,
Y que incienso le rindan todavía?
Ó abandonado se verá cruelmente,
Ó tendrá un enemigo en el sirviente.

FÁBULA LXXXV.

LA PERDIZ Y EL CONEJO.

Quien mal consejo da, mas con fe buena,
Sufrir no debe por el daño pena.

Siguiendo unos lebreles á un conejo,
Díjole una perdiz: —Toma esa senda;
En el llano te quitan el pellejo,
Y sirves á sus amos de merienda.
No vaciles, y sigue mi consejo,
Porque cubre tus ojos una venda;
Si por la cresta de esos montes sales,
Encontrarás ya espesos matorrales.
El conejo, sintiendo ya cercanas
Las pisadas de un galgo, pica espuela
Para salir sus esperanzas vanas,
Porque á un profundo precipicio vuela.
¡Ah! ¡Por librarte del lebrel te afanas

Y anticipas tu fin! Esto revela
Que huyes, hombre, del mal y muchas veces
Te lanzas al abismo, en que pereces.

FÁBULA LXXXVI.

EL COLMENERO Y SU IMITADOR.

Para aquellos preciados jovencitos
Que con sólo ligeros rudimentos
Se juzgan ya profundos eruditos,
Anoche me ocurrió una fabulita
Que pienso dar á luz, ya que está escrita.
Un hombre, en la montaña, á duras penas
Consiguió enriquecer con sus colmenas;
Que debia saber más que Aristeo,
Rey que fué de la Arcadia, de quien creo
Refieren unas crónicas muy viejas
Domesticó el primero las abejas,
Temor causando al volador enjambre,
Ya por miedo sitiándole ó por hambre:
Y segun otros cuentan, porque artero
Se ganaba á la maesa lo primero;
Que en entrando los mansos, las ovejas
Van al redil, bajando las orejas.
Sea por estos medios ú otros tales,
Lo cierto es que sacó ricos panales,
Y por arte de birli ó de birloque,
Cerrólas en cortezas de alcornoque.
Llegó á domesticar de tal manera
Al enjambre que labra miel y cera

El labrador, que al abejar se sube
En medio de una nube,
Y asombra á los mirones
No le hieran sus duros aguijones.
Al contrario, los zánganos y abejas
Páranse en su nariz y en sus orejas,
En la tostada calva y en la boca,
Y ni siquiera un aguijon le toca.
Viéndolo un campesino,
Que envidió la colmena á su vecino,
Y le oyó, á par de ahumada chimenea,
Hablar alguna vez de esta tarea,
Creyó tener nociones ya bastantes
Para amansar tan dulces fabricantes.
Se acercó á una colmena,
Y quedó su nariz cual berengena,
Cual criba sus carrillos, medio tuerto,
Más picado que toro en plaza muerto.
—¿Por qué, dijo, me herís á mí, aguijones?
—Porque te faltan aún muchas lecciones,
Exclamó el colmenero,
Y que te sirva de escarmiento espero.
Ensayos mil me cuesta, años, constancia,
Lo que juzga tan fácil tu ignorancia;
Mas harto castigado ya te deja
El aguijon de la industriosa abeja.
Lo enseña la experiencia de los años:
El atrevido encuentra desengaños.

FÁBULA LXXXVII.

EL LORO BORRACHO.

Con bizcochos bebiendo rico vino,
Quedó borracho, sin pensarlo, un loro;
¿Tan lince y tan vivaz, y está sin tino?
¿De cobre se volvió su pico de oro?
Burlándose un canario peregrino,
Cantábale:—Hijo, harias tú mal moro.
Hasta el gato, acercándose á su jaula,
Exclamó:—¡Buena turca tiene el maula!
Un niño retozon y vivaracho,
Y del zumo de cepas buen mosquito,
Movióse á compasion viendo al borracho.
Mírate á tí copiado en el lorito,
Dijo entónces el padre al buen muchacho,
Y refrena con tiempo tu apetito.
Así es el vicio: envuelve entre tinieblas,
Y el hombre en medio de la luz ve nieblas.

FÁBULA LXXXVIII.

EL GATO Y EL TORDO.

Un gato que nació entre la abundancia,
Probando de la suerte la inconstancia,
Que ya eleva, ya arrastra por el suelo,
Tuvo amos más humildes que su abuelo.
Centinela de tarros de botica,
Allí vió cuál se maja, cuál se pica,
Y aprendió á hacer ungüentos y potajes,

Píldoras y brebajes,
Y á puro de escuchar al boticario,
Doctor salió en Farmacia extraordinario.
Dejóse la botica,
Y á hacer experimentos se dedica.
Al poco tiempo anuncia unos polvitos
Para dar á los tiernos pajaritos
Y á las aves mayores
Los más lindos matices y colores.
Un tordo pone en duda sus virtudes,
Mas dice el gato:—¿Es fuerza que así dudes?
Venid, aves sencillas,
Venid á contemplar mil maravillas.
—No te esfuerces, el tordo le contesta,
A buen trecho, temiendo alguna fiesta;
Tuviéramos por cierto tu relato,
Cuando no fuera el vendedor un gato.
Aunque el perverso ofrezca la fortuna
Y alzarnos á los cuernos de la luna,
Viendo en su oferta peligrosas redes,
Todo el mundo renuncia sus mercedes.

FÁBULA LXXXIX.

LOS DERECHOS IMAGINARIOS.

Disputaban dos monas
Una mañana
El derecho á unos copos
De blanca lana;
El juez oyólas,

Y á la mona que hilaba
Condenó en costas.
Iba la demandante
Ya á recogerla,
Cuando un pastor que es suya
Demanda y prueba,
Y el juez le apoya,
Sentenciando que el copo
Suelte la mona.
—Yo la he cortado, dicen
Unas tijeras;
Esos blancos vellones
Sudor me cuestan,
Y los reclamo
Como la recompensa
De mi trabajo.
—Todos piden lo ajeno,
Dice la oveja,
Que al tribunal balando,
Pelada llega;
Yo voy desnuda,
Y lo que solo es mio
Tantos disputan.
—Veo ya, el juez les dijo,
Que sois, señores,
Ciertamente robados,
Pero ladrones:
Conque así, nadie,
Aunque le roben otros,
Pueda quejarse.
Sólo la mansa oveja
Pide justicia,

Que es la parte más débil,
La pobrecita,
Y hoy anda en cueros,
Miéntras ventilais todos
Vanos derechos.

FÁBULA XC.

EL MONO Y EL MICO.

Dictando un mono á un mico secretario,
Le dijo:—Este despacho es necesario,
Y urge el tiempo; te encargo, pues, en suma,
Que ande sobre el papel lista la pluma.
Aun la taquigrafía
Poco para tal prisa parecia.
Concluido ya el papel, todo confuso
La tinta en vez de la arenilla puso;
Que tan por puntos despachar quisiera,
Que el tintero sirvió de salvadera.
—Esta, imitando al rey Cárlos Tercero,
Dijo, es la salvadera, este el tintero:
Y tenga bien presente,
Cuando llevare urgencia el escribiente,
Que quien ántes de obrar piensa un momento,
Gana tiempo, su calma es movimiento.

FÁBULA XCI.

LAS DOS ALBAHACAS.

—¡Qué verde está tu albahaca, qué lozana!
Te la veo regar por la mañana,
Y con manos ligeras
Las hojas recortar con las tijeras.
Mústia entre tanto y pálida la mia,
Muriéndose va ya de dia en dia.
Así asomadas ambas á la reja,
Dijo una jóven á una pobre vieja,
Y al irla á contestar, paróse un ciego,
Templó, punteó un poco, y cantó luego
Al compás de la chillona guitarrilla,
Esta, que vino á molde, seguidilla:
—Tú no cuidas la albahaca,
Tú no la riegas;
Miéntras duermes tranquila
Tu amiga vela;
Por eso alegre
La regada revive,
La seca muere.
Quien quisiere sus plantas
Tener pomposas,
Con afan en cuidarlas
Pase las horas.
Así en el mundo
El que educa á los niños,
Recoge el fruto.

FÁBULA XCII.

EL PESCADOR Y EL CAZADOR.

Una tarde de estío,
Á la orilla del rio,
Mudo, mirando sargas y espadaña,
Inmóvil, con su caña,
Sus ojos ya en el rio, ya en el cielo,
Aguardando á que un pez trague el anzuelo,
Al son del agua mansa que corria,
Un pobre pescador así decia:
—No sé cómo en el monte
Los cazadores
Tras liebres y conejos
Corren y corren,
Y por un ave
Trepan fragosos cerros
Y cruzan valles.
Con la aurora sacuden
El blando sueño,
Limpian armas, mantienen,
Cuidan los perros;
De noche velan,
Y á los rayos ardientes
Del sol se tuestan:
Cómo alegres recorren
Montes quebrados,
Pasan rios, lagunas,
Y en despoblados,
Por una alondra,
Cómo sufren la nieve.

Pág. 114.

El Pescador y el Cazador.

Cómo se mojan.
¡Qué placeres tan necios!
¡Cuánto más vale
Pescar de un manso arroyo
Junto á la márgen;
Ver en el rio
Hacer temblar la caña
Los pececillos!
Entre tanto á lo léjos,
Tirando un cazador á los vencejos,
Y viendo al pescador tranquilamente
Del rio contrastar con la corriente,
Cargado de aves, de cansancio y lodo,
Cantó, con voz de grillo, de este modo:
—Qué vida tan tonta
La del pescador,
De una caña esclavo,
De un anzuelo en pos;
Verse dentro el agua,
Tostándose al sol,
Por dos pececillos
Que ni áun miro yo!
¡Nécios pescadores!
¡Frívola aficion!
¡Cuántos más placeres
Tiene un cazador!
Gustos de la pesca,
Sois pura ilusion:
Deja el manso rio,
Pobre pescador.
Para dar el mortal rienda á sus vicios
Tiene en poco áun los grandes sacrificios,

Y sólo aplaude en los demás, aquello
Que á él le parece delicioso y bello.

FÁBULA XCIII.

EL MONO SABIO.

La envidia al que más brilla
Lanza sus dardos, y tal vez le humilla;
Pero el talento al fin, como el lucero
Vence, y le quitan todos el sombrero.
Nació un mono pastor, sin duda alguna
En una buena luna;
Á la naturaleza
Debiendo un rico dón: tanta destreza
Para curar fracturas,
Que hacia ciertamente diabluras.
Manejaba los huesos
Cual quien toca los moldes de los quesos,
Brazos contusos, piernas dislocadas,
Espaldas corcovadas.
¿Qué profundo doctor, qué cirujano
Tenía la destreza de su mano?
Practicando sin borlas ni bastones,
De ortopédia dos mil operaciones.
Parecia que adrede el mundo todo
Se rompa nuca, pierna, muslo ó codo;
Pues que de todas partes,
Cual si todos los dias fueran mártes,
Monos, mancos ó cojos
Se presentan, quejándose á sus ojos.

En ménos de dos credos
Les hace dar un ¡ay! entre sus dedos,
Y como aquel que juega al cubilete,
Les dice: —Estás curado, paga y vete.
Muévese un clamoreo, y alza el grito
La cirujana hueste: —¡Es un delito,
Á la ciencia un insulto, que un idiota
Nos pruebe no sabemos ni una jota;
Pues sin mirar siquiera la cartilla
Practica tanta y tanta maravilla!
Callar es dar á la osadía un premio,
Dejarlo estar es ofender al gremio
De gente curandera,
Que en aulas se ha cascado la mollera
Para aprender, y mal, lo que en la cuna
Debió este ganapan á la fortuna.
  Síguenle cual milano á las palomas
Porque le faltan borlas y diplomas;
Le persiguen, y el pobre ocultamente
Alivia sus dolencias á la gente.
Un torpe cirujano
Vió caer á su nieto de un manzano,
Y por comerse unas manzanas tiernas,
Romperse por el muslo las dos piernas.
Su madre gime y llora,
Y que no toque al hijo triste implora;
—No lo vean mis ojos,
Pues que á tantos dejaste mancos, cojos,
No vaya con muletas
Si lo intentas curar... Cosas discretas
Dijo la mona. Quéjase el monito,
Y al tocarlo, en el cielo pone el grito;

Y al fin, despues de hacerle tanto agravio,
Tuvieron que llamar al monó sabio.

FÁBULA XCIV.

LAS IMPRUDENCIAS.

Quedó arsénico en un plato
Para matar los ratones,
Y sin hacer reflexiones
Comióselo un pobre gato.
El tósigo de allí á un rato
Dióle una muerte infernal.
Muchos como este animal,
Sin los riesgos precaver,
En lo que buscan placer
Suelen encontrar su mal.

FÁBULA XCV.

EL ELEFANTE Y EL PERRITO.

Halló un gozque á un elefante
En un áspero desierto,
Y empezó á ladrar, por cierto
Como quien le arroja el guante.
Mordió el enano al gigante
Porque el peligro no advierte,
Mas lo pagó con la muerte.
Así suele suceder
Al que con débil poder
Provoca altivo al más fuerte.

FÁBULA XCVI.

EL CÁNTARO.

Una muchacha inocente,
Imágen de la alegría,
Iba saltando y volvia
Con el cántaro á la fuente.
Que durara eternamente
Creyó la hermosa serrana,
Mas dió contra la fontana,
Y en mil trozos se rompió.
Lo que hasta hoy no sucedió
Puede suceder mañana.

FÁBULA XCVII.

DÉLIA Y LAS FLORES.

Délia tal se moria
Por los olores,
Que compraba á docenas
Ramos de flores,
Y durmióse mil veces,
Como paloma,
Aspirando de muchas
El blando aroma.
Una noche gozando
Su esencia grata,
Como el ópio emponzoña,
Su olor la mata.
Quien de ciegas pasiones
Goza el perfume,
Bebe incauto una esencia
Que le consume.

FÁBULA XCVIII.

LOS DOS CUADROS.

Tuvo el capricho un leon,
Mecénas de los artistas,
En un reinado de aquellos
Que se ven de uvas á guindas,
De ofrecer bienes reales,
No inútil papel y cintas,
Al que pintára mejor

La Opinion y la Justicia.
La tórtola, la paloma
Y las ovejas sencillas,
Bajo formas inocentes
Lindezas al óleo pintan.
El Rey admira el trabajo,
La armonía de las tintas,
Ve blandura en el estilo,
Pero halla la idea tibia.
No ve la Opinion, ni ménos
Astrea está bien descrita.
Ya se cerraba el concurso,
Cuando la zorra ladina
Llegó, trayendo al pastel
Dos cuadros que maravillan.
El Rey abre bien los ojos,
La córte á verlos se inclina,
Y turba de palaciegos
Las nuevas láminas miran.
La Opinion en el un cuadro
La cotorra simboliza,
Cabalgando una veleta,
Que cual relámpago gira,
Y fuelles de mil colores
En su torno aire vomitan;
Figura que rueda y rueda,
Y ella que charla y que chilla,
Segun el fuelle que sopla,
Segun el viento que pillan.
La Justicia es un embudo;
En lo ancho el águila altiva,
Con garra potente, airada,

Unas tórtolas destripa;
En lo estrecho, pajarillos
Con sus caras compungidas,
De la reina de las aves
Reverencian la justicia.
—Bravo, dijo el leon, bravo;
Tu obra es de alabanza digna,
Porque tambien á los hombres
Copias bien en lo que pintas.

FÁBULA XCIX.

LA METAMÓRFOSIS DEL ROCIN EN HOMBRE.

Desgraciados rocines,
Cuya suerte es tirar de calesines,
Llevar los coches y arrastrar galeras,
Estío, otoño, invierños, primaveras;
Que mate el polvo ó que la nieve erice,
Que llueva, escarche, truene ó que granice,
Sin más paraguas que el dosel del cielo,
Sin más remedio que pisar el suelo;
Miéntras sobre sopandas y mullidos
Van los hombres tumbados ó dormidos
Entre sedas, guardados por vidrieras,
Mandándonos zurrar en las traseras
Por mano de un cochero galeote,
Viéndonos galopar y andar al trote.
Ya nuestra esclavitud clama justicia,
Y si la suerte fuéranos propicia
Y yo consigo sacudir el yugo,

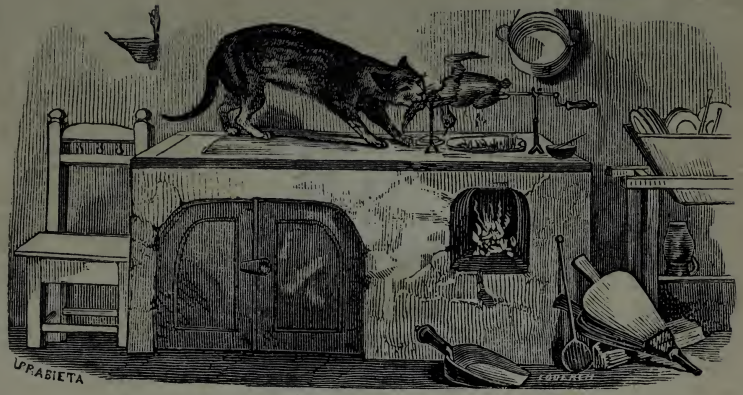
Os ofrezco acabar con el verdugo.
Si dominar pudiera sólo un dia,
Dejaba á la nacion de infantería;
Nada de equitacion, ningun jinete,
Ni cosa alguna que al caballo inquiete;
Ni carretas, ni coches, calesines,
Frenos, cabestros, cinchas ni espolines.
Los caballos en pelo
Irian, yo lo juro por mi abuelo,
Que tambien, lamentando igual destino,
Llevó albarda lo mismo que un pollino.
La turba rocinante
Pidió entónces á Júpiter tonante
Mudára su destino. El Dios potente
Al rocin cambia en hombre prontamente;
Ejemplo que no vieron los mortales,
Aunque hombres sí volverse irracionales.
Y esperando el decreto que ofrecia,
Relinchan y dan voces de alegría.
El rocin en poltrona, muy despacio,
Medita la reforma en su palacio,
Y paseando de dia, tarde y noche,
Muellemente arrastrado en blando coche,
Muere ántes que decida el modo y forma,
Con que ha de plantear la gran reforma.
¿Tendrá, decid, señores,
Su conducta en el mundo imitadores?
¡Cómo se quedarian los rocines,
Cual nosotros, con muchos mandarines!

FÁBULA C.

LA GATA Y LA GALLINA.

Una gata vetusta,
Con pretensiones de prudente y justa,
Entró cierta mañana en la cocina,
Y vió en el asador una gallina;
Y encontrándose sola,
Bostezó, corvó el cuerpo, arqueó su cola
Y exclamó en tono grave:
—¡Oh qué bello color! ¡Qué aroma suave!
¡Cómo destila el unto,
Se conoce muy bien que está en su punto!
Comerla me aconseja la prudencia,
Respetarla me manda la conciencia;
Pero el hambre me obliga
Á darla un aposento en mi barriga.
Dejémonos de escrúpulos de monja,
Sólo del ave sacaré una lonja;
Pues si es lícito el uso
De las cosas, no es lícito el abuso;
Buscando el alimento y no la gula
Todo gato nacido tiene bula.
Y diciendo y haciendo, el ave pincha,
Y con destreza sin igual la trincha.
Comerse la pechuga, ¡qué embeleso!
Comerse una pechuga no es exceso,
Mas abre el sabor grato su apetito,
Y prueba nada más que un aloncito.
—¡Qué meloso, qué tierno! pero basta;
Vuelva con la templanza por mi casta;

Pág. 124.



La Gata y la Gallina.

Dice, y de la ocasion huye prudente,
Temiendo los deslices de su diente.
Mas sin quitar del asador los ojos,
Contempla de la polla los despojos;
Y se acerca, los toca y olfatea,
Y los lame, y en torno se pasea,
Y poco á poco, y sin pensar en ello,
Se engulle la cabeza y traga el cuello,
La entrepechuga, alon, la pantorrilla,
El hígado, el liviano y rabadilla,
Viéndose todavía en un aprieto
Por no poder tragarse el esqueleto.
Aquí en la gata estás, hijo, copiado:
La primer falta es el primer bocado;
El primer paso que se da en el vicio
Nos lleva sin sentir al precipicio.

FÁBULA CI.

EL CANARIO Y SUS ÉMULOS.

Descolló de tal manera
Un canario en la armonía,
Que despertó su maestría
Celos en la canariera.
Queriendo se oscureciera
Le empezaron á picar,
Y al fin murió de pesar.
Así la envidia cruel
Quita á los hombres la piel,
Cuando los ve descollar.

FÁBULA CII.

EL SAPO Y LA ROSA.

Despreció una rosa á un sapo
Al sentir cerca su huella,
Que era al fin una flor bella
Y él un pobre gusarapo.
—¿Qué haceis ahí? dijo.—Atrapo
Orugas, que á tu pesar,
Te vienen á devorar.
Aprendiendo así la flor,
Que *puede el rico mayor*
Del pobre necesitar.

FÁBULA CIII.

EL NIÑO EN EL ZARZAL.

Junto á un frondoso zarzal
Pasaba un niño las horas,
Comiendo maduras moras
Contra la órden paternal.
Cúlpanle, y niega formal,
Que no advierte el pobrecito
Lo lleva en el rostro escrito;
Pues siempre los criminales
Dejan algunas señales
Que descubren su delito.

FÁBULA CIV.

EL LEON AGRADECIDO.

En el Africa vecina,
Halló Andrócles á un leon
Que, implorando compasion,
Cojeando se le inclina.
Vióle en su garra una espina
Y arrancósela al momento.
Lanzado al circo sangriento
Años despues, se acordó
El leon, y le salvó
En justo agradecimiento.
A más que á Dios es tributo,
Cuerdo fué siempre hacer bien;
Pues si sembramos, tambien
Solemos coger el fruto.

FÁBULA CV.

EL PAYO Y EL ASNO.

Para adelantar camino
Cargó á su asno de tal modo
Un hombre medio beodo,
Que andar no pudo el pollino.
El hombre perdia el tino
En medio de la jornada,
No llegando á la posada;
Y aunque tarde, echó de ver
Que el que demás quiere hacer,
Suele á veces no hacer nada.

FÁBULA CVI.

EL GATO Y EL RUISEÑOR.

Un gato la jaula abria
De un mimado ruiseñor.
—Yo soy tu libertador;
Bendíceme, le decia;
Basta ya de tiranía,
Surca libre el raudo viento.
Salió y comióle al momento.
A este gato se parecen
Mil que libertad ofrecen,
Siendo esclavizar su intento.

FÁBULA CVII.

LA PERA PODRIDA.

Llena de frutas traia
Su cesta una jardinera,
Y entre ellas iba una pera
Que por la flor se podria.
No la quitó: al otro dia
Las podridas ya eran más.
Lo corrompido jamás
Debe estar junto á lo sano,
Que si no, tarde ó temprano
Corromperá á los demás.

FÁBULA CVIII.

EL NIÑO Y EL CRISTAL.

Un niño puso un exceso
De peso sobre un cristal,
Y como era natural,
Rompióse al fin por el peso.
—Eres, le dijo, un camueso,
Pues me falta consistencia.
Así dicta la prudencia
Estudiar con fundamento,
Pues *sobre frágil cimiento*
Jamás se afirma la ciencia.

FÁBULA CIX.

LOS DOS LOBOS Y EL MASTIN.

Un lobo y un fiel mastin
Riñeron con gran furor,
Pero quedó vencedor
El perro en la lucha al fin.
Triunfante dejó el botin,
Y, segun cuenta la historia,
Contentóse con la gloria;
Que *quien hidalgo ha nacido*
Jamás ofende al vencido
Cuando alcanza la victoria.
Pero otro lobo áun mayor
Llegó al ganado despues,
Y el mastin quedó á sus piés
Á pesar de su valor.
El sangriento vencedor
Al cadáver se abalanza,
De que no teme asechanza,
Y ciego se ceba en él;
Que *el pecho vil y cruel*
Sólo goza en la venganza.

FÁBULA CX.

EL GORGOJO Y EL TRIGO.

En un provisto granero
Cierto dia entró un gorgojo,

Y este quiero, y este cojo,
Dejó todo el grano huero.
Fué á comprarlo un panadero
Y dijo á su dueño: —Amigo,
De no aventar es castigo;
Tu granero á muchos copia,
Que de la manera propia,
Son al fin como tu trigo.

FÁBULA CXI.

LOS LAZOS.

Puso un lazo un gavilan
En unas floridas lomas
Para cazar las palomas
Que seguia con afan.
Viendo que en la yerba están,
Baja, á la piedad extraño,
Y es víctima de su engaño.
Niño, de igual modo *puedes*,
Cuando tiendas á otros redes,
Hacerte á tí propio el daño.

FÁBULA CXII.

LAS GOLOSINAS.

Por comer golosinas
La bella Anarda,
Se criaba la pobre,

Débil y pálida:
Y á los tres lustros,
Como rosa marchita
Bajó al sepulcro.
Si el excesivo almíbar
Al cuerpo daña,
Porque en todo el abuso
Perjuicios causa,
Al alma, el vicio
Lleva con sus dulzuras
Al precipicio.

FÁBULA CXIII.

EL REMEDIO TARDÍO.

Llegóse cierto niño á un viejo armario,
Que por fatal descuido,
Se olvidó de cerrar un boticario;
Y creyendo encontrar allí un jarabe
Dulcísimo y suave,
Alegremente toma
Entre varias botellas,
De un ácido infernal una redoma:
Pruébalo al punto de imprudencia lleno,
Y en lugar de un licor bebió un veneno.
Siente frio, perdiendo sus colores,
Y sufriendo agudísimos dolores
Condúcenle á su lecho.
Al principio nada hacen de provecho,
Y por último á un médico se llama.
Llegó el doctor y se acercó á la cama;

Pero en vano venía,
Ya el mísero goloso no vivia.
Así el mortal del vicio en el torrente
Bebe letal veneno ciegamente,
Y cuando el fuego en sus entrañas arde,
Y la pasion le arrastra y le devora,
El remedio á su mal ya llega tarde.

FÁBULA CXIV.

LA SERPIENTE Y LA PALOMA.

Aquí hay trigo en esta loma;
Decia astuta serpiente
A una paloma inocente.
Bajó la pobre paloma;
La pérfida sierpe asoma
Y la mata sin conciencia.
Con esta amarga experiencia
Aprended, niños prudentes,
Que hay en el mundo serpientes
Que engañan á la inocencia.

FÁBULA CXV.

EL NIÑO Y EL ARO.

Un niño rodar hacia
Un aro con mucho ardor,
Que á los golpes del palillo

Daba mil vueltas veloz.
Era de ligero mimbre,
Cubierto de áureo galon,
Con cascabeles de azófar
Que brillaban con el sol.
—¿Qué pretendes, hijo mio?
Un anciano preguntó.
—Estos cascabeles, dijo,
Corren de aquellos en pos,
Y ruedan sin alcanzarse
Por más que doy y que doy.
—Inocente, dijo el viejo,
Desiste de tu intencion;
¿No ves que el aro es quien corre
Y los cascabeles no?
Así el mortal siempre en vano
Corre de la dicha en pos,
Porque la vida es un círculo
Do al llanto toca el dolor,
Y el hombre, uncido á su yugo,
En su peregrinacion
Cruza este valle de lágrimas
Que dió á los mortales Dios,
Y no puede hallar la dicha
Porque está en otra region.

FÁBULA CXVI.

EL FUELLE.

Caer en una leñera
Una chispa, un fuelle vió;

Pág. 135.

La Cucaña.

Se acercó, sopló y sopló,
Y creció al punto la hoguera.
El fuelle tomar espera
Despues las de Villadiego,
Pero es víctima del fuego.
Así los soplones obran:
Primero enemigos cobran,
Y son las víctimas luego.

FÁBULA CXVII.

LA CUCAÑA.

Colocaron en medio de una plaza
Un mayo, y de su punta,
Pendiente un pavo de soberbia traza.
Un ágil marinero
Ve el mástil, trepa y cógelo ligero.
Despues en lo más alto
Cuelgan de la cucaña
Un gallo inglés y dos gallos de España.
Los ve un zagal y exclama:—¡Pobrecitos!
¡Ya os cuento en mi cazuela;
Si el grumete subió, muy pronto arriba
Ha de trepar el nieto de mi abuela!
Y oprime el árbol lleno de esperanza,
Trabajando con brazo, pierna y panza.
Ya casi sin aliento, fatigado,
Llega del mástil á lo más delgado.
Ya toca á los capones
Una punta del ala,

Cuando escúrrese presto y se resbla.
Y costando al subir tanto trabajo,
En ménos de un minuto llegó abajo
Ved, niños, en el cuento donde os copio,
Lo que suele engañar el amor propio.

FÁBULA CXVIII.

LA BELLA Y LA ENVIDIOSA.

Viendo una fea alabar
De una bella la hermosura,
Dijo:—Es linda su figura,
Mas tiene un feo lunar.
Hizo entónces observar
Que la faltaba el color.
La envidia obra con rigor:
No habiendo nada perfecto,
Busca hasta el menor defecto
Donde hay prendas de valor.

FÁBULA CXIX.

LOS DOS CALVOS.

Dos calvos se encontraron por acaso;
El uno sin un pelo en la mollera,
El otro con la calva zapatera.
Viendo éste á aquél como sandía raso,
Soltó la carcajada,

Pág. 137.

La Teoria y la Práctica.

De calvo al punto dándole el apodo.
Al verse apellidado de este modo,
Dijo el melon: A tu justicia apelo.
¿Qué eres tú, pues, donde te falta el pelo?
Mi falta veo porque está delante,
Tú la llevas detrás y esto es bastante.
Lo mismo pasa siempre á la joroba,
Y á faltas que tal vez llegué á buscarme:
En nosotros no vemos una arroba
Y en el prójimo vemos medio adarme.

FÁBULA CXX.

LA TEORÍA Y LA PRÁCTICA.

En un camino desquiciado todo,
De hondos barrancos lleno, de agua y lodo,
De polvo infernal hijo,
Que veinte años atrás era casquijo;
Horrible sepultura
De rueda y de herradura,
De los huesos molino, penitencia
Del que su estrella á caminar sentencia,
Purgatorio de piés por su calaña,
Camino real de los que tiene España,
Veíase, imitando el oleaje,
Andar bamboleando un carruaje,
Y por sus portezuelas infelices
Sacar muchas viajeras las narices,
Al verse columpiar y ya cercanas
A quedar en el cieno como ranas.
El cochero, aturdido,

Ya gritaba, ya daba algun chasquido,
Ya con la boca abierta
A hallar el medio de salir no acierta.
—¡Oh! exclamó al ver su apuro un campesino;
¡Deja el pescante, porque estás sin tino!...
Suelta esa rienda izquierda, da sin tregua
Cien latigazos á esa blanca yegua;
¡En llegando á arrancar, tira del freno!...
Lleva el timon impávido y sereno...
Más allá... no, al contrario...
Acortar bien la brida es necesario...
¡Ah! Detente... esa rueda
Sálese del carril y en falso queda!...
Mide bien la distancia;
¡Sin remedio les vuelca tu ignorancia!...
Atúrdese á sus voces el cochero,
Lloran las damas, silba el viento fiero,
Atáscase el ganado, y al instante
Dice el auriga:—Sube tú al pescante,
Toma el látigo y riendas, y con tino
Sácanos con tu ciencia á buen camino.
—¡Sí, que suba!... exclamaron los viajeros:
¡Qué doctrinas!... ¡Principios verdaderos!
¡Pronuncia maravillas!
¡Él nos salva!... ¡Nos viene de perillas!
Suelta, imbécil, las riendas,
Y hacer nuevos esfuerzos no pretendas.
Toma la brida y látigo, y su táctica
Á poner el teórico fué en práctica.
Hace un esfuerzo, el coche anda un momento,
Y gritan dentro:—¡Ese hombre es un portento!
Atáscanse las dos yeguas del tronco,

El gañán de jurar se pone ronco,
Y al dar un latigazo,
Vacila al fin el coche y da un porrazo.
Allí fueron los llantos y aflicciones,
Brazos contusos, frentes con chichones,
Verdugos, cardenales,
Y el romperse el silencio y los cristales.
Hecho el primer cochero un abejorro,
Voló á darles socorro,
Y dijo al charlatan:—Hombre arrogante,
Mira cómo desciendes del pescante;
No es lo mismo charlar á troche y moche
Que guiar bien en nuestra España un coche.

FÁBULA CXXI.

LA LANCHA Y EL MARINERO.

Una lanchilla en el mar
Decia al remo en bonanza:
—Tú me humillas y no es chanza,
Sin tí puedo navegar.
El agua empieza á bramar,
Llueve y ruge el noto fiero.
¿Qué tal? Dijo el marinero.
¿Qué fuera, lancha, de tí
Sin este remo y sin mí?
Navegar sin derrotero.
—Hablas con exactitud,
Contestó, ir sola no intente.
Que aprenda la juventud
Y en mi cabeza escarmiente.

CUENTOS.

CUENTO PRIMERO.

EL GOLOSO Y LA JALAPA.

Un niño, tan amigo de lecturas
Perniciosas ó impuras
Como astuto y goloso, de alacenas
Y de armarios huron, de uñas muy buenas,
Sacatrapos de todo escaparate,
Langosta de la miel y el chocolate,
Con tanta golosina
Pálido y convertido en una espina;
Buscando azucarillos,
Que solia mascar á dos carrillos,
En un pequeño cucurucho atrapa
Crémor tártaro y polvos de jalapa;
Y creyendo encontrar una delicia,
Échalos al coleto con codicia,
Hallando, en vez de aroma y de dulzura,
Una sustancia llena de amargura.
Su padre, al verle ya bien castigado,
Que pronto purgaria su pecado,

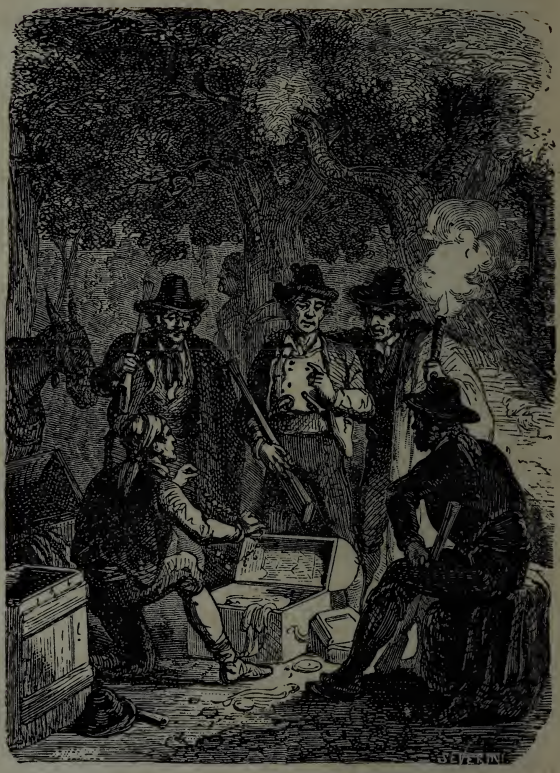
Vuelve los ojos, dirigiendo rudo
Leccion severa en su lenguaje mudo,
Pero escribe con tinta en su cartera,
Para que él á sus solas lo leyera:
Así, cual los manjares
Chasquean los golosos paladares,
El que no lee de cautela lleno,
En libros mil encontrará un veneno.

CUENTO II.

LOS BEBEDORES.

Entró en la taberna un viejo
Que venía de camino
Con un jóven; pide vino,
Y mídenlo del añejo.
Dió una copa al rapacejo;
Mas al probar el licor,
Disgustándole el sabor,
Dijo al padre: —Vos bebed;
Que para apagar mi sed
El agua será mejor.
Un borracho que lo oyó,
Habló al inocente así:
—La primer vez que bebí
Tambien tiré el vino yo;
Poco á poco me plació
Con agua, puro despues;
Un trago hoy, mañana tres,
Hasta que ya el dulce vino,

Pág. 143.



La Precaucion y el Descuido.

Hijo, me saca de tino
Y me pone cual me ves.
El vicio nos causa horror
Miéntras que no nos domina;
Despues que nos contamina,
Ciega al hombre, ¡qué dolor!
Le juzgamos con rigor
Si á verlo en otros se acierta.
Vive juventud alerta,
Mira el hondo precipicio;
Si llama á tu pecho el vicio,
No le abrás nunca la puerta.

CUENTO III.

LA PRECAUCION Y EL DESCUIDO.

—

PARTE PRIMERA.

El feriante.

Iba ya anocheciendo, y en su ocaso
El sol, entre las nubes parecia
Redonda rebanada de sandía.
Montado en una mula de buen paso,
Rendida ya de hacer tanta jornada,
Y cargada de falsa pedrería,
Caminaba un mancebo,
É iba soñando el pobre
Cómo haria pasar por oro el cobre,
Cuando escuchó la voz de un buen anciano
Que le gritaba: —Hermano,

Camine con cautela,
Y si ve mala gente en el camino,
Intérnese en el bosque y pique espuela;
Hay halcones no léjos de este valle,
Que de diestros presumen,
Y procure evitar que le desplumen.
Sin escuchar siquiera al pobre viejo,
Recostóse mohino
Sobre su mula, y prosiguió el camino.
¡Por qué no oyó el incauto su consejo!
Poco rato despues cerró la noche,
No apareció en el cielo luz ninguna,
Que ocultaban espesos nubarrones
El claro disco de la blanca luna;
Bultos negros parecen los arbustos,
Que dieran á un medroso buenos sustos.
Sólo turba el silencio las pisadas
Del cansado animal... y su ginete,
Rendido por el sueño,
Puesto el riesgo que corre en el olvido,
Ya al pronto sin sentir se balancea,
Ya luego cabecea,
Ya, al fin, como un liron queda dormido.
Andaba así algun trecho,
Cuando en lo más estrecho
De aquella enmarañada selva umbría,
Salen á recibirle cortesanos
Unos cuantos bandidos
Con trabucos obuses en las manos.
Cuando estaba la aldea ya cercana,
Y el toque de oraciones
Anunciaba en la torre la campana,

Se vió el mísero jóven cabizbajo,
Volviendo espalda al cielo, boca abajo.
Los bandidos, al punto, por exceso
De compasion, alivian de su peso
A la cansada mula,
Y rompen los cajones y arde Troya.
A la luz de una tea
Sacan y sacan tanta rica joya,
Que miran, perjurando de contento,
En tanto que suspira
Su dueño con amargo sentimiento.
—¡Ay! ¡tanto afan, exclama el caminante,
Por un bien que he perdido en un instante!
El peligro sabia,
Sufra la pena, pues la culpa es mia.

El hombre corre sediento,
Buscando afanoso el oro,
Para alcanzar un tesoro,
Que sólo goza un momento;
Emplea fuerza y talento
En aumentar su caudal;
Tras de ventura ideal
Va ciego hasta la vejez,
Y en tanto olvida tal vez
El sólo bien eternal.

PARTE SEGUNDA.

El botin y el reposo.

—¡Gran peso! ¡buen botin! No se ha perdido
Por cierto la jornada;
Exclamaba un bandido

Al ver la mejor caja destapada;
Rubíes, esmeraldas y topacios,
Coral como avellanas, perlas bellas
Y diamantes que brillan cómo estrellas.
Repartamos de joyas el tesoro;
Mañana en el crisol se funde el oro,
Y haciendo de las piedras mil barajas,
El diablo que conozca estas alhajas.
Atemos el joyero,
Ladron de Barrabás, que cuando vende,
Sin conciencia rapaz saca el dinero;
Y pues la noche está negra y sombría,
Y ya no ha de pasar ningun viajero,
A beber y á dormir con alegría.
Levantan todos con placér el codo,
Y el que más y el que ménos
Duerme de allí á un instante ya beodo.
Uno de centinela
Queda á guardarles el profundo sueño;
Pero acaricia tanto
A una bota de vino malagueño,
Capaz de hacer pecar á otro más santo;
Tanto, astrónomo, busca con anhelo
A las Siete Cabrillas por el cielo,
Que reclinando pronto su cabeza
Sobre una mata, suelta su trabuco,
Y estrechando la bota ya vacía,
Ronca, sin que el vapor del dulce vino
Le haga ver entre sueños la horca impía.
Dormid, dormid, bandidos;
Veréis lo que es no hallarse prevenidos.
¿Quién descansa si le oprimen

Remordimientos el alma?
¿Quién halla en el sueño calma
Si otros por culpa gimen?
¡Ay del que, esclavo del crímen,
Puede tranquilo vivir,
Del que llega á no sentir
De la conciencia la voz,
Que en su impenitencia atroz
Le verá el mundo morir!

PARTE TERCERA.

La sorpresa.

Á la hora en que sonaba la campana
En la vecina aldea,
Y en que el niño y el jóven y la anciana
Al templo se encaminan,
Escuchando la voz del campanario,
Á rezar soñolientos el rosario;
Cuando el anciano párroco salia
Orando de la oscura sacristía,
Y estaban los bandidos
Despojando al platero á sangre fria,
Se acercaba el buen viejo
Que le avisó el peligro á un carruaje
A dar igual consejo.
—Volved atrás, decia
A dos ricos viajeros,
Que la noche está oscura y en el bosque
Se ocultan desalmados bandoleros,

Que sin conciencia os dejarán en cueros;
Vuestra desgracia es cierta;
Si no quereis volver, andad alerta.
Apean los prudentes pasajeros,
Que diestros cazadores,
La aficion les llevaba en aquel dia
Á una afamada y grande montería,
De la cual piensan volverán cargados
De liebres, jabalíes y venados.
—¡Hola! exclaman, llevamos municiones
Para caza mayor, y en vez de lobos
Cazarémos ladrones.
Previenen al cochero que camine
Despacio, cuyo acuerdo
Tuvieron los caballos por muy cuerdo;
Y los dos viajeros,
Con dos mozos de espuela
Caminan, explorando con cautela.
Mas no fueron con tanta, ni por cierto
Tan mudas las doradas campanillas
Del tiro de colleras,
Que el ruido no hiciera que despierte
Un bandolero, que soñaba entónces
Que el verdugo le estaba dando muerte,
Y al tiempo de dar vueltas al garrote,
Despierta, reconoce su cogote,
Y rumor de pisadas cerca advierte.
—Borrachos, despertad, dice en voz baja;
Gente llega: ó tenemos una empresa,
Ó nos viene á las manos nueva presa.
No bien están en pié, cuando un disparo
Les indica el peligro, el fuego empieza;

Mas temiendo á los Santos Cuadrilleros,
Tocan á dispersion los bandoleros,
Dejando en su imprevista retirada
La caja de las joyas olvidada;
Y al buen joyero, que bendice el toque,
Atado como un Cristo á un alcornoque.
Llegan sus salvadores placenteros,
Rompen las ligaduras,
Devuélvenle sus joyas, él las cuenta,
Llora, rie y abraza á los viajeros,
Y juntos se encaminan á la venta;
Mas custodiando, sin montar, el coche,
No acabe mal tan borrascosa noche.
Aquí, niños, teneis un buen ejemplo,
En el que yo contemplo
La tentacion y el corazon humano.
La conciencia se copia en el anciano,
Que da aviso del riesgo á los mortales,
Que les marca los bienes y los males;
El joyero, es la imágen del viviente
Que oye la voz del gusto solamente;
Los viajeros, emblema del que alerta
Á vivir cauto acierta,
Y velando, en ideas y en acciones
Hace frente á las malas tentaciones.

No nos deslumbre el encanto
De los goces mundanales;
Que encubren los gustos males,
La plácida risa al llanto.
Vuela el bien, dura el quebranto,
No da el oro dicha cierta:
Y pues sólo á hallarla acierta

El que Dios mira propicio,
A la aleve voz del vicio
Vivid, jóvenes, alerta.

CUENTO IV.

EL PAVO REAL.

Desde muy de mañana,
Tan limpia, tan peinada, tan galana,
Del balcon al espejo, muy erguida
Pasa una niña (¡oh vanidad!) su vida.
Ya contempla su mano y con anillos
La cubre, ya con dijes, con zarcillos
Su oreja agracia, adorna su cabello,
Ya con lindos collares ciñe el cuello;
Ya busca lazos, cintas de colores,
Ya teje con sus trenzas bellas flores;
Y oprime su cintura,
Y el pequeñuelo pié pone en tortura;
Ya anhelando mostrarse más hermosa,
Da á su labio y su faz tinte de rosa
Con unos bellos polvos orientales,
Para mentir colores naturales;
Y viéndose al espejo encantadora,
De su misma hermosura se enamora.
¡Qué melindres, qué dengues y qué mirlos!
No son para contarlos ni sufrirlos.
Huye de todos; pero todos de ella,
Que es más lo que empalaga que lo bella;
Hasta su mismo padre, que la adora,

Secretamente sus defectos llora,
Y daria una oreja porque fuera
Más humilde, aunque ménos hechicera.
Así medita el medio
De dar al mal un eficaz remedio.
Un dia por debajo de su reja
Con un pavo real pasó una vieja,
Y al ver la niña un ave tan gallarda,
La ajusta y paga, y con placer la guarda.
—Venid padre, le dijo, ved su cola
Y su pecho y su cuello; esta ave es sola.
Es linda, lo confieso, y tiene en suma,
Como yo, bella tez, hermosa pluma;
Es entre aves, cual yo entre las mujeres,
Aun puestas de doscientos alfileres.
—Pues bien, repuso el padre, ven conmigo,
Que quiero que me sirvas de testigo.
Tomó el pavo el vejete,
Y síguele la hermosa á un gabinete.
Cerró tras sí la puerta; echó la llave,
Y á su presencia dió la muerte al ave.
La niña suspiró miéntras su mano
Va desplumando el pavo; llora en vano,
Que queda ya sin pluma. —¿Te enamora
Tanto, hija mia, tu pavito ahora?
Pues un momento aguarda, y te prometo
No dirás que es muy lindo su esqueleto.
De allí á pocos instantes
Huesos era no más el pavo de ántes.
—¿Ves hija lo que vale la hermosura?
¿Qué es tu grande beldad? ¡Polvo y basura!
Conoció esta verdad la hermosa fátua,

Y quiso ser mujer en vez de estátua.
Fué en extremo modesta y laboriosa,
Y entónces pareció del todo hermosa.

CUENTO V.

LOS ASADORES.

Representaron al Rey
Unos cocineros monos,
Como propio de los tronos,
Dictase una sábia ley,
Mandando que en sus Estados
Ni plebeyos ni señores
Usáran los asadores
Ni cazuelas para asados;
Porque clamaba á los cielos
Que, adelantando las artes,
Asárase en todas partes
Cual asaron sus abuelos;
Atravesando un capon
Con un pincho, y vueltas dando,
Irle á las llamas tostando
Del hogar ó del fogon;
Ó revolviendo una polla,
Hasta verla tiesa y seca,
Con sal, aceite ó manteca
En el fondo de una olla.
El Monarca, viendo el caso,
Dictó el siguiente decreto:
—Los asadores prometo,

Como símbolo de atraso,
De mi reino desterrar,
Cuando al antiguo asador
Sustituya ótro mejor,
Más cómodo para asar.
Honró este decreto al trono,
Y ojalá que las naciones
No olvidáran las lecciones
Que les dió aquel sabio mono.

CUENTO VI.

LA VENTA BIEN PROVISTA.

Llega Juan á la posada,
Soñoliento, hambriento más;
Suelta la mula y pregunta
Qué viandas pueden guisar.
Manda aderezar lechuga,
Que le saquen rico pan,
Y le prevengan de mármol
Un lecho para roncar.
—Pedid, le dice el ventero,
Segun vuestra voluntad:
Hallareis ricos manjares,
Que tengo gran palomar,
Despensa con buenos víveres
Y un espacioso corral;
Cuantas aves cuenta el aire,
Cuantos pescados el mar;
En fin, los animalejos

Más gratos al paladar:
Casi ya ahitado el viajero
Con las nuevas que le da,
Fué pidiendo por el órden
Del gusto suyo especial;
Y por último del cuento,
Halló que no habia más
Que una despensa vacía
Y un ventero charlatan.
Así, hijo mio, en el mundo
Eruditos hallarás
Que, enciclopedias humanas,
Tienen grande habilidad
Para venderse por sabios;
Mas si los pruebas sagaz,
Se encuentran como la venta
En que pidió cena Juan.

CUENTO VII.

EL HORTERA Y EL MONTAÑÉS.

Al medirle á un montañés
Paño para una montera,
Echó de ver que el hortera
Robó dos dedos ó tres.
Cogió la vara cortés,
Y despues de bien molido,
Decíale enfurecido:
—Avaro jóven, repara

Que te mido con la vara
Misma con que me has medido.
Cuando te quejes del mal
Que te causen en la vida,
Primero, hijo mio, cuida
De ver si le hiciste igual.

CUENTO VIII.

LOS DOS NIÑOS.

Al despuntar la mañana
Tienen tal conversacion
Un muchacho en su balcon
Y otro niño en su ventana:
—¿Por qué, como la manzana,
Luces tan lindos colores,
Y dando envidia á las flores
Creces tan fresco y robusto,
Miéntras yo soy seco arbusto,
De mi vida en los albores?
Tú eres carne y yo soy pieles;
Muestras magras, yo tendones,
Tu copia son los pachones,
Mis tocayos los lebreles.
Quiero yo que me reveles
Para engordar el secreto,
Y al momento te prometo
Poner tu consejo en práctica,
Á ver si con esa táctica
Se restaura mi esqueleto.

—Me acuesto al anochecer,
Me levanto con la aurora,
No como nunca á deshora,
Y soy frugal al comer;
Me conformo al padecer,
Trabajo y hago ejercicio,
No tengo celos ni vicio,
Sin afan vivo y sin ira,
Y alegre con esto, mira,
Ganan mi cuerpo y mi juicio.
¿Quién era?... En humana forma
El método, hijos queridos;
Tomadle siempre por norma,
Y os dará bienes cumplidos.

CUENTO IX.

LAS COJERAS.

Presumiendo Inés de pié,
Corto zapato calzó,
Y el pobre, esclavo vivió
De la lesna y tirapié.
El pié, en verdad, lindo fué;
Mas del contínuo dolor,
Perdió la hermosa el color,
Y para pena completa,
De una mísera muleta
Anda por fin á favor.
Cada cual de su manera

Los Duendes.

Por la vanidad, humanos,
Labra por sus propias manos,
Sin saberlo, su cojera.

CUENTO X.

LOS DUENDES.

Muchas veces oyendo contar cuentos
Y aventuras de trasgos y portentos,
Llegó á creer un niño muy sencillo
En el duende y fantasma á pié juntillo.
Le asustaban del agua las burbujas,
Temiendo que de allí saldrian brujas
Ó espíritus diabólicos y extraños,
Que le harian hechizos mil y daños.
Por la noche soñaba que los vientos
Surcaban viejas mil, llenas de ungüentos,
Enjutas como flautas,
Del aire por el piélago los nautas;
Cargadas de amuletos,
Caballeras en aves esqueletos,
Y silbando, blandiendo horribles alas,
Entraban de su casa por las salas;
Se colgaban pendientes de su cuello,
Ó le arrastraban preso del cabello.
Con tales pesadillas padecia,
Se desvelaba ó sin quietud dormia:
Pues con patrañas imprudente vieja
Recuerdos tristes en su mente deja,
Y el coco, el bú y el fuerte moro Muza

Son fantasma ó vision que en sueños cruza.
¡Pobrecito! El cerrar de una vidriera,
Una puerta, la aldaba, la ligera
Pisada le dan miedo; un cuarto oscuro
Encierra algun vestiglo, de seguro:
Aun yendo por la noche acompañado,
Teme ser por los duendes asaltado.
Una tarde, sentado en la cocina
Con una niña tímida, vecina,
Quedóse el pobre solo, que su buena
Abuelita á rezar fué una novena,
Dejándoles, asados en parrillas,
Un chorizo estremeño y dos morcillas.
Pone la mesa el niño, vasos, platos,
Sin pensar que Noé salvó los gatos,
En el diluvio, de la horrible parca,
Haciendo entrar un par dentro del arca.
Y echándolas de fino caballero,
Sirve á la tierna huéspeda primero,
Mas grita de repente: —Amiga, escucha,
Ha dado vueltas sola esa garrucha;
Dentro del pozo suena
Un ruido. —¿No es de cuerda? —¡De cadena!
¡Algun duende! Corramos,
Y hasta llegar á Flándes no paramos.
La tímida inocente
Huyó con él. —¡No he visto yo tal gente!
Dijo: duendes ¿qué son? —¿Qué?... Del infierno
Diablos que nos persiguen. —¡Dios eterno!
Y andan como venablos,
Creyendo van detrás los mismos diablos.
Miéntras un gato de uñas tenedores

Hace de su merienda mil primores.
Vuelven luégo los niños, ya repuestos
Del susto, y ven al gato con los restos,
Lamiéndose el mostacho.
—¡Zape! exclama iracundo el buen muchacho;
Los duendes ya se han ido;
Pero nuestra merienda ha perecido.
El animal contesta: —¡Mentecato!
El duende que te asusta fué este gato.
Tu timidez sabiendo, el hambre me hizo
Alejarte algun tanto del chorizo.
En mis redes caiste,
Mas ten paciencia si quedaste alpiste;
Sin olvidar jamás cuando meriendes
Que uñas tienen, cual yo, todos los duendes.

CUENTO XI.

LA SUERTE.

Unos jóvenes ricos y holgazanes,
Cabalgando, á tomar el sol un dia
Salieron, en soberbios alazanes,
La gala y prez de toda Andalucía.
Era la bella vega de Granada,
Y entraron por un valle
Frondoso al medio dia; hicieron alto,
Y desmontaron de un ligero salto,
Dejando cada cual á que paciera
Su caballo un momento en la pradera,
Miéntras que de su alforja un pienso bueno,

Echábanles de avena ó de centeno.
Sentáronse sus amos, y por via
De un tente pié, comiéronse una polla,
Un salchichon de Vich, dos salmonetes,
Un poco de jamon, cuatro molletes,
Dejando aire no más en una ampolla
De rico Valdepeñas,
Del tiempo de los godos por más señas.
Despues que los despojos contemplaron,
Tendiéronse, durmieron y roncaron.
¡Vida de poderoso,
Buena, á no ser tambien vida de ocioso!
A muy corta distancia
Dos pobres jornaleros,
Contemplando á estos ricos caballeros,
Comian, envidiando su abundancia,
Un poco de pan seco de centeno,
De mal cernida harina,
Ajos crudos, bellotas y sardina,
Con mejor apetito y tanto gusto
Cual en su rica mesa un rey augusto.
Sus pobres caballejos, ya rendidos
De arrastrar el arado,
Por las márgenes daban un bocado,
Mascando cañas secas y raíces,
Manjares de caballos infelices;
Miéntras olfateaban
Muy cerca el rico grano,
Que los otros caballos despreciaban,
Relinchando ya de hartos... Poco á poco
Los vieron acercar los tristes jacos.
—¿Qué haceis, pobres bellacos,

Les dijeron los otros,
Tan tostados, tan flojos y tan flacos?
—Sudar para vosotros,
Perder salud, hacer corta la vida,
Llenar vuestros graneros
Para que os regaleis cual caballeros;
Y el pobre rocinante que trabaja
Que no alcance siquiera humilde paja.
Oyendo tales voces,
Responden los briosos alazanes,
Con argumentos no, sino con coces.
Los rocines, mirando tal bravura,
Emplean raciocinios de herradura;
Mas, vencidos, dirígense á sus dueños,
Que, echándoles á cuestas los arados,
Les llevaron de nuevo á los sembrados,
Hasta que sobre el monte
Oculte el sol dorado el horizonte.
Los señores montaron, mil caricias
Haciendo á sus corceles, bajo el toldo
De un quitasol de seda,
Y dentro de dos horas ya se hospeda
Cada caballo en cuadra regalada,
Donde alumbra una lámpara encendida,
Limpio pesebre, rico de cebada,
Y fresca alfalfa, en su verdor cogida.
Son contrastes que ofrécenos la vida:
A par de la pobreza,
Se ha de ostentar, en cambio, la riqueza;
Si todos fueran ricos, ¿quién seria
El que trabajaria?
¿Quién la tierra fecunda cultivára?

Y sin frutos ¿de qué se alimentára?
Cada cual á sí mismo se sirviera,
Y el hombre en su riqueza pobre fuera.

CUENTO XII.

EL GARBILLO.

Fué un juez en plácida tarde
A unas eras con su niño,
Á tiempo que un labrador
Estaba aventando trigo;
Y viendo en la criba el grano
Por el céfiro impelido,
Volando aristas y pajas,
Brillar de cáscaras limpio;
Al contemplar que unos quedan
Encima del pergamino,
Y otros por los agujeros
Volvian de nuevo al piso,
Preguntó el niño: —¿Por qué
No pasan juntos lo mismo?
¿A qué unos van á tierra y otros
Ocupan más alto sitio?
¿No son todos granos, padre,
De igual espiga nacidos?
¿No han de ser polvo, mañana,
Igual dentro del molino?
Iba el padre á responder,
Pero el labrador sencillo,
Viendo que el juez, hombre injusto,

Balbuceaba indeciso,
Dijo al rapaz: —La justicia
Representa este garbillo,
De algunos hombres, que olvidan
Son del justo Dios ministros;
Ahí ciernen los delincuentes,
Y cual mis granos de trigo,
Los pequeños pasan siempre
Por estos agujeritos,
Y sufren la justa pena
Que merece su delito;
Los grandes quedan encima,
Como aquí los granos ricos.
El juez, mirando las mieses,
Fingió distraccion, mohino;
Que no hay un sordo peor
Que aquel que cierra el oido.
Mas cuando fué á sentenciar,
Al recordar el garbillo,
Dijo de allí en adelante:
—Todos son del mismo trigo.

CUENTO XIII.

EL PINTOR Y EL ORGANISTA.

Creyendo, con razon, un matrimonio
Que el mejor patrimonio
Que á sus hijos podia darles, era
Cristiana educacion, buena carrera,
Compró al mayor un clave,

Luego que conoció bien cada llave,
Poniéndole al cuidado de un artista
Para sacar del niño un organista.
Y al menor, medio ciego, hecho un cartujo,
Hízole ejercitar en el dibujo,
Esperando sin duda que su mano
Dejára atrás las obras del Ticiano.
El niño borronea,
Afila, rompe el lápiz, manosea
El dibujo, lo borra,
Y de blancos molletes se atiborra;
Y siéndole el dibujo un arte ingrato
En un año hace sólo ojos de gato.
En tanto con acierto tararea
Lo que oye que su hermano mal solfea;
Este toca horas y horas, se ejercita;
Pero pierde el compás, se precipita,
Y en vez de notas y en lugar de tonos,
Sólo piensa en pintar con gracia monos,
Y hace caricaturas
Del libro en las cubiertas, y diabluras:
Tanto, que en cuatro rayas y en un rato
Del maestro trazó un lindo retrato.
—Es fuerza, dice el padre, que desista:
El que iba á ser pintor será organista,
Y el músico pintor. Y ¡qué portento!
¡Qué progresos! Cual nave con buen viento,
Corren, vuelan y brillan, sobresalen,
Y dos artistas de renombre salen.
¡Cuántas veces un juez rudo y zoquete
Fuera un hábil corchete;
Un médico ignorante curandero,

Un gran sepulturero;
Un rústico intendente,
Sangrador de los pueblos excelente;
Y algun general, torpe en la campaña,
Gran pescador de caña!
¡Qué de ilustres ingenios se han perdido
Por dar estos preceptos al olvido!
Seguir la vocacion en la carrera:
En ciencia y artes lo que el genio quiera.

CUENTO XIV.

EL RETRATISTA Y SU HIJA.

¿Es verdad que soy, padre, muy hermosa?
¿Que descuello entre todas como rosa?
Decia una muchacha
Alegre y vivaracha,
Que de su propio rostro se enamora,
Y cual si fuera un ídolo le adora.
Su padre, que es discípulo de Apéles,
Para curarla busca sus pinceles,
Y dícela en su estudio una mañana:
—Necesito pintar una Diana
En un bosque, gallarda cazadora,
Con arco y flechas..... ¡Cosa encantadora!
Me han encargado el cuadro y me desvelo;
Pinté ya el bosque, fáltame el modelo.
—¿Y os afligís teniendo mi semblante?
Mi figura gentil será bastante
Para sacar una Diana bella,

Y cien doblones os darán por ella.
—Bien, hija, exclamó el padre; y sus colores
Preparó, sacó el lienzo, y entre flores
Y de perros seguida, yendo á caza,
En pos de un ciervo su retrato traza;
Y el pincel aumentando su hermosura,
Dijo engreida: —Fiel es la pintura;
Un triunfo vuestra diestra mano alcanza;
Encuentro una perfecta semejanza.
—¿Es verdad, hija mia?
¿Te reconoces, llena de alegría?
—Sí, sí, no toqueis ya mi hermosa imágen;
No sea que mis gracias se rebajen.
—Nó, contestó su padre; que una tinta
Le falta todavía.... Calla y pinta.
—Deteneos, ¿qué haceis? ¡Oh pincelada!
¿Quereis pintarme ajada...?
¡Esas rayas que marcan los perfiles
Marchitan ya la flor de mis Abriles.
Esas tintas postreras
Me aumentan unas cuantas primaveras:
¡Arrugas!... el pincel los dientes toca,
Que parecian perlas en mi boca!
¡Mellada!... ¿Habeis perdido la mollera?
Blanca poneis mi rubia cabellera,
Corvada ya la espalda,
Rapé en lugar de flores sobre el halda,
Jiba en vez de la aljaba y flechas, báculo
Donde llevaba el arco, qué espectáculo!
¿Qué fué de mi hermosura?
Me espanta, padre mio, esa figura,
¿Quién vuestra mano guia?

¿Quién? El tiempo fugaz, la muerte impía
Así esa Diana
Ves el retrato de hoy y el de mañana.
Mujeres, que amais tanto la belleza,
¿Por qué no escarmentais en su cabeza?

CUENTO XV.

EL FILÓSOFO ENFERMO.

—¿Por qué, decia un hombre,
El Hacedor del mundo
Nos dió tan delicados paladares?
Mejor fuera tenerlos insensibles
Al sabor de bebidas y manjares,
Y con cualquiera yerba que encontrára
El hombre, sin gastar se alimentára.
De aquí á muy poco tiempo,
Nuestro sabio filósofo, sin duda
Por encontrarse enfermo, desabrida
Hallaba la comida:
Ni pepino, alcaparras ni aceitunas,
Ni rábanos, despiertan su apetito;
Cocido le es igual que asado ó frito.
Su hipocondría crece,
Y poco á poco el pobre desfallece.
Cuando alguno manjares le ofrecia,
—¿Cómo he de alimentarme, respondia,
Mostrando el ceño adusto,
Si al plato más sabroso no hallo gusto?
Perdí mi paladar; ahora bien veo

Que el sabio Autor del orbe,
Sujetando al humano
Al contínuo alimento
Para alargar su mísera existencia,
Sembró el placer con generosa mano,
Para que carga ménos dura fuera,
Y á conservarse el hombre así atendiera.
Tal en la caridad dulce contento
El mortal siente al enjugar el llanto,
Y al dar su pan al que suspira hambriento,
Un gozo puro, indefinible y santo.

CUENTO XVI.

EL CONVENTO DE MONJAS.

—Atencion, hijos mios... sin moveros
Vais á ver un convento de monjitas,
Y á vuestros propios ojos lentamente
Morirán la abadesa y las novicias.
—¿Cómo es posible?... El padre toma un pliego
De papel y á una lámpara lo arrima;
Se levanta la llama; entónces sopla,
Y la luz de la lámpara disipa.
Un momento despues el papel queda
Sobre un mármol, volviéndose ceniza.
—¿No veis esas centellas, hijos mios,
Que en el papel que se consume brillan?
Esas se llaman monjas... Los muchachos
Callaban, empinándose en puntillas.
Con el aire liviano de sus ropas

El Ciego, el Lazarillo y el Oculista.

Movióse la ceniza.—Ved las chispas;
Se apagó una centella, y cuántas danzan,
Sembrando el humo negro de estrellitas;
Esas lucen alegres, cual si nunca
Hubieran de apagarse... todavía
Relucen... ya se esconden... la otra baila...
¡Ah! ya desaparece, ya se eclipsa...
Ya son cuatro no más, ya tres... ya espiran.
Se deshizo el convento... Aquí, hijos mios,
Habeis visto un emblema de la vida.
La muerte, los alcázares, las chozas
Dia y noche recorre con su vira;
Reimos olvidados, y nos hiere
En medio del placer y las delicias.

CUENTO XVII.

EL CIEGO, EL LAZARILLO Y EL OCULISTA.

Triste un ciego, decia al lazarillo,
Tomando ambos el sol en un portillo:
—Sesenta años que vivo entre tinieblas,
Y sólo espero hallar sombras y nieblas;
Me moriré sin ver esos colores
Que me cuentan del íris y las flores;
No sé ni áun cómo soy, ni la estructura
De una casa, de un árbol; ¡suerte dura!
Tantas y tantas lindas maravillas
Por mar y tierra, córtes, campos, villas,
Que has logrado tú ver, vil rapacejo,
Y yo no, que me caigo ya de viejo.

Y oyendo pasos, alargó la mano,
Gritando ronco: —¡Una limosna, hermano,
A este pobre andrajoso!
¿Quién socorre piadoso
A un desdichado ciego, que á sus años
No ha visto sino sombras... y tacaños?
Este final lo dijo ya entre dientes,
Seguro de que no pasaban gentes.
Y continuó apoyándose en su palo:
—No se empobrecerá con el regalo.
¡Quisiera ver el rostro de esos séres
Que contemplan mis tristes padeceres
Y el de tantos mendigos,
Siendo en la pompa de su mal testigos
Como estátuas de mármol. Miran mudos
A los pobres hambrientos y desnudos,
Y escucha los quejidos de la gente
Cual quien oye llover, tranquilamente!
Siente otra vez hablar, y exclama luego:
—¡Hermanitos, un cuarto al pobre ciego!
Paróse un jóven y dejó en la mano
Una moneda de oro al pobre anciano;
Miró sus ojos y le dijo: —Espero
Me buscareis mañana; daros quiero
Un bien mayor que el oro:
¡La vista, que es aun mejor tesoro!
—Nací, señor, ya ciego,
Y hoy á las puertas del sepulcro llego.
Rióse el lazarillo... echólo á chanza,
Del pobre despreciando la esperanza;
Mas el jóven le dijo: —El gozo enfrena;
Que una gota serena

Anublará tus ojos, y muy luego
De lazarillo pasarás á ciego....
Era el jóven un hábil oculista.
Cuatro dias despues dió al pobre vista;
Bate diestro una y otra catarata,
Miéntras nube funesta le arrebata
De los ojos la luz al lazarillo,
Que no vió ya jamás su hermoso brillo.
¡Necio el que en graves males desespera,
Ó le engrie una vida placentera;
Que pierde su fortuna el venturoso,
Y puede alzarse el pobre á poderoso!

CUENTO XVIII.

EL NIÑO Y EL COJO.

Decia un niño, los ayos
Demás para mí están ya;
Yo no quisiera, papá,
Andar siempre con lacayos.
—Hijo, mis consejos oye,
Desecha tu ceguedad,
El niño en su tierna edad
Necesita quien le apoye.
—¡Ay padre, yo me sonrojo!
—Y yo de oirte me aflijo!
En esto el padre y el hijo
Vieron acercarse un cojo
Que marchaba á la ligera,
¡Oh qué bien ando, decia,

Ya no necesito hoy dia
Estas patas de madera.
¡Fuera muletas, esto es
Insoportable, pesado;
Ir todo el dia cargado!
Ya me bastan mis dos piés.
Tíralas, sin hacer caso
De su estado el pobre cojo,
Pero como estaba flojo,
Ya no puede andar un paso.
Adios dulces ilusiones,
Ilusiones indiscretas,
Le han faltado las muletas
Y todo son tropezones.
—¿Lo estás viendo? con cariño
Dijo al niño su papá;
Aquí tienes, hijo, ya
Lo que es sin ayos un niño.

Cuando física come
Química duerme á
bella vida nada más

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO PARA LOS NIÑOS

Ó

NOCIONES ELEMENTALES Y CURIOSAS

PARA INTELIGENCIA DE LAS FÁBULAS Y CUENTOS.

A.

ABANICO. Instrumento de papel, madera, asta, marfil ó pluma, para agitar el aire ó espantar las moscas.

ABEJA. Es un insecto algo mayor que una mosca, que fabrica miel y cera, ya en los huecos de los árboles donde hace sus panales, ya en las colmenas que el hombre le proporciona para utilizarse de su cera y de su miel. La abeja muere al clavar el aguijon. Es el símbolo de la elocuencia y de la castidad, y segun Plutarco, de la venganza y del adulador.

ABEJARUCO. Ave de la magnitud del mirlo (cinco pulgadas), cuyo plumaje es verde azulado en el cuerpo, amarillo en la garganta y rojizo en el dorso; sus alas son largas y su cola corta, pico mediano y ligeramente arqueado. Se alimenta de avispas y abejas, de que se apodera volando, y es muy perjudicial á las colmenas.

ACEBO. Arbol de diez y seis á veinte piés de altura; sus hojas son espinosas por el borde, su madera dura y útil para la ebanistería, su corteza verde y pajiza. De ella se saca una sustancia pegajosa, semejante á la conocida con el nombre de liga, de que se sirven los cazadores para coger pajarillos.

ACEITE. Es un licor untuoso é inflamable, de color amarillo ó verdoso, que se extrae de la aceituna, que es el

fruto del olivo, apretándola despues de molida con prensas preparadas al efecto. Las oficinas donde se hace se llaman *almazaras* ó *molinos de aceite*, y donde se coloca la aceituna hasta que se muele, el *algorin*. Es útil para la cocina, para el alumbrado y para las artes (1).

ACERO. Es el hierro combinado con el carbon; pero más refinado y de mayor temple. Este se le da metiéndolo en agua ó grasas cuando está encendido. De él se hacen las hojas de los cuchillos y de las espadas. Son célebres por su temple las de Toledo.

ACEROLA. Fruta del acerolo; es redonda y de un color encarnado ó blanco: su sabor es agri-dulce.

ADAN. Fué el primer hombre que Dios formó de la tierra á su imágen y semejanza, animándolo con un soplo de su divinidad, como Eva la primera mujer que Dios le dió por compañera en el paraiso terrenal, formándola de una costilla suya miéntras dormia.

AGOSTO. Mes al cual se dió este nombre en honor de Augusto. Es el octavo del año, que se compone de doce, á saber: Enero, Febrero, Marzo (empieza la primavera), Abril, Mayo, Junio (verano), Julio, Agosto, Setiembre (otoño), Octubre, Noviembre, Diciembre (invierno). Para saber sus dias recordarás estos versos:

Treinta dias há Noviembre,
Con Abril, Junio y Setiembre;
Treinta y uno los demás,
Menos Febrero el más breve,
Que tiene veintiocho solo,
Y en bisiesto, veintinueve.

AGUA. Es un cuerpo líquido y trasparente, de que se forman los mares, los rios y las fuentes. Hasta el siglo pasado se creyó era uno de los cuatro elementos; pero despues de las observaciones hechas en 1776 y 1781 por Macquer y Sigaud, Lafon y Priesley y Chavendrich, se conoce que es un compuesto de los gases hidrógeno y oxígeno. El agua del mar es generalmente salada, la de los rios y fuen-

(1) El aceite tambien se extrae de otros frutos, tal como el coco, almendras, lino, nueces, etc., etc.

tes dulce ó salobre; hay fuentes medicinales, ferruginosas, sulfurosas, acídulas y salinas; regularmente el agua es fria, pero en algunas partes tiene tal temperatura, que le falta poco para hervir.

AGUILA. Ave de rapiña diurna, y la reina de las aves. Se caracteriza por tener la cabeza y cuello con plumas, los ojos hundidos en las órbitas, el pico recto en su base y corvo en la punta, los empeines de los piés cortos y muy cubiertos de plumas, sus alas muy largas y en forma obtusa, y por la fuerza de sus garras. Su vista es perspicaz y su vuelo rápido. No sólo apresan las águilas aves en los aires, sino que caen sobre algunos mamíferos para irlos á devorar en sus elevados nidos. Los gentiles la llamaron ave de Júpiter.

AGUZANIEVE. Pájaro (de dos á tres pulgadas de largo) de color ceniciento y negro, cuya cola está siempre en movimiento. Sus alas tienen una línea blanca trasversal. Llámase tambien pizpita, matolita y nevatilla.

AIRE. Es un flúido elástico que respiramos y que constituye la atmósfera que rodea la tierra.

ALBAHACA. Planta ánua de un verde muy vivo, que despide un olor sumamente agradable.

ALFEÑIQUE. Pasta hecha de azúcar blanco y aceite de almendras dulces.

ALFILER. Púa pequeña de alambre, oro ó plata, con una cabecita. Es invencion inglesa del año 1483, ó 1569 segun otros. Hay una gran fábrica de Stroud (Inglaterra) con cien máquinas movidas por el agua, que produce cinco mil alfileres por minuto.

ALMADEN. Villa de la provincia de Ciudad-Real. En su término posee la España una célebre mina, que produce en arriendo al año de veinte á veinticuatro mil quintales de mercurio ó azogue. Este es un metal blanco y brillante, líquido ó flúido, sumamente pesado. De él se llenan los tubitos de los termómetros, y como tiene la propiedad de dilatarse ó crecer con el calor, y de enrarecerse ó apretarse con el frio, marca la temperatura que hace, segun la altura á que se encuentra. Con él se doran generalmente los metales.

ALMENDRO. Arbol de hasta veinte piés de altura, sus hojas verdes y delgadas. Sus flores, que son blancas, nacen ántes que las hojas. Su fruto, en forma de corazon, es una pepita blanca, de gusto agradable, que nace dentro de una cáscara como la nuez, cubierta de una corteza verde. Es originario de Africa y el primero que anuncia la primavera.

ALMÍBAR. Agua con miel ó azúcar cocida y clarificada con clara de huevo.

ALONDRA. Ave muy comun en España, que se alimenta de grano: corre velozmente, eleva mucho su vuelo, cantando con más fuerza cuanto más se aleja de la tierra. No se pára casi nunca sobre los árboles.

AMAPOLA. Flor silvestre de hermoso color de grana, especie de adormidera. Los niños, mezclando su zumo con limon, hacen una tinta encarnada.

ANTILLAS. Archipiélago (esto es, extension de mar poblado de islas) en el Occéano Atlántico, situado entre los dos continentes de América. Se dividen en grandes y pequeñas. Las primeras son: Cuba, Santo Domingo, Jamáica y Puerto-Rico.

ANTIPARRAS. Anteojos que se inventaron en 1313 en Italia.

ANZUELO. Es un garfio pequeño de hierro que atado á la punta de un hilo con un pedazo de lombriz ú otro cebo, se arroja al agua para pescar.

ARADO ó ALADRO. Instrumento de madera con una reja de hierro, usado por los agricultores desde muy antiguo para hacer surcos en la tierra. En el dia lo arrastran una ó dos caballerías ó una yunta de bueyes, que guia el labrador puesta la mano sobre la esteva. Aunque se han introducido importantes mejoras, no han sido generalmente adoptadas, y nuestros aladros se diferencian poco de los primitivos.

ARCA DE NOÉ. Una gran casa de madera en forma de navío, que de órden de Dios construyó Noé, encerrándose con toda su familia y un par de animales de cada especie cuando el diluvio universal inundó toda la tierra, irritado el Señor por los pecados y la ingratitud de los hom-

bres. Costó su construccion cien años. Su magnitud fué de trescientos codos de larga, cincuenta de ancha y treinta de altura.

ARCO IRIS. Es producido por la luz al descomponerse en los siete rayos que tiene: rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul claro, azul oscuro y morado, al pasar al través de una lluvia menuda, reflejados sobre una nube oscura.

ASNO, BURRO, JUMENTO, POLLINO. Humilde cuadrúpedo que hoy sirve para cabalgar generalmente los pobres ó para llevar cargas. Se mantiene con economía; su voz se llama *rebuzno*. Sobre un asno huyó María Santísima á Egipto con Jesus en brazos, y sobre una asna entró el Señor triunfante en Jerusalen.

ASPID. Víbora de Egipto, serpiente venenosa. Es célebre la que, aplicada por la reina Cleopatra sobre su mismo pecho, la dió instantáneamente la muerte.

ASTRÓLOGO. El que profesa la astrología judiciaria, ciencia engañosa que pretende adivinar por los astros los acontecimientos futuros. En la Edad media se cultivó esta vana y falsa ciencia, y hubo reyes, astrólogos consumados, que profetizaban ciegamente por ella, y creian en sus predicciones, y la consultaban ántes de ir á la guerra.

ASTRÓNOMO. El que conoce la ciencia que trata de los cuerpos celestes.

B.

BARAJA. Se compone de cuarenta cartas ó naipes. Es juego muy antiguo, pero fué en Europa modificado por Nicolao Papin, que pasa por su inventor, y está en uso desde el siglo XIV, siendo los españoles los primeros que las usaron. Los palos varían: en Francia son *pica trébol*, *cuadrado* y *corazon*; en España *copas*, que simbolizan la Iglesia; *espadas*, la nobleza; *oros*, el comercio, y *bastos*, la agricultura. Los náipes, que pueden ser un juego inocente, son sumamente perjudiciales, y han causado la ruina de muchos en los juegos de suerte ó azar, como el golfo, el monte y otras combinaciones peligrosas. ¡Cuidado, niños, con aficionarse demasiado á los náipes!

BELLOTA. Fruto de las encinas y robles, árboles corpulentos y gala de nuestros bosques. Es generalmente dulce y muy útil para alimento de las clases pobres, de cuya harina puede hacerse pan. Se emplea para cebar los cerdos y para remedios astringentes. La bellota de la coscoja y del alcornoque es amarga. La corteza del alcornoque es lo que llamamos *corcho.*

BRUJO. Aquel hombre supersticioso que pretende tener pacto con el demonio.

BRÚJULA, Ó AGUJA DE MAREAR. Es una saetita de acero tocada á la piedra iman, que tiene la propiedad de mirar próximamente siempre al Norte, y así en medio de los mares los navegantes saben por ella dónde se encuentran y la direccion ó rumbo que han de seguir.

BUEY. Utilísimo, como el camello, el caballo y el asno, para el hombre; con él lleva pesos enormes en carros y carretas, saca los buques á las playas y los bota al agua, y ara profundamente la tierra. Sus carnes, sus pieles, su sebo y hasta sus cuernos ofrecen utilidad al hombre. Su voz se llama *mugido.* Es célebre el buey Apis: lo mandó matar Cambises al ver que lo adoraban por Dios. (V. *Toro.*)

C.

CABALLO. Uno de los más útiles animales que ha domesticado el hombre; dócil, fiel, intrépido, infatigable, dotado de agilidad y fuerza, de gallardía y superior instinto, arrastra grandes pesos, mide el espacio como el viento, lleva al hombre á las batallas y le ayuda á vencer; aprende sus lecciones con prontitud, y le sigue como el perro, sirviéndole leal y cariñosamente, ayudándole á labrar la tierra; come yerbas ó granos. Es célebre el caballo Bucéfalo, de los valles de Tesalia, que domó y montaba Alejandro Magno; el Orelia, caballo de D. Rodrigo, último rey de los godos, y Babieca que cabalgaba el Cid Campeador.

Es muy nombrado el Pegaso, caballo fabuloso que los poetas suponen sobre el monte Parnaso.

CABALLO DE TROYA. Al levantar el sitio de esta ciu-

dad los griegos dejaron un gran caballo de madera como en ofrenda á la diosa Minerva. Los troyanos, con el mayor júbilo, lo introdujeron en la ciudad; y saliendo durante la noche por los costados cincuenta griegos, mandados por Ulises, se apoderaron de Troya y la redujeron á cenizas.

CABRA. Cuadrúpedo que tiene alguna analogía con la oveja; pero no está cubierta de lana, sino de pelo, y tiene un mechon debajo de la barba, y los cuernos más lisos y ménos curvos. Es más ágil y de más gallardas formas. Sus crias tiernas se llaman cabritos ó chivos. Su leche es delicada y abundante. Es animal utilísimo para el labrador, y le acompaña en sus chozas; se mantiene fácilmente y le rinde pingües productos. Las cabras sustituyen á la mujer para dar de mamar á los niños, lo que hacen con suavidad y cariño. Su carne no es de las más delicadas; sus pieles son muy apreciadas, y de ellas se saca el precioso tafilete. De su sebo se hacen buenas velas. Su voz, trémula ó temblona, se llama *balido*. Su vida es de diez á doce años.

CAMELLO. Cuadrúpedo grande que se cria en Asia y Africa; sus piernas son delgadas y algo torcidas, terminadas en dos pezuñas, unidas en su base por una piel callosa; cabeza pequeña, el lábio superior hendido y la cola muy corta; arrastra pesos enormes, anda quince y más leguas diarias, pasa muchos dias sin beber, y se alimenta con un puñado de yerbas. Si no tiene mas que una joroba, se llama dromedario.

CANARIO. Lindo pajarillo, del tamaño de un gorrion, procede de las Islas Canarias. Su hermoso plumaje, amarillo, blanco ó pío, y su delicioso canto, son la causa de la esclavitud en que vive, pues el hombre le tiene encerrado en jaulas para recrearse con sus gorjeos ó especular con sus crias.

CAÑA COMUN. Planta gramínea, bien conocida y sumamente útil, de ella se hacen cañizos, enrejados, ruecas y flautas, y lengüetas para los clarinetes y otros instrumentos de aire. Verde, es el símbolo de la cortesanía; seca, de la indiscrecion.

CAÑA DE AZÚCAR. Planta gramínea, que se cultiva

en grande en América é Indias Orientales hace ya algunos años, y que se halla aclimatada en la costa de Málaga. De ella, prensándola y practicando varias operaciones, se extrae el azúcar, y además la miel de caña y una bebida que se llama *ron*.— Hoy dia se saca tambien azúcar de la remolacha.

CARBON. El carbon vegetal se saca de la leña quemada, apagándola cuando tiene cierto punto el ascua. El carbon mineral, que es una piedra algo brillante y de color negro aterciopelado, es sumamente útil al hombre. Con él se alimentan las fábricas de fundicion, los buques y las máquinas de vapor, y reducido á *cok*, nuestras cocinas y chimeneas. Del carbon de piedra se saca tambien el *gas*. El descubrimiento de este poderoso combustible hizo una revolucion en las artes.

CARCOMA. Insecto que roe y taladra la madera.

CEBADA. Planta de cuyo grano se hace harina; sirve para medicamentos y se emplea generalmente para hacer la *cerveza*.

CÉFIRO. Viento suave de la parte de Poniente, que es por donde se pone el sol, así como Oriente es la parte por donde nace ó sale.

CENTENO. Planta cuyo grano da muy buena harina, aunque inferior á la del trigo. De su paja, que es buen pasto, se hacen sombreros y asientos de sillas.

CÉRES. Diosa de la agricultura.

CEREZO. Arbol gallardo y elevado, cuyo pequeño fruto encarnado tiene un sabor agri-dulce, y cuya madera es útil para ebanistería y tornería.

CHOCOLATE. Mezcla de cacao, canela y azúcar. Se introdujo en España despues de la conquista de las Américas.

CHORLITO. Ave de paso, de color verdoso, con pintas amarillas; se alimenta de gusanos metiendo el pico en la tierra; es muy recelosa, lo que da origen á que mueva frecuentemente la cabeza.

CIERVO. Cuadrúpedo mayor que una cabra, con dos cuernos ramosos, que crecen todos los años. Es el más ágil

de los cuadrúpedos, y manso y apacible. Llámase igualmente venado. El gamo y el corzo son tambien ciervos más pequeños.

CIRUELO. Este árbol, originario de Damasco, y trasportado á Europa en tiempo de las Cruzadas, da un fruto ovalado, dividido á lo largo por un surco como el grano del trigo. Su carne es agri-dulce.

COBRE. Es, despues del hierro, uno de los más útiles metales; de color rojizo, tenaz y muy dúctil y maleable. Se encuentra cristalizado entre las rocas. Hay minas de él en España.

CONEJO. Cuadrúpedo poco menor que la liebre y del mismo género. Nos utilizamos de sus carnes y de sus pieles.

CORAL. Nido calizo de unos pólipos, cuya forma ramosa le da la apariencia de una planta. Tiene un hermoso color encarnado. Se pesca el coral con una red atada á una cruz de madera, en las costas de Marsella, Mallorca, de la Cerdeña y cerca de Túnez y de la Cala.

CORNEJO. Llamado en algunas partes cerezo silvestre; es un arbolito que produce unos ramos de frutillas encarnadas desabridas. La madera de cornejo es tan dura como el cuerno.

CRISOL. Vaso de hierro, arcilla ú otra materia, que resiste á la accion del fuego para derretir oro, plata, etc.

CUADRILLERO. Individuo de la Santa Hermandad, que era una cuadrilla ó ronda de gente armada; que se fundó por los Reyes Católicos, en 1487, para perseguir malhechores.

CUCAÑA. Mástil ó palo clavado en el suelo perpendicularmente. En su punta se ponen dulces, aves ó cintas. Por el palo, que se unta de jabon ó sebo, trepan los aficionados á la gimnástica, llevándose el premio el que consigue cogerlos.

CULEBRA. Este reptil, cuya mordedura no es generalmente venenosa, puede, sin embargo, dañar, siendo muy grande, como la boa, que las hay de cuarenta piés de largo. Tiene la boa tal fuerza muscular, que ahoga los ciervos y á otros animales enroscándose fuertemente.

D.

DEMONIO. Entre los indios y otros idólatras, genios del bien y del mal. En el Cristianismo, espíritus rebeldes que tientan á los hombres y atormentan á los condenados, al paso que los ángeles les guardan del mal y adoran con los bienaventurados las grandezas de Dios en el cielo.

DIAMANTE. Piedra preciosa, reluciente, diáfana, y el cuerpo más duro que existe. Es el carbono puro cristalizado; generalmente no tiene color, pero lo hay rosado y verde. El más hermoso que se conoce hoy dia se llama el Regente, y lo posee la corona de Francia; vale 18.000,000 de reales.

DILUVIO. Inundacion de la tierra por copiosas lluvias.

DUENDES: Espíritus ideales, creados por imaginaciones tímidas ó supersticiosas. De ellos se cuenta que arrastran cadenas y ejecutan prodigios maravillosos y mágicos. El inmortal Calderon de la Barca ridiculizó estas ideas en su *Dama duende*, perla de la escena española.

E

ÉGLOGA. Composicion poética en que se describe la vida del campo ó cosas pastoriles.

ELEFANTE. Este cuadrúpedo, de formas colosales, cubierto de una piel arrugada y desnuda de pelo, de grandes orejas cuadradas y colgantes, de piernas gruesas y sin formas, con piés de cinco dedos, de que apénas se ven las uñas, de corta cola y de poderosa y flexible trompa, es el mamífero más grande que se conoce, dotado de vista perspicaz, oido delicado y extraordinario instinto.

Se domestica con facilidad, vive hasta dos siglos, y anda veinte leguas diarias, arrastrando cargas enormes. Antiguamente se empleó como arma de guerra, pues conducia sobre su lomo castillos ó torres, donde se guarecian los flecheros. Sus colmillos son el precioso marfil que conocemos.

ELEGÍA. Composicion poética triste.

ERCILLA. D. Alonso (tan buen poeta como soldado). Nació en Madrid en el año 1533. Cantó la guerra de los es-

pañoles con los araucanos en su célebre poema titulado *La Araucana*.

ESCOPETA. Se supone invencion del siglo XV: pero antes ya se usaban otras armas de fuego, como la espingarda y el arcabuz, que se disparaban por medio de una mecha encendida. Siguieron las llaves de chispa, y hoy dia se han sustituido las de piston, y las cápsulas en las del sistema Lafoché que se cargan por la recámara.

ESMERALDA. Piedra de un hermoso color verde, sumamente trasparente; las hay tambien blancas y amarillentas. Las más hermosas se encuentran en el Perú (en América), y una de las mayores que conocemos pertenece hoy dia al Papa.

ESOPO. Natural de Frigia. Este gran genio, de condicion esclavo, rico en ingenio y pobre en su figura, fué el primero que escribió los filosóficos y utilísimos apólogos; y su nombre, que se admira hoy dia, existirá mientras dure el gusto de la bella literatura. Fedro puso en verso latino las fábulas escritas en prosa por el griego Esopo.

ESPADAÑA. Yerba con las hojas casi en forma de espada y los tallos como juncos, que vive en las aguas estancadas ó de poca corriente.

ESPEJO. Es un cristal con una capa de azogue mezclado con estaño. Se inventó en Venecia en el siglo XIII. Antes se usaban planchas de metal muy brillantes.

ESTAÑO. Es un metal del color de plata, muy reluciente, más duro que el plomo y que se funde con mucha facilidad.

G

GALLINA. Ave doméstica y la principal de nuestros corrales. Esta ave es sumamente útil al hombre, que se aprovecha de sus huevos, de su carne y de su pluma, y á poca costa la mantiene, pues se alimenta de desperdicios de granos, insectos, gusanos y restos de vegetales.

Aunque el aspecto de las gallinas es apacible, son, sin embargo, de carácter reñidor. La gallina *cacarea*.

GALLO. Ave del mismo género; es de aspecto más airoso que sus hembras, su cresta mayor, y sus plumas más largas y rizadas, y generalmente de color negro ó dorado muy brillante. Inclinados á reñir y dotados de audacia y de valor, luchan en los circos que en algunas poblaciones se establecen como diversion pública, hasta quedar vencedores ó muertos sobre la arena. El gallo *canta*. En su primera edad son pollitos. Estos *pian*. Es célebre el gallo que cantó para recordar al Apóstol San Pedro la profecía de Salvador: *Antes que el gallo cante me has de negar tres veces.*

GITANO. Descendiente de Egipto, que vaga errante sobre la tierra; generalmente se dedica al tráfico de caballerías. El color de su raza mogólica ó cobriza se deja ver en su rostro, á pesar de nacer en medio de la raza caucásica ó blanca, que es la nuestra.

GOLONDRINA. Ave de un negro aterciopelado, con el pecho blanco. Es de paso: viene á la primavera y emigra en el otoño para las regiones de Africa. Es una de las aves que más tiempo resiste volando; anida en los aleros de los tejados y en los techos de las casas, cobrando tanto amor al nido, que vuelve á él todos los años. Se alimenta de insectos, cuyos movimientos sigue volando.

GORGOJO. Insectillo muy voraz, cuya larva deja los granos vacíos.

GRANIZO. No es más que los vapores que ha exhalado la tierra, y que se hielan despues de haber formado gotas de lluvia.

GUSANO DE SEDA. Oruga de una mariposa nocturna, vellosa, cuyo color es casi blanco. Sus huevecillos se avivan en Marzo. Estas orugas duermen cuatro sueños y mudan en ellos la piel; se alimenta de hoja de morera; á los cuarenta dias se encierra en un capullo, cuyo hilo es la rica seda que conocemos. Los chinos fueron los primeros que se utilizaron de este precioso insecto.

H

HALCON. Ave pequeña, valiente y que se educa fácilmente. Como ave de rapiña diurna se empleaba en la caza

de cetrería, que se usó en la Edad media, como los neblíes y gerifaltes.

HAYDEN. Célebre compositor de música.

HIENA. Cuadrúpedo carnívoro, parecido al lobo y sumamente feroz. Acomete al leon, á los tigres y á las panteras. A falta de presa, desentierra los cadáveres, que olfatea á gran distancia. Entre mil fábulas, se cuenta de la hiena que imita la voz del hombre, que llama á los pastores, los encanta y luego los despedaza.

HIERRO. Es un metal sumamente útil, por las muchas cosas que de él se hacen, como rejas para arar, armas, carruajes, balcones, máquinas, etc. Se encuentra en la tierra, Hay muchas minas en nuestro pais.

L

LAGARTO. Reptil cuadrúpedo, con dos hileras de dientes y cola larga y cilíndrica. Está cubierto de simétricas escamas, presentando un collar de ellas alrededor de su cuello, pero más anchas y trasversales. Su color es gris, amarillo ó verde. Habita en los huecos de los árboles ó en las rendijas de las peñas ó paredes, y se sostiene en estas trepando velozmente. Busca los parajes secos y el calor del sol.

LANGOSTA. Insecto volador, de la magnitud de una ó dos pulgadas, que se distingue por sus largas patas posteriores, que le permiten saltar con suma agilidad ayudada de las alas. Abundan mucho en los campos, y vulgarmente se les llama *saltamontes*. Pero lo que generalmente conocemos por langosta son los *acridios*, langosta de paso, que á veces suele venir del Africa en número tan considerable, que destruye los sembrados y arrasa los campos donde se detiene, siendo una verdadera calamidad. Son célebres las que, formando una densa nube, cayeron sobre Egipto por castigo del cielo, siendo una de sus diez milagrosas plagas.

LAUREL DE APOLO Ó COMUN. Este árbol, de poca elevacion se distingue por su gallardía y por sus hojas, que nun-

ca pierden el verdor. Con ellas se ceñian en la antigüedad las frentes de los poetas ó de los generales que alcanzaban la victoria. Es emblema del valor y de la gloria.

LEON. Este cuadrúpedo, por su fuerza, gallardía y nobleza, es el rey de los bosques. Tiene cinco piés de largo y cuatro de altura. Sus colores, rubio ó blanco. Cáele una guedeja sobre la frente y cuello, tiene un mechon de cerdas en la punta de la cola. Habita en Asia y Africa. El leon *ruge*. Es célebre el leon agradecido, á quien Andrócles arrancó de una pata una espina en los desiertos arenales de Africa. Condenado Andrócles á luchar con él en el circo, el leon le reconoce, y expresando su agradecimiento meneando la cola, comenzó á lamer sus piés, con asombro de todos los espectadores, y con admiracion del César, que le perdonó la vida.

Es célebre tambien el leon de Florencia, que habiéndose escapado de la casa de fieras del gran Duque, pilló una criatura entre sus dientes. Entónces una mujer, á quien el amor maternal daba valor heróico, con los brazos abiertos se arrodilló ante la fiera pidiéndole su hijo, y como si el leon conociera lo grande de aquellos sentimientos, miró un momento á la madre y le entregó sin lesion su presa.

LIEBRE. Cuadrúpedo de color ceniciento y el vientre blanco, de largas piernas y de corta cola. Es sumamente ágil, duerme con los ojos abiertos. Son apreciables su carne y sus pieles. La liebre *gañe*.

LOBO. Cuadrúpedo feroz, parecido al perro, con orejas y cola rectas. Es ágil, astuto y forzudo; persigue á los pastores y les roba sus reses, y áun acomete á las personas. A veces sigue á los ejércitos y desentierra los cadáveres. El lobo *ahulla*.

LOPE DE VEGA CARPIO. Célebre poeta, llamado el Fénix de los ingenios españoles.

LORO. No se diferencia del papagayo comun, sino en que el plumaje de su cuerpo es rojo, al paso que aquel, gris ó verde; se distingue de la cotorra en que no tiene plumas alrededor de los ojos.

LLUVIA. Es la caida ó descenso de los vapores que se

han exhalado de la tierra por el calor suyo ó del sol, ó por un efecto de la electricidad, y que reuniéndose, han formado gotas de agua.

M.

MAGOS. Hombres que ejecutan cosas extraordinarias y admirables.

MANZANO. Arbol; su fruto es la manzana; de ella se saca una bebida llamada *sidra.*

MARIPOSA. Insecto: al salir del huevo es oruga, y á cierto tiempo se encierra en su capullo y se convierte en mariposa. Tiene seis patas adecuadas para andar, cuatro alas escamosas y cubiertas de un polvillo generalmente amarillo-dorado.

MELON. Fruta agradable y grande de nuestro pais, parecida á las calabazas de cuya familia es.

MEMBRILLO. Fruto áspero y astringente, semejante á una pera, y que exhala un olor sumamente agradable.

MIRLO. Ave cantadora, de la magnitud de un zorzal, enteramente negra y con el pico amarillo. Su canto es un silbido, y tiene facilidad en imitar las tocatas que se le enseñan. Se alimenta de insectillos y gusanos, y su carne es deliciosa.

MONO. Es un animal originario de Africa, el más parecido al hombre, principalmente el orangutan y chimpance, que no teniendo cola, casi se confunde con el hotentote; pero no están dotados, como él, de un alma que piensa. Su instinto es grande; así es que aprenden á servir á la mesa como el mejor criado, y cuanto se les enseña. No es, sin embargo, el animal más inteligente. Come frutas, semillas, insectos y huevos. El mono *chilla.*

MURCIÉLAGO. En algun tiempo se le creyó ave; hoy se le considera en la clase de los mamíferos, porque no pone huevos como las aves, da de mamar á sus hijos, y no tiene pico, sino boca, armada de dientes incisivos, caninos y molares. El murciélago ó murceguillo *chilla.*

MUSARAÑA. Cuadrúpedo algo menor que el raton, de color pardo, come insectos, y áun carne de cadáveres.

N.

NARANJO. Arbol, segun unos, indígena ó natural de Europa; segun otros, traido de la China por los misioneros Jesuitas portugueses en 1547. Tiene hasta quince piés de elevacion; sus hojas están siempre verdes. Su flor blanca, que es el azahar, exhala un olor sumamente fragante, y de ella se extrae un aceite ó esencia aromática, llamada agua de flor de naranjo ó de azahar. Su fruto, casi redondo, de color de oro, es sumamente agradable, y su zumo, azucarado y ligeramente ácido, proporciona una bebida gustosa y un refresco muy útil en ciertas enfermedades. La flor de este árbol simboliza la pureza. Su madera se usa mucho en la ebanistería.

NIEVE. Vapores de la tierra que al descender se hielan en la atmósfera ántes de formar gotas.

NOGAL. Árbol originario de América, que produce las nueces; de ellas se saca aceite para pintar y otros usos; la madera de la noguera se emplea en la ebanistería para muebles de duracion y lujo.

NUBES. Son generalmente los vapores que exhala la tierra, que cuando no caben en la atmósfera, se elevan á mayor altura en masas que agitan á su merced los vientos.

O.

OLIVO. Árbol corpulento, cuyas pequeñas hojas tienen constantemente un verde blanquizco, y cuyo fruto es la aceituna que comemos aderezada, ó de que se extrae el aceite. Este árbol, que vive siglos y cuya madera emplean principalmente los torneros, fué consagrado á Minerva y es el símbolo de la paz.

OLMO. Arbol elevado y erguido, cuya madera se emplea en la carpintería y para construccion de carruajes.

OPIO. El zumo ó lágrimas que destilan las adormideras; en mucha cantidad es un veneno; los orientales lo mascan como el tabaco.

ORO. Es entre los metales el más dúctil y maleable,

esto es, que puede ensancharse, alargarse y reducirse á un hilo ó plancha á golpe de martillo. Tiene el color amarillo ó verdoso. Se halla en algunos rios en arenas ó pepitas, ó en delgados filones en el corazon de las rocas. El Tajo, el Darro y el Genil, llevan oro en sus arenas. Hay minas en España, pero las principales se hallan en América. Los más notables criaderos que hoy se explotan están en las *Californias*, situadas en la costa occidental de la América Septentrional: al pié de los *Urales*, en Rusia, y en la Australia, region de la Polinesia ó quinta parte del mundo.

P

PALOMA. Ave de esbelta figura, de que hay varias especies. Anida en los árboles, se alimenta de granos y pepitas, y es tan voraz, que causa grandes daños en los sembrados. Esta ave, domesticada, da mucha utilidad al hombre. Es célebre la que salió del arca de Noé con una rama de olivo en el pico, despues del diluvio universal. La paloma *arrulla.*

PAPAGAYO. Ave de lindo plumaje, de las regiones meridionales de ambos continentes. Se domestica con facilidad é imita la voz humana, el ladrido del perro y el maullido del gato, la trompeta, el tambor, etc. El papagayo *habla* si se le enseña.

PARCA. Lo mismo que la muerte.

PARNASO. HELICON Y PINDO. Montes (En Grecia) donde suponen los mitólogos reside Apolo con las nueve musas, que son *Caliope* (que representa la poesía heróica), *Clio* (la Historia), *Talia* (la Comedia), *Melpómene* (la Tragedia), *Erato* (la Poesía amorosa), *Tersícore* (la danza), *Euterpe* (la Música), *Polimnia* (la Retórica) y *Urania* (la Astronomía).

PASIONARIA. Flor que procede de las Antillas, llamada flor de la pasion, porque en su cáliz, su corola y estigmas parece que se reconozcan los signos que sirvieron para la pasion del Señor. Es emblema de la fe.

PATO. (ÁNADE.) Ave que lo mismo vuela que nada: su altura, un pié; su pico ancho y negro; su pluma de varios

colores y con cierto barniz *impermeable*, esto es, que no deja penetrar el agua: presenta visos metálicos de color verde, azul ó negro. Sus patas, encarnadas, son cortas, y sus dedos están unidos por una membrana que le sirve al nadar de remos. Son útiles su carne y sus plumas. Entre sus especies se cuenta la oca y el cisne, adorno de los estanques y de los lagos. El pato *grazna*.

PAVO REAL. Ave sumamente bella, cuya carne es poco apreciable. La gallardía de sus formas, el penacho que adorna su cabeza, sus bellos colores metálicos, los lindos ojos de las plumas de la cola, que el macho eleva en forma de abanico, la hacen sin disputa el ave más hermosa de nuestros corrales. Fué traida á Europa por Alejandro el Grande. El pavo *grita*.

PERA. Fruto del peral, árbol originario de Etiopía. Hay muchas variedades.

PERRO. Cuadrúpedo: uno de los animales más útiles al hombre; fiel, valiente, laborioso, infatigable; le ama, le sirve, le acompaña hasta el sepulcro. Lame la mano que le castiga, se anima á vista de los peligros, busca ocasiones de luchar, y nunca huye de su adversario. Su gran olfato sirve al hombre para descubrir la caza que le muestra, su ligereza para perseguirla y cogerla, su ardimiento para defender sus ganados del lobo montaraz, su vigilancia para guarle miéntras duerme, su instinto y su fuerza para buscar y salvar á los viajeros en los montes de San Bernardo y á los náufragos en las costas de Terranova. Allí se les ve buscar á los desgraciados que yacen casi yertos entre la nieve y volverlos á la vida con su calor; aquí arrojarse á las olas y salvar á los navegantes. Hay infinitas variedades de perros: *de pastor*, *mastin*, *galgo*, *perdiguero*, *podenco de aguas*, *dogo*, etc. Los hay salvajes ó silvestres en los desiertos de América. El perro *ladra*, *ahulla*.

PLATA. Es un metal muy blanco, dúctil y maleable, y muy brillante cuando se bruñe. Hay algunas minas en España; las principales están en América. De ella hacemos monedas y mil objetos de lujo.

PLOMO. Es un metal de color gris que tira á azul, muy

comun en España. Puro, tiene mil usos en las artes; del plomo se hacen generalmente los perdigones y las balas.

PÓLVORA. Mezcla de azufre, nitro y carbon. Esta composicion cambió enteramente el arte de la guerra; con su auxilio se arrojan masas enormes de hierro, bronce ó plomo á distancias inmensas; se siembra la muerte dentro de los muros de una plaza por medio de las bombas y granadas; se hacen volar las montañas y las poblaciones, y se incendian los buques en medio de las aguas. Las aves y las fieras maldijeron su invencion, pero el cazador, en cambio, se proporciona ricas piezas con ménos trabajo y se burla de la astucia de la zorra y de la velocidad del águila. Se duda de la época de su descubrimiento, pero muchos lo atribuyen al fraile franciscano Bertol Schwartz, en Ferrara, aunque lo probable es que se usara muchos años ántes.

PULGA. Insecto muy molesto, de color casi negro, que chupa la sangre al picar.

R.

RATA. Cuadrúpedo pequeño, de color ceniciento ó blanco, cuya cola es larga y delgada; horadan y minan las casas, asaltan las despensas, se comen las frutas y se distinguen por su astucia. La rata y los ratones *chillan.*

RIO. Es una porcion caudalosa de agua corriente que desemboca en el mar, y es producida por el agua que el sol evapora y que cae sobre la tierra en forma de nieve, lluvia ó granizo. Los principales de España son: el *Ebro*, el *Tajo*, el *Duero*, el *Miño*, el *Guadalquivir* y el *Guadiana.*

ROCÍO, Sereno ó Relente. Se forma al bajar ó caer los gases ó vapores de la tierra, que se elevaron durante el dia. Si se hiela despues de haber caido se forma la *escarcha.*

ROSA. Esta hermosa flor, por su forma, su color rojo variado, blanco, amarillo ó carmesí, y por su fragancia, es la reina de los jardines, y el emblema de la hermosura. Hay más de quince especies segun Lineo. Los perfumistas extraen su esencia, principalmente los orientales. Los boticarios sacan de ella jarabes y varios remedios. La rosa blanca simboliza la inocencia.

S.

SÁTIRA. Composicion, ya séria, ya jocosa, generalmente en verso, en que se ridiculizan los vicios ó costumbres de los hombres.

SEGUR. Hacha para cortar madera.

SENSITIVA. Planta cuyas hojas se cierran al tocarlas. Es emblema del pudor y de la sensibilidad extremada.

SERPIENTE DE CASCABEL. Grande víbora americana, sumamente peligrosa; su veneno es tan activo, que mata súbitamente ciervos, bueyes y caballos, pero como no es muy ligera, se le huye con facilidad. El vulgo cree que las serpientes hieren con la lengua, que mueven y sacan rápidamente de la boca; hieren con los dientes. La serpiente *silba.*

T.

TICIANO. Célebre pintor, considerado como el príncipe de la escuela veneciana.

TIERRA. Uno de los planetas, cuya forma es esferóide, esto es, parecida á la figura de la naranja.

La parte dura del globo que se compone de diferentes sustancias.

TIGRE. Cuadrúpedo del tamaño del leon, con la piel aleonada y atravesada por el lomo por rayas negras y blancas por el vientre. Dotado de grande agilidad y fuerza; es más sanguinario que el leon. El tigre *ruge.*

TOPACIO. Es una piedra trasparente y muy brillante, que al frotarse desprende chispas eléctricas. Los más apreciados son los de color amarillo muy vivo.

TOPO. Cuadrúpedo de seis pulgadas de largo; su pelo es negro y reluciente, su cola corta, tiene el hocico largo y los ojos diminutos, ocultos en el pelo, y á pesar de no tener orejas, se distingue por la delicadeza de su oido. Come lombrices, sabandijas, pájaros y ranas. Hay una especie de topo ciego.

TORDO Y **MIRLO.** Aves viajeras, esto es, que se van y vuelven á ciertas épocas. Aprenden con facilidad á hablar

cuanto les enseñan y remedan naturalmente. Los tordos *cantan y hablan.*

TORO. Cuadrúpedo grande, con cuernos brillantes, gran testa, cola mediana, con un mechon de pelo como el leon. El color de la piel varía, pues los hay negros, blancos, píos, melados, grises, bayos, etc. Les cuelga del cuello una gran piel, llamada papada. Cuando es pequeño se llama ternero ó becerro, y jóven, novillo.

Son utilísimas y apreciadas sus pieles: de ellas se hace el *becerro* y la *suela.* El toro *brama, muge.* Es célebre el que mató á Pepe Hillo, notable lidiador, cuya cabeza se conserva en nuestro museo de Ciencias Naturales; y el *Señorito*, que lidió con un tigre real de Bengala y le venció, el 17 de Marzo de 1849, en la plaza de toros de esta córte. La victoria hubiera sido mayor en los desiertos de Africa.

TRÉBOL. Género de planta de que hay varias especies, y todas convienen en echar las hojas de tres en tres. Simboliza la resignacion.

TURON. Cuadrúpedo algo mayor que la rata: su pelo, blanquizco por el vientre, y tostado por el lomo. Se distingue por sus ojos abultados y salientes. Su madriguera tiene dos divisiones: en la una vive, en la otra almacena sus víveres. El turon *chilla.*

V

VACA. Este cuadrúpedo, de cuya rica leche sacamos queso y manteca, y cuya sabrosa carne nos sirve de alimento, ha proporcionado al hombre un gran tesoro: la *vacuna*, ese admirable preservativo contra una de las más terribles enfermedades, las *viruelas.*

El descubrimiento de la *vacuna*, que es el pus de un grano que se forma en las ubres de la vacas, se debe al célebre Jenner, cuyo nombre tiene grabado con caractéres indelebles la humanidad agradecida.

Está probado que no basta una sola inoculacion, sino que al cabo de ciertos años es necesario volverse á vacunar.

VENCEJO. Ave muy semejante á la golondrina; su plu-

maje es negro, y el de su pecho blanco. Si cae á tierra levanta con dificultad el vuelo, por lo corto de sus piés. Hace su nido en los aleros de los tejados.

VÍBORA. Serpiente venenosa, parecida á la culebra, que se alimenta de pajarillos, insectos y ratones, y habita en parajes secos y pedregosos. Conviene mucho distinguirla de la inofensiva culebra. Las víboras son de poca magnitud, parduzcas, con una raya negra en zig-zag (formando eses), á todo lo largo del lomo, ó cuatro séries de manchas negras, y su cabeza, casi triangular, va cubierta de escamas semejantes á las del dorso. El veneno lo introducen al morder, pasando por una canalita que tienen los dientes.

VIDRIO Y CRISTAL. Es un cuerpo trasparente que se forma con la violencia del fuego, de arena muy fina, piedras limpias y cenizas de sosa. Su descubrimiento es muy antiguo y sus usos inmensos.

VIOLETA. Es una yerba medicinal que produce una florecilla morada ó purpúrea ó blanca, de cinco hojas, de las cuales una tiene un espoloncito. Nace silvestre en los parajes sombríos, y por su fragante olor se cultiva en nuestros jardines. Esta flor simboliza la modestia.

VOLCAN. Abertura de la tierra, por donde arrojan sustancias inflamadas, que llaman lava, y la boca del volcan cráter. Son importantes el Etna en Sicilia, el Ecla en Islandia y el Vesubio en Nápoles. Su primera erupcion sepultó las ciudades de Herculano y de Pompeya, perdiendo la vida el célebre naturalista Plinio queriendo observar tan grandioso espectáculo.

Z

ZORRA. Cuadrúpedo parecido al perro pequeño. Generalmente su pelo es rojo, y despide un olor fétido. Se distingue por su astucia. De noche salta las cercas de los gallineros, despuebla los corrales, coje á los lebratos dormidos en sus camas, y se anticipa al cazador, apoderándose de las aves que han quedado presas en los lazos. La zorra *gañe, ladra y grazna* como el pavo real.

ÍNDICE.

Págs.

PRÓLOGO..... V

FÁBULAS MORALES.

I..... El Aguzanieve y el Chorlito..... 11
II..... El Papagayo y el Camello..... 12
III..... La Langosta benéfica..... 13
IV..... La Chispa de fuego..... 14
V..... La Caprichosa y la Veleta..... 15
VI..... El Cazador, el Murciélago, y la Culebra. 16
VII..... La Vela y el Candelero..... 17
VIII..... El Labrador y la Grama..... 18
IX..... La Segur y el Almendro..... 19
X..... Los Cañaverales..... 20
XI..... El Labrador y el Gitano..... 21
XII..... La vejiga y el Alfiler..... 21
XIII..... Los dos Gitanos..... 23
XIV..... El Elefante y sus Médicos..... 24
XV..... Los Tartamudos..... 25
XVI..... El Campo envanecido..... 26
XVII..... Los Regalos..... 28
XVIII..... El Lobo escritor y sus censores..... 28
XIX..... El Gusano de seda..... 30
XX..... Los Arboles de dos caras..... 31
XXI..... La Rata, la Paloma y la Gata..... 32
XXII..... La Mosca y el Almíbar..... 33
XXIII..... El Tordo y el Colorin..... 33
XXIV..... El Tesoro morisco..... 35

XXV..... La Sortija..... 36
XXVI.... El Leñador y el Turon..... 41
XXVII.... El Gato guardando la canariera..... 42
XXVIII... El Labrador y la Escalera..... 43
XXIX..... La redoma de esencia y las flores..... 44
XXX..... Una mala semilla..... 46
XXXI..... La Beneficencia..... 46
XXXII.... El Pastor y el Mastin..... 48
XXXIII... La Culebra de cascabel y el Caballo.... 49
XXXIV... El Mosquito y la Golondrina..... 50
XXXV.... El Lápiz plomo..... 50
XXXVI... El Casca-nueces y el Niño..... 51
XXXVII.. La Cabra desobediente..... 52
XXXVIII. La Caña de azúcar..... 53
XXXIX... La Alondra y el Tordo..... 54
XL..... El Aguila y el Milano..... 54
XLI..... El Mono hidrópico..... 56
XLII..... El Cornejo, el Peregrino y el Escarabajo. 56
XLIII..... La Muela cariada..... 57
XLIV..... La Mujer y la Pulga..... 58
XLV..... La Niña y el Mirlo..... 59
XLVI..... El Domador y la Fiera..... 60
XLVII.... El Buey, la Víbora y el Trebol..... 61
XLVIII.... El Jardinero y sus plantas..... 63
XLIX..... El Pino y el Escultor..... 64
L..... La Segur y el Nogal..... 64
LI..... Pedir peras al olmo..... 65
LII..... El Pobre asfixiado..... 66
LIII..... El Enfermo y el opio..... 67
LIV..... El bien y el mal..... 67
LV..... La Sandía y la Pepita..... 69
LVI..... La Rosa doble y las Flores..... 70
LVII..... Las dos Zorras, los Palomos y el Halcon. 71
LVIII..... El Niño engañado por el Espejo..... 73
LIX..... El Estrás y el Diamante..... 74
LX..... El Hortelano y el padre de familia..... 75
LXI..... El Caballo rivalizando con el Perro..... 77
LXII..... La Diosa Céres y los dos Labradores.... 77

LXIII..... La violeta y la Trinitaria..... 78
LXIV.... El Zorro en tertulia..... 79
LXV..... La mala tierra..... 80
LXVI.... El niño de mal corazon..... 81
LXVII.... El Candil y la criada..... 81
LXVIII.. La Calandria, el Canario y el Flautista. 84
LXIX..... Los programas..... 85
LXX..... Las flores lozanas y marchitas..... 87
LXXI.... El Niño y la Mariposa..... 89
LXXII.... Un Espejo inocente..... 90
LXXIII... La carcoma y el criminal..... 91
LXXIV... El Aspid y la Paloma..... 91
LXXV.... El Sordo y el Gloton..... 92
LXXVI... La Merienda..... 93
LXXVII.. El Zorro imitador de Esopo..... 95
LXXVIII.. La Musaraña..... 97
LXXIX... Las flores, las Abejas y los Abejarucos.. 98
LXXX.... La Niña premiada..... 100
LXXXI... Las Palomas..... 101
LXXXII.. La Mala educacion..... 102
LXXXIII. El Turon y el Tordo..... 103
LXXXIV. El Regañon y sus Perros..... 104
LXXXV... La Perdiz y el Conejo..... 106
LXXXVI.. El Colmenero y su imitador..... 107
LXXXVII. El Loro borracho..... 109
LXXXVIII El Gato y el Tordo..... 109
LXXXIX. Los derechos imaginarios..... 110
XC..... El Mono y el Mico..... 112
XCI..... Las dos albahacas..... 113
XCII.... El Pescador y el Cazador..... 114
XCIII.... El Mono Sabio..... 116
XCIV.... Las imprudencias..... 118
XCV..... El Elefante y el Perrito..... 118
XCVI..... El Cántaro..... 119
XCVII.... Délia y las flores..... 120
XCVIII... Los dos cuadros..... 120
XCIX..... La metamórfosis del Rocin en hombre.. 122
C..... La Gata y la Gallina..... 124

CI..... El Canario y su émulos..... 125
CII..... El Sapo y la Rosa..... 126
CIII..... El Niño y el Zarzal..... 126
CIV..... El Leon agradecido..... 127
CV..... El Payo y el Asno..... 128
CVI..... El Gato y el Ruiseñor..... 128
CVII..... La Pera podrida..... 129
CVIII..... El Niño y el cristal..... 129
CIX..... Los dos Lobos y el Mastin..... 130
CX..... El Gorgojo y el Trigo..... 130
CXI..... Los Lazos..... 131
CXII..... Las Golosinas..... 131
CXIII..... El remedio tardío..... 132
CXIV..... La Serpiente y la Paloma..... 133
CXV..... El Niño y el Aro..... 133
CXVI..... El Fuelle..... 134
CXVII..... La Cucaña..... 135
CXVIII... La Bella y la Envidiosa..... 136
CXIX..... Los dos Calvos..... 136
CXX..... La teoría y la práctica..... 137
CXXI..... La Lancha y el Marinero..... 139

CUENTOS.

I..... El Goloso y la Jalapa..... 141
II..... Los Bebedores..... 145
III..... La precaucion y el descuido..... 143
IV..... El Pavo real..... 150
V..... Los asadores..... 152
VI..... La Venta bien provista..... 153
VII..... El Hortera y el Montañés..... 154
VIII..... Los dos Niños..... 155
IX..... Las cojeras..... 156
X..... Los duendes..... 157
XI..... La Suerte..... 159
XII..... El Garbillo..... 162
XIII..... El Pintor y el Organista..... 163

461213
LS
G2155f
Garcés de Marcilla,Francisco,Baron de Andilla
Fábulas y cuentos morales, en variedad de metros. 6. ed.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED